

VEGA FOUNTAIN

¿Romántica yo?

Selecta

¿Romántica yo?

Vega Fountain

Selecta



Para Julia, una romántica empedernida, aunque ella no lo sepa

Capítulo 1

Un día como otro cualquiera

—Buenos días, Vicky, ¿lo de siempre?, —me pregunta Simón, el camarero del bar al que voy todos los días a tomar el café antes de entrar a trabajar.

—Buenos días, no, una manzanilla, por favor, —le pido. Estoy hecha un asco, eso lo pienso, no se lo digo.

—¡Pues sí que tienes mala cara sí! —dice sonriéndome—, menuda juerga te habrás corrido este fin de semana —añade mientras se gira para sacar el agua caliente de la cafetera y meter el sobrecito de infusión dentro de la tetera metálica.

—¡No lo sabes tú bien! —espeto intentando disimular; si él supiera que me he pasado casi toda la noche del sábado y parte del domingo doblada y tirada en la cama con un dolor insoportable de riñones provocado por los dolores menstruales…, pero claro, hay cosas que no merece la pena explicar.

Intenté todo, saqueé el botiquín, ni el ibuprofeno, ni el paracetamol, nada me aliviaba, así que recurrí a lo último que sé que me calma. En una cajita de lata que tiene una imagen del Big Ben en blanco y negro y que me regaló mi amiga Rebe de su último viaje a Londres, guardo unos cogollitos de marihuana; no fumo, pero cuando

me encuentro tan mal, pues me lío un porrito y con dos caladas el dolor y las ganas de vomitar desaparecen, eso sí, directa a la cama, porque no estoy acostumbrada, no sé si será psicológico pero a mí me funciona.

—Aquí tienes tu manzanilla bien cargada —dice con sorna.

—Gracias —respondo sonriéndole, aunque en realidad lo que me apetecería sería darle dos guantazos o, en su defecto, un golpe en sus riñones para que sufra en sus propias carnes el dolor que he sufrido yo durante todo el fin de semana.

—¡Las que tú tienes, preciosa! —contesta yéndose a cobrar a otros clientes.

Me he dado cuenta de que a todas nos llama preciosa, o eso me parece, así que no me siento halagada por el cumplido. Tras haberme escaldado la lengua y haber jurado en hebreo y arameo por ser tan torpe y no percatarme de que el vapor proveniente de mi taza me estaba indicando que el agua no estaba caliente sino hirviendo, termino mi manzanilla, le dejo las monedas sobre la barra y me voy.

Trabajo en un supermercado de un barrio relativamente nuevo en el que predominan parejas jóvenes con hijos pequeños, en turno de mañana o de tarde dependiendo de la semana. Un asco de trabajo, lo reconozco, pero tras hartarme a echar currículum por internet, en persona y casi suplicando a los amigos de mis amigos para que contraten a una administrativo en sus empresas sin obtener respuesta, elegí esa opción, mejor dicho, esa opción me eligió a mí. En ese supermercado llevo cerca de dos años y prácticamente fueron los únicos que me dieron opción a trabajar, así que ahí estoy, reponiendo mercancía, cobrando en caja o haciendo lo que le resulte útil a mi encargada en cualquier momento. Este es un trabajo como otro cualquiera, ni mejor ni peor, tiene días buenos y días malos, como todos, supongo. Al principio estaba rabiosa por no trabajar en algo que estuviera relacionado con lo mío, pero ahora ya he relativizado todo y pienso que es dinero, sí, sí, dinero contante y sonante que me permite hoy en día el «lujazo» de vivir de forma independiente, mantener mi coche y comprarme mis caprichos, todo con moderación, por supuesto. Es algo cómodo para mí, no me da excesivos dolores de cabeza y en cuanto salgo por la puerta desconecto. No es que no me importe el trabajo, que sí, además intento hacerlo lo mejor posible,

pero no tengo la implicación que tendría si fuera otro tipo de ocupación y me llenara más.

Entro con pie firme al vestuario donde están mis compañeras cambiándose de ropa y hablando como cotorras de lo divino y lo humano. Nunca he sido muy parlanchina, pero intento ser amable y buena compañera.

—Buenos días, chicas —saludo con una sonrisa en la cara.

—Hola, Vicky —contestan al unísono.

Me cambio y voy para la tienda a ver qué me depara el día.

—¡Vicky!, ¡Vicky! —me reclaman en cuanto piso la tienda, es mi encargada—. Hoy tienes que decorar el escaparate con lo que nos han enviado para San Valentín —ordena encantada de la vida.

«¡Oh, Dios!, odio esas fechas, y hace cuatro días hemos terminado con el turrón, ¿no había otra?», pienso para mí.

—Sí, claro ahora me pongo con ello —disimulo pareciendo entusiasmada.

No sé por qué pero siempre que hay que decorar algo me lo manda a mí, las fechas señaladas: en Navidad preparo una mesa de turrones y dulces y otra con regalos, casi todos de cosmética; en Halloween, la de chucherías con sus correspondientes calabazas; ahora toca San Valentín, pues allá voy. Ella me dice que tengo bueno gusto y que capto la idea y no sé qué…, en fin. En lo que estoy haciendo esto, no estoy haciendo otra cosa peor. Me voy hacia donde me dice y allí, en una caja de cartón, veo que hay un montón de corazones de cartón rojo brillante, otros recubiertos de purpurina roja, dorada y plateada y otros de metacrilato transparente pero rojos también. Solo de verlo me entran ganas de vomitar. Pongo los ojos en blanco y leo el comunicado de la central donde dice qué es lo que pretenden y cómo quieren que sea el espacio. Lo leo por encima, y es lo de siempre: un lugar que llame la atención y aumente la venta de productos cosméticos, bombones, botellas de licor y tartas hechas de gominolas.

«¡Al lío!», me digo para infundirme fuerzas. Tengo que colgar del techo los corazones con un hilo transparente, he decidido hacerlo a diferentes alturas, formando una cortina que se vea desde el escaparate. Mi encargada me ha dado carta blanca y en el comunicado no especifica mucho, así que voy a hacer lo que me parezca más oportuno. Me subo a la escalera y, mientras me estiro para poder

meter el hilo transparente que sujetará los corazones entre los raíles que sujetan el pladur del falso techo, noto unas manos en mis pantorrillas; sobresaltada, miro hacia abajo y veo a Simón, el camarero del bar, que me mira con una sonrisa increíble.

—Ten cuidado preciosa —me advierte.

—Lo tendré —le digo un poco alucinada. Llevo dos años hablando con él y jamás me había sonreído de esa manera, ni me había rozado siquiera. ¡Serán cosas mías!

—Mucho corazón a tu alrededor —añade mientras emprende la marcha—, seguro que Cupido ya ha hecho de las suyas. —Vuelve a sonreír y desaparece.

¡No me lo puedo creer! ¿A qué ha venido todo esto?, ¿Cupido?, ¿que ha hecho de las suyas? «Cupido tiene otras cosas que hacer, a mí que me deje en paz, bastante he sufrido yo por amor, no, no, no», me digo a mí misma. Que me deje en paz y se fije en otros. Conmigo se equivocó de flechas o estaban envenenadas porque si no, no lo entiendo, no ha acertado nunca.

Prosigo con el trabajo, me duele el cuello de tanto mirar para arriba, pero al final estoy satisfecha, los corazoncitos han quedado muy bien, incluso los clientes se sonríen cuando lo ven, no puedo evitar poner los ojos en blanco ante esa reacción. ¿Por qué la gente se comporta así? Es una ñoñería, un instrumento de mercadotecnia para que compres, ¿seré la única que se da cuenta de estas cosas? En fin, continuaré con lo mío. He puesto delante de la cortina de corazones una mesa grande tapado con una tela de terciopelo roja, que cubre cajas de cartón a distintas alturas para que los productos se vean mejor, lo he hecho de tal manera que quede con pliegues, para que no sea tan monótono. He de reconocer que me está quedando chulo. Dispongo los productos y, tras hacer algún cambio, decido ponerlos en su lugar definitivo. Perfumes, bombones, licores, chucherías y alguna cosa más mezclada para captar la atención del cliente. Mi encargada me da la enhorabuena por el resultado, y yo, satisfecha. Voy a continuar con mi jornada.

Capítulo 2

San Valentín, cupido y el amor

Al día siguiente vuelvo al bar de todos los días, es un bar relativamente nuevo y moderno, en el que muchos de los que trabajamos en el súper hacemos una parada antes o después de trabajar. Casi siempre después, pero a mí me gusta hacerlo antes, no me suelo encontrar con muchos de mis compañeros, aunque sí con algún proveedor o comercial que pasa por la tienda. Tiene pichos y tapas y el ambiente es agradable. Hoy no sé cómo reaccionaré ante Simón, lo de ayer me descolocó un poco, pero no le voy a dar mayor importancia.

—Buenos días, preciosa —dice Simón.

—Hola —contesto yo sonriendo.

—¿Terminaste el rincón del amor? —pregunta cachondeándose de mí.

Pongo los ojos en blanco y me río.

—Sí, me quedó muy bien, aunque me parece una estupidez —apunto mientras cojo la taza con mi cafelito con leche. ¡Me encanta! Es como un ritual para mí, aunque desayuno en casa, antes de entrar en el súper me tomo otro cafetito, es como si el que me lo hiciera otra persona le diera un extra de sabor. Además, Simón siempre me suele

hacer una figurita con la espuma de leche, un trébol, una flor, la cara de un gato, ¡es un artista!

—¡Qué poco romántica eres! —dice.

—¡¿Romántica yooo?! —exclamo exagerando las palabras—. Cero romántica —afirmo seria—. Eso no va conmigo —concluyo gesticulando.

—Pues deberías —responde un poco serio.

—¿Y eso por qué? —pregunto curiosa.

—Porque el amor es algo muy bonito, y celebrarlo también —afirma más ancho que largo.

No puedo evitar enarcar las cejas, nunca lo hubiera pensado de él, no le pega para nada, igual tiene dentro de sí al ser más amoroso y cariñoso del mundo, pero eso será en el interior, porque en su apariencia exterior no hay nada que me haga pensar que es así. La impresión que me da Simón a simple vista es la de un chico seguro de sí mismo que consigue lo que quiere sin mucho esfuerzo, y lo del romanticismo… como que no le pega, pero claro, todo esto son apreciaciones mías.

—Déjate de tonterías —digo—. Es una estratagema para vender más —justifico sin querer dar mi brazo a torcer.

—Si quieres, te lo demuestro —contesta yéndose a la cocina, dejándome con la boca abierta como si fuera un besugo fuera del agua.

Muevo la cabeza para deshacerme de la idea que se acaba de formar en mi mente. Además, me tengo que ir o entraré tarde a trabajar.

He de reconocer que sigo con el runrún en mi cabeza durante todo el día. ¿Me estaré volviendo loca? La verdad es que Simón es un tío guaperas: es alto, moreno, muy moreno tanto de piel como de pelo; lleva barba que le sienta fenomenal y el pelo siempre lo lleva muy bien peinado, unas veces más corto y otras más largo, pero sea como sea, se sabe sacar partido. Nunca lo había visto yo como para tener algo con él, mejor dicho creo que él nunca me ha visto a mí como para tener algo conmigo, pero se ve que me he fijado más en él de lo que parecería, porque lo tengo bien estudiado, y ahora, con estas bobadas de San Valentín, Cupido y el amor me estoy poniendo un poco boba. Y ¿él? Quizás también me tenga bien estudiada, no tengo

ni idea. ¡A trabajar, Vicky!

Al día siguiente vuelvo a por mi cafetito, este chute adicional de cafeína extra me viene muy pero que muy bien.

—Tu café preciosa —dice un sonriente Simón mientras termina de hacerme la figurita correspondiente con la espuma de la leche.

—Gracias —contesto mirando a la taza con deseo, hoy me ha dibujado un sol con la espuma. Es increíble, aunque tenga el bar a tope de gente, siempre tiene unos segundos para dedicarme este tipo de atenciones y detalles.

—Bueno ¿qué? —pregunta plantándose en frente de mí con los brazos cruzados y sonriendo como nunca—. ¿Quedamos a cenar y te demuestro lo que te dije ayer? —espeta directamente.

Roja, morada, más roja, más morada, no sé ni de qué color me estaré poniendo. Esto no me ha pasado nunca en mis treinta y dos años de vida.

—¡Qué bobo eres! —digo moviendo la mano, creo que para tranquilizarme a mí misma más que para otra cosa.

—Te lo digo en serio, Vicky —afirma con una sonrisa en la cara, pero muy tranquilo.

—¿En serio? —pregunto incrédula. Parece que lo tiene claro, pero yo no, para qué ocultarlo. No me esperaba esta insistencia por su parte.

—Sí, sí, déjame demostrarte que estás muy equivocada —afirma queriendo convencerme.

La verdad es que hace tiempo que no salgo a cenar con un hombre, quitando a mis amigos, claro, y siempre vamos en pandilla. Podría ser un buen plan, lo reconozco, pero mi sensatez vuelve y barre de un plumazo cualquier posibilidad. Mientras todos estos pensamientos pasan por mi cabeza, Simón no se va, está esperando a que me decida, me he puesto muy nerviosa y mi cara me arde, tengo que contestarle ¡ya! Para zanjar esto de una vez por todas.

—¡No! —sentencio rotunda.

Su cara es un poema, está claro que no esperaba esa respuesta. Y noto algo de decepción en ella, pero no quiero líos, estoy muy bien así.

—¿No? —inquiere recompuesto del trago, aunque creo que está dolido, pero a la vez intrigado, por mi negativa.

—No —vuelvo a repetir. Estoy temblando, si viera mi pie alucinaría, se mueve a una velocidad de vértigo, y mis manos están agarrando la taza de café como si fuera mi único punto de anclaje.

—¡Tú te lo pierdes, preciosa! —dice con un tono entre pasota y chulesco, se da la vuelta y se va dejándome con cara de idiota.

He entrado al súper a una velocidad que jamás pensé que pudiera alcanzar, no soy yo de deporte, nada de nada, una negada. Creo que no practico deporte con asiduidad desde que dejé el instituto, y la verdad es que casi siempre me inventaba una excusa para no hacer gimnasia, esa estrategia me sirvió solo en algunos cursos en que mi profesora Josefina, que era una buenaza, nos permitía casi de todo, había meses que tenía dolores menstruales que me impedían moverme para hacer gimnasia casi permanentemente. Nos pensaríamos que la engañábamos, porque yo no era la única, pero de tonta no tenía un pelo la señora. Pero era buenísima y comprensiva como ninguna. Me aburren los gimnasios, no sé si porque son lugares cerrados donde veo a la gente lucir tipo, que me hacen sentirme una morsa, y que seguramente no necesiten tanto ejercicio porque su genética es estupenda, o por qué; tampoco veo el aliciente en ir corriendo sin tener un destino claro. No es lo mío, he de reconocerlo. Pero necesitaba salir del bar de inmediato, me ha descolocado todo, la pregunta, mi contestación, todo.

Llego al vestuario pensativa, estoy alucinando con lo que está pasando, jamás hubiera pensado que Simón estaba interesado en mí, igual me está gastando una broma y quiere reírse en mi cara; aunque, por otra parte, nos conocemos desde hace tiempo, y aunque sé que es un rompecorazones —bueno, no lo sé, pero lo presiento, tiene toda la pinta, la verdad, y ¡puede!—, conmigo nunca se ha portado mal. Durante toda la jornada estoy dándole vueltas al asunto, por un lado estoy halagada, ¿a quién le amarga un dulce?, pero por otro… no sé.

Capítulo 3

Bombones

Al día siguiente voy al bar, estoy muy nerviosa, no sé si podré tomar el café sin tirármelo por encima. Simón, como siempre, solícito, me mira, me pone mi café y me sonríe. Hoy ha dibujado la V de Vicky en mi café, me lo ha hecho saber por si tenía alguna duda. No vuelve a decir ni a insistir. Nada de nada, pero ¿qué quiero? Ya me lo ha pedido una vez, no va a estar rogándome todos los días, ¿no? En fin, lo dejo estar.

Otro día más ando un poco distraída, que no me haya dicho nada me molesta, ¡pero, bueno!, ¿qué me está pasando? Ni idea. Sigo con mi rutina diaria, voy todos los días a tomar mi café y nunca pasa nada, y así ha de seguir siendo. Simón no ha vuelto a comentar nada, por un lado se lo agradezco, pero por otro..., pues igual si hubiera insistido hubiera aceptado... ¡qué rara soy! ¿No?

Los días pasan y se acerca la fecha, la fecha del amor, la fecha en la que todo el mundo se empeña en demostrar lo que quiere al contrario, todo regalos, todo corazones, amor para siempre, te quiero, *I love you, Je t´aime, Ti amo*... ¡lo odio! El personal se para en la mesa que preparé y pica, ¡vaya si pica! Pero ¿no se dan cuenta que son manipulados como si fueran animalillos de laboratorio? Todo es tan

meloso, empalagoso y dulce que me repugna. Menos mal que me ha tocado reponer en el pasillo de los cafés, chocolates y cereales; estoy bastante lejos del rincón del amor, como dice Simón. Me encanta el olor del café, así que estoy feliz. Mientras tarareo la canción que se escucha por el hilo musical —tanto oír las mismas canciones hace que me las acabe aprendiendo, aunque no me gustan nada—, prosigo con mi trabajo cuando percibo una voz tras de mí.

—Hola, preciosa —dice.

Me giro y es Simón con su sonrisa arrebatadora y vestido de calle. ¡Guau! Esos pantalones vaqueros le sientan muy bien. Estoy acostumbrada a verlo vestido de camarero, pantalón negro y camisa blanca, pero hoy está diferente. Mucho mejor así, el uniforme le da un aire de persona mayor, supongo que como a mí el mío, que es feo feo. La feminidad desaparece cuando me pongo los pantalones y la horrenda camisa. ¿Quién decide qué uniforme se ponen los trabajadores de la empresa?, porque se ha lucido, feo no es, es lo siguiente, horroroso, horrendo, horripilante…, pero al final te tienes que acostumbrar, no te queda otra opción. Además, si me mancho con algo no me da pena ninguna, si llevara mi ropa u otro más bonito me daría cosilla, pero con este saco ni me inmuto.

—Hola, Simón —contesto.

—Estoy buscando unos bombones, igual puedes ayudarme —explica mientras mira el lineal. En estos días se amplía bastante la oferta con el fin de dar al consumidor lo que demanda.

«¿Bombones?», me pregunto a mí misma un poco enfadada porque sé que no son para mí.

—Mira, ven por aquí —sugiero—. Tienes cajas de seis, de doce, o estas más grandes, depende de lo que quieras —explico amablemente.

«Parece que le estoy vendiendo una caja de condones», pienso para mí, y no puedo evitar sonreír. Él pensará que la sonrisa es porque soy así de amable y simpática pero no, es que me ha hecho gracia lo que he pensado. Tanto si es Simón como si fuera otra persona he de tratar a todo el mundo correcta y amablemente, el caso es que me ha tocado Simón y él, a fin de cuentas, es un cliente más y como tal debe ser tratado. Es algo que en mi trabajo es importante, tratar a los clientes como se debe; una cosa es que no me apasione mi trabajo y otra cosa que sea una borde, nada de eso. Además, hablar con alguien

ajeno a la empresa de vez en cuando me viene bien. Con mis compañeros hay días que no hablo más que de pedidos, albaranes, mercancía, cambio para la caja y del precio de las patatas, vamos, que de trabajo única y exclusivamente. No me suelo interesar por sus intimidades, pero un poco de conversación diferente no viene mal.

—¿A ti cuál te gustaría? —pregunta sin mirarme.

—¡La más grande! —digo riéndome, como comercial no tengo precio. Espero que no vea en mi respuesta un doble sentido, porque en ese caso la vergüenza que pasaría sería bastante grande—. ¡Me encanta el chocolate! —aclaro para evitar suspicacias.

—Vale, pues me llevaré la grande —dice sin más, y se va.

Estoy algo enfurruñada por que haya comprado bombones, en unas fechas tan señaladas está claro que son para alguien especial, o igual para un cumpleaños, ¡o vete tú a saber!, pero para mí no son, desde luego. Y… ¿para quién son? Si me invitó a cenar el otro día ¿tiene a alguien especial por ahí? No entiendo a los hombres, tienen una capacidad de recuperación increíble; si algo no les cuadra, a otra cosa mariposa, me gustaría ser como ellos en ese aspecto, pero se ve que no, cuando me enamoro no veo más allá, así que he tomado la mejor de las decisiones: no enamorarme, así no me complico la existencia. Si apartas de ti las tentaciones evitas pecar. ¡Uy! Parezco santa Teresa de Jesús, y yo ¡sin saberlo! Será esto del San Valentín, que me está trastornando la cabeza.

Estoy en el vestuario, estoy agotada, hoy ha habido mucho jaleo y no he parado ni un momento. En cuanto salgo, me da el aire en la cara y lo agradezco, es frío pero me reconforta. Los empleados del supermercado tenemos prohibido aparcar en el *parking* de clientes, es pequeño y si ocupamos esas plazas, este se ve reducido, y todo eso repercute en los usuarios del establecimiento y bla, bla, bla… Dichosa política de empresa. Así que en verano, en cuanto entro en el coche es como que estoy en una sauna, y en invierno en un iglú, ¡encantada de la vida con mi jefe! Voy hasta mi coche y encima del techo veo una bolsa. Me acerco y la cojo, dentro hay un paquete, ¿se le habrá olvidado a alguien? Lo cojo y leo en un papelito en forma de corazón rojo que pone «VICKY». Pues es para mí, está claro. Lo abro y veo una caja de bombones, no puedo evitar sonreír, miro a un lado y a otro de la calle, pero no veo a nadie. ¿Serán los bombones que ha comprado

Simón esta mañana? Ni idea, pero la caja es la misma que ha cogido delante de mis narices, mucha casualidad, ¿no? Los cojo, los meto en el coche y voy hasta mi casa. No dejo de pensar en ello, la verdad. Mientras llego a casa no puedo evitarlo y voy comiendo alguno, ¡me encantan!

Llevo toda la tarde pensando en los dichosos bombones y en Simón, cada vez que veo la caja abierta no dejo de pensar en él, ¿por qué? Llevo cerca de dos años yendo al bar a desayunar y nunca antes se había comportado así, ¿por qué ahora? No tengo ni idea. Además, la relación que mantengo con él siempre ha sido cordial y educada, ni un flirteo ni por mi parte ni por la suya, nada. Hablamos de cosas sin importancia y poco más. Básicamente nos contamos qué tal ha ido el fin de semana y listo, él suele tener jaleo y no puede pararse mucho tiempo a hablar con los clientes, pero vamos, que son conversaciones banales, aunque reconozco que me gusta hablar con él. ¿Qué le ha hecho dar el paso ahora?, porque le ha dado, ¿no?, porque los bombones eran suyos y me los ha regalado a mí. A ver si estoy dándole vueltas a algo que es producto de mi imaginación. No lo sé, pero este asunto ya me está quitando más horas de las que debería.

Capítulo 4

Atracón de chocolate

A la mañana siguiente estoy nerviosísima, ¿qué hago?, ¿le doy las gracias a Simón?; ¿y si no ha sido él, meto la pata y hago el mayor de los ridículos? Quizás debería hacerme la loca y la despistada, como que se me ha olvidado darle las gracias. Me estoy volviendo tarumba.

—Buenos días, preciosa —dice.

—Buenos días, Simón —contesto sonriéndole como una imbécil.

—Tu café —añade sonriéndome. Hoy me ha hecho una hoja con la espuma.

—Gracias —digo.

No puedo articular palabra. Estoy tonta de remate. Parezco una quinceañera babeando cuando el chico que le gusta le dirige la palabra por primera vez. Definitivamente he retrocedido diecisiete años de repente.

—¿Qué te pasa? —pregunta mientras me mira extrañado.

Pienso que igual tengo pasta de dientes en la cara, o la espuma del café me ha manchado la nariz, o no sé.

—Nada, ¿por qué? —cuestiono algo extrañada.

—Te veo con la cara diferente —afirma, y automáticamente me toco la cara y la noto arder. Se habrá dado cuenta de que estoy

colorada, ¡anda que!, me pasan unas cosas que no tienen explicación racional—. Igual es que has comido mucho chocolate —añade sonriendo y guiñando un ojo.

Me atraqué, lo reconozco, abrí la caja y no pude parar, pero no es plan de confesárselo.

—¡Puede! —contesto, coqueta.

Pero ¿qué estoy haciendo?, no me reconozco. Y ¿él?, anda que no sabe ni nada.

—Por algo se empieza —concluye, y como siempre, me deja con un palmo de narices.

Hoy voy a trabajar como en una nube, idiota perdida, pero este hombre ¿qué me está provocando? Llevo tiempo sin una cita, y sin que un hombre se fije en mí y me diga bobadas, la verdad. Quizá sea eso. Ahora Simón me hace caso, se interesa por mí y me dice cuatro palabras que me hacen reír, puede que sea eso lo que me causa estar así de imbécil. Que un hombre me haga reír es importante para mí, el físico dejó de importarme hace tiempo, no es que no tenga ojos en la cara, nada de eso, y me fijo en las personas guapas como todo el mundo, pero suelo ver más allá de un cuerpo o una cara bonita, vamos, que no soy fácilmente impresionable en ese aspecto.

No he tenido suerte en el amor, la verdad. He sido bastante ingenua siempre, lo del primer amor para toda la vida pensé que era verdad, y resultó que no. Intenté con todas mis fuerzas retenerlo a mi lado, incluso llegando a la humillación más absoluta, pero no pudo ser. Supongo que como todas cuando te enamoras siendo adolescente, con esa ilusión, esa inocencia y esa ternura que solo se vive con esa edad. Lloré lo indecible, me dejó hecha un trapo y pensé que jamás me repondría de aquello, que no iba a encontrar nunca un hombre como él y que me quisiera como yo tenía idealizado, vamos, que sufrí como una perra. Después me di cuenta de que gané un montón cuando Víctor desapareció de mi vida para siempre, ¡que le vaya bonito!, aún a veces me acuerdo de él y me pregunto qué habrá sido de su vida. Al principio lo odiaba, por todo lo mal que me hizo sentir, pero con el tiempo, pues fue lo que fue, el despegue, el inicio de todo este lío que supone el amor, las relaciones y todo lo que conlleva. De todas formas ¡qué manera de complicarnos la vida! Después de Víctor, tuve mis rollitos más o menos serios, más o menos duraderos, pero nada que

merezca la pena recordar; la verdad es que iba un poco a la deriva, no encontraba ese punto medio, ninguno era como Víctor, y es que seguía enamorada de él. Y me duró mucho tiempo, más de lo aconsejable diría yo. Y el estar enamorada de él hasta las trancas hacía que no disfrutara como debiera, pero cada uno es como es. Después vinieron mis dos novios más duraderos: el primero, Antonio, el que presenté en casa pensando que sería el padre de mis hijos, con el que me haría viejita y con el que me veía en Benidorm paseando por la playa cuando nos jubiláramos. ¡Qué ilusa! Nos llevábamos genial, creo que de él me enamoré también, fue el segundo enamoramiento de mi vida, con él recobré la ilusión que perdí con Víctor. Tuvimos una relación de varios años y todo iba bien hasta que me la jugó con una compañera de trabajo. Era su compañera de al lado, con la que trabajaba codo con codo y con la que pasaba más tiempo que conmigo, era divertida, despampanante y claro, él un hombre al que no se le ponía nada por delante y que aprovechó la oportunidad. No le echo la culpa a ella solo, por supuesto que no, algo no pasa entre dos personas si uno de ellos no quiere, y se ve que los dos querían. Cuando me enteré, puse el grito en el cielo y le di boleto, no iba a humillarme como con el primero, aunque lloré tanto o más como cuando lo mío con Víctor acabó. Lo suyo duró un suspiro y Antonio me pidió perdón con la intención de retomar lo que fuera que teníamos, una relación maravillosa y estupenda, pero no cedí, me la jugó, pues ¡que lo hubiera pensado antes! Soy de las personas que piensa que en el amor se puede perdonar casi todo, pero en ese momento de mi vida no lo consideré así, no me arrepiento para nada. Duró un tiempo y se acabó por su culpa, es cierto. Pero ya no iba a ser igual, así que a otra cosa mariposa.

Tardé bastante tiempo en comenzar algo con el siguiente hombre, Fermín. Él era perfecto, sobre todo para mi madre, era educado, trabajador, bien situado, muy formal, vamos ¡un rollo de tío! A ese lo dejé yo, me aburría con él, era todo tan perfecto a su alrededor que no lo soportaba. Cuando estaba con él, era como si me transportara a otra época, era extremadamente correcto, una cualidad que es muy buena, pero que a mí en ese momento no me atraía ni beneficiaba el devenir de nuestra relación. Necesitaba otra cosa, más acción, más hacer las cosas sin pensar, un poco de adrenalina, hacer alguna pequeña

locurilla… Nada de eso ocurría en su mundo ideal. Tenía todo lo que quería para ser feliz, ¡pues no! A mí me gustan las imperfecciones imperfectas, como yo soy. Yo seré perfecta para alguien aunque no lo haya encontrado aún ni tenga intención de hacerlo por muchos años.

Reconozco que tengo lo mío, no soy baja pero tampoco excesivamente alta, un metro y setenta centímetros para ser exactos; morena, pelo rizado y tengo mis curvas y mis kilitos de más, cuatro o cinco, pero ahí están haciéndome pasar las de Caín cuando quiero ponerme unos pantalones que tengo en el armario y que, como siga así, no podré volver a ponerme jamás de los jamases, pero aun así, me resisto a deshacerme de ellos, por si algún día bajo de peso, me digo, ilusa de mí. Igual los atracones de chocolate no me vienen nada bien, pero es que está tan bueno y me hace sentir tan bien en el momento que le hinco el diente, que compensa los remordimientos de después y los kilos de más. Tengo varios tatuajes: uno en la espalda donde empieza el culo, justo en medio de la columna, ya me han advertido de que si algún día voy a dar a luz tendré problemas con la epidural, pero de momento ahí está, no lo pienso demasiado. Además lo veo como algo lejísimos en el tiempo. Fue el primero que me hice, con dieciocho años recién cumplidos, era una locura, pero era mayor de edad y en casa ya no podían decirme nada. Fue un acto de rebeldía, lo reconozco, era como demostrar que ya era mayor y podía hacer lo que me viniese en gana. Después vinieron dos más, no sé dónde oí que tienen que ser en número impar, así que o me hago dos más o paro aquí. De momento continuaré con mi guirnalda de enredaderas en el empeine del pie izquierdo y mi frase «nunca dejes de soñar» junto con una golondrina saliendo de una jaula abierta en mi costado derecho. Esa frase me vino a la cabeza en un sueño que tuve, no sé si tendrá un significado dentro de un contexto, seguro que sí, pero la tomé como mía, y ahí está, grabada en mi piel. Y en cuanto a mi carácter, pues también soy imperfecta, ¡qué le vamos a hacer!, tengo muy malas pulgas, veo la cruda realidad siempre, no me dejo impresionar por casi nada…, vamos, que el que cargue conmigo ¡se lleva un joya!

Cuando dejé a Fermín también lloré, me sentía la persona más mala y rastrera del mundo, pero yo también tenía que vivir mi vida, y con él no era feliz. Acabé con aquello antes de que fuera demasiado tarde, sobre todo para él: no digo que no lo pasara mal el muchacho,

pero creo que le hice un favor. Además, años después me lo encontré, estaba felizmente casado con una mujer que era más su tipo que yo y tenía un churumbel y otro que venía en camino. Si ese hubiera sido mi futuro, estoy segura de que no hubiera sido feliz. No por lo de estar casada y los hijos, por todo lo de alrededor más bien, él era demasiado joven para tener una familia y al final lo consiguió, cosa que yo no veía clara. Olé por él.

Cuando salgo de trabajar miro a mi alrededor, por si veo a Simón, la verdad es que lo de los bombones me gustó y debo reconocer que espero otro regalito, pero nada. Habrá sido todo una ilusión pasajera, pero he de confesar que vuelvo a casa con un poco de decepción. Todavía me quedan unos cuantos bombones en la caja, mientras me los como sentiré ese placer que me provoca el chocolate en mi boca, y me acordaré de él, ¿por qué no?, si él ha sido el que me los ha regalado y el que ha provocado que mis kilos se queden en mis caderas durante otro periodo de tiempo más o menos largo, qué menos que le dedique unos segundos de mi tiempo.

Capítulo 5

Vuelta a la vida real

Esta semana ha sido un poco de altibajos, empecé con unos dolores terribles y después con lo de Simón. Con el paso de los días mis dolores han ido desapareciendo hasta volverse imperceptibles, además he mantenido mi cabeza ocupada con el gesto de Simón, olvidándome un poco del resto de cosas.

El fin de semana ha ido bien, nada que contar, no salí el sábado, últimamente no me apetece demasiado, me aburre hacer siempre lo mismo, y eso es lo que hacemos. Quedamos todos, mi grupo de amigos y amigas, y o bien cenamos o salimos de copas o las dos cosas, pero siempre por los mismos sitios, la misma gente… No me lo paso mal con ellos pero necesito un cambio. Así que decidí quedarme en casa, me preparé una cena basura, es decir, palomitas, patatas fritas, un refresco y un trozo de pizza, es lo que tiene trabajar en un supermercado. Compro por impulso, nunca hago lista y al final cargo con lo que no debo, eso sí, las novedades de producto que presenta el supermercado soy la primerita en probarlas. Hoy ha tocado comida basura, pero un día es un día.

La cena del sábado no fue equilibrada para nada, pero era lo que me apetecía para acompañar mi plan ya que iba a ver alguna peli, o

alguna serie que me cuadrara mientras cenaba. Las pelis que ponían eran todas románticas, no me gustan nada, sobre todo en las que la protagonista femenina es un ser indefenso, frágil e inseguro, y el protagonista masculino, el todopoderoso macho que la rescata. ¡Bah! ¡Basura! Yo soy más de acción, suspense e incluso terror. Que me gusta que de vez en cuando la protagonista se pegue un revolcón, ¡perfecto!, pero esas moscas muertas que no han roto un plato y son muy ñoñas, ¡no puedo con ellas! ¡Qué pavas! ¡Qué sosas! ¡Por favor, estamos en el siglo XXI, espabilad! Esos hombres no van a venir a salvaros, ¡ni falta que nos hace! Además, esos machos que salen en casi todas esas películas son irreales: o demasiado perfectos o demasiado artificiales. ¡Que no, que no! ¡Fuera! ¿Dónde encuentras tú a ese tipo de hombres en la vida real?, deben de estar debajo de las piedras porque que sean guapísimos a morir, estupendos de la muerte como personas y te hagan ver las estrellas cada vez que te acuestes con ellos, hay pocos. Me refiero a que hay pocos que cumplan todos los requisitos, porque, que cumplan alguno de ellos, los habrá, ¡solo faltaba! Todavía confío en que así sea.

Al final desistí de ver una peli, no había nada interesante. Terminé viendo un partido de tenis que se jugaba en la otra parte del mundo, no entiendo mucho pero me gusta verlo, además jugaba un español y el que hacía el esfuerzo era él, no yo, así que perfecto.

El domingo sí que salí a tomar café por la tarde, un rato con mis amigas no me viene mal. Nos contamos nuestras cosillas y pasamos la tarde. Me gusta conversar con ellas, pero también escucharlas, no suelo ser yo la protagonista de las conversaciones, siempre hay alguna a la que le pasan cosas increíbles. Son pocas las que tienen la suerte de vivir de forma independiente, y sé que alguna de ellas me envidia un poco, envidia sana, por supuesto. Pero vivir sola también tiene sus inconvenientes: ellas tienen prácticamente todo resuelto, la ropa lavada y planchada, no se preocupan por la compra, y claro, eso se nota. Pero reconozco que también necesitan su espacio, como yo lo necesito, y viviendo con sus padres es difícil, por no decir imposible.

Independizarme fue una de las mejores cosas que he hecho en mi vida, me costó un poco tomar la decisión y al principio compartí piso con más personas, no duró mucho y la experiencia fue enriquecedora en muchos aspectos, aunque también hizo que tuviéramos nuestros

rifirrafes. Nada que no se pudiera solucionar. Cuando tuve el suficiente dinero y un trabajo más o menos estable y pude permitirme un sitio para mí sola me lancé, lo necesitaba. Sí que es verdad que compartir piso con alguien te proporciona compañía, pero a veces también deseas estar sola, y anhelaba ese lugar mío, sin nadie.

Esta semana entro de tarde, así que no veré a Simón, que siempre trabaja de mañana. Necesito un poco de rutina ¿o no? Mi cafetito de por la mañana me lo tomaré en casa mientras hago mis cosas.

No me gustan las tardes, sobre todo las de los sábados, son horrorosas: clientes haciendo la compra hasta las diez de la noche, cuando lo que estás deseando es irte a tu casa a descansar. Pues nada de eso, carros llenos a rebosar, como si fuera a estallar la guerra mundial y necesitaran víveres para meses. A eso se suma que suelen ir con los niños: no tengo nada en contra de ellos, pero a esas horas suelen estar bastante cansados, se ponen muy pesados y revoltosos, y los gritos y llantos no se hacen esperar. En verano se lleva mal porque lo que te apetecería sería estar tomando una caña en una terraza, pero en invierno es mucho peor, de noche desde las seis de la tarde, cuando son las diez parece que llevas ahí metida días y no horas. ¿Por qué no se quedan en sus casas con sus familias? ¡Son las diez de la noche, por favor! ¡Nos estamos volviendo locos! Yo a esas horas estoy en mi casa, con mi pijama puesto y viendo la tele, como casi todo el mundo; pues no, siempre hay alguien que está en mi supermercado, o en otros haciendo la compra. Además, cuanta más prisa tienes parece que todo se ralentiza de forma notable, o algo no cuadra y te tienes que quedar hasta que aparece el error. Pero bueno, como últimamente no salgo demasiado los fines de semana, tampoco me importa.

Me he aficionado al vermú, eso sí que me gusta, quedar con mis amigas a mediodía, salir de tapas y pinchos, de un lado a otro, después un café y a casa a dormir la siesta. Eso sí que me gusta de verdad, más que alternar por las noches. ¿Me estaré haciendo mayor? No lo sé, y eso que antes no me perdía ni un fin de semana, eran sagrados, salir hasta reventar los zapatos, el hígado y la cartera, pero últimamente estoy como más apaciguada, más tranquila. Sí que es verdad que varias de mis amigas tienen novio y llevan un rollo diferente al de antes, pero es lo lógico, hacen cosas con el resto y con sus parejas, se tienen que repartir.

Yo ya no salgo como antes, bueno, creo que en realidad ninguna de nosotras; recuerdo con nostalgia cuando nos llamábamos para quedar y ver el plan que teníamos. La idea de pasar tiempo juntas, la noche del sábado compartiendo confidencias, copas y bailes eran momentos mágicos para nosotras. A veces decíamos «¡Hoy vamos a ligar todas!», pero eso casi nunca se cumplía, y como buenas amigas que éramos o todas pillábamos cacho o nada de nada, aunque siempre había excepciones, por supuesto. Si tenías un chulazo delante con ganas de guerra, a ti te apetecía y el plan era inmejorable, pues la elección era clara… Eso sí, al día siguiente quedada con las amigas para contar detalles. ¡Que nos gusta diseccionar la noche entre risas!

Esta semana se me está haciendo cuesta arriba, la gente está muy pesada y mi encargada está algo alterada por una visita de los jefazos, y claro, ese repercute en todos nosotros. Yo paso un poco, intento no darle mayor importancia, hago mi trabajo como siempre y punto. Nadie tiene por qué regañarme si lo hago bien, pero reconozco que los ánimos están bastante alterados.

La visita llegó, todo en perfecto estado, o casi todo, siempre se puede mejorar, mi encargada contenta y a funcionar. Es sábado, una tarde más y a descansar, bueno, a poner lavadoras, zafarrancho de combate el domingo por la mañana y ya se me ha pasado el fin de semana, ¡¿pero qué descanso es este?!, ninguno, nulo. ¡En fin! Trabajo fuera y dentro de casa, eso de la liberación femenina ¿quién lo inventó?, porque creo que trabajamos ahora más que antes.

Nunca he sido yo una chica vaga y estoy acostumbrada desde bien pequeña a limpiar y ordenar, sobre todo mi habitación cuando vivía con mis padres, pero a veces una se cansa, todo el día de arriba para abajo. ¡Esto es un no parar! No sé si seré yo, pero siempre tengo cosas pendientes, aparte de las cotidianas, pues me busco más: que si cambio de armario, lavar cortinas, cambio la decoración, bueno, más bien, la disposición de los muebles, ese tipo de cosas. El caso es que si no tengo cosas que hacer las invento.

Miró el reloj, las ocho y media de la tarde, ahora es cuando la gente se acuerda de que tiene que cenar o de que mañana no abrimos, y claro, vienen como locos a por algo seguramente indispensable para ellos. Algunos, además, tienen los santos bemoles de decirte: «es que no tenéis tomates…» o «es que los que hay no están muy allá…», pero

vamos a ver señor o señora, son las nueve de la noche de un sábado, ¿cómo quiere que estén los tomates?, madrugue y a primera hora está todo perfecto, ordenado y puede usted escoger los tomates que más le cuadren, ¡por Dios! Pero claro, no digo nada, pongo buena cara y le cuento cualquier pretexto: que si hemos tenido mucho jaleo, que todos los clientes querían tomates…, y yo qué sé. Deseando estoy de llegar a casa.

A las nueve y media me toca estar en caja, hoy estoy de refuerzo y cuando hay jaleo mi compañera me llama para agilizar un poco el cobro. Nos compenetramos bien y tengo afinidad con ella, comentamos en clave alguna cosilla porque no queda muy bien poner verde a algún cliente delante del resto, así que nos entendemos casi diciendo cualquier cosa.

Aquí estoy dale que te pego pasando los productos por el escáner cuando oigo una voz que me suena y que me ha hecho subir el estómago hasta la garganta.

—Hola, preciosa —dice como cuando estoy en el bar esperando mi café.

Pero ¿qué hace Simón aquí? Si no trabaja por las tardes, ¿ha venido a comprar? Cuando levanto la cabeza del escáner lo veo, ¡madre mía! ¡Está guapísimo! Camisa blanca, sí, pero no tiene nada que ver con la que lleva al trabajo; pantalones vaqueros, botas y chupa de cuero. ¡Joder! Y esa barba y el pelo y ese morenazo que jamás pensé que pudiera gustarme o gustarle o yo qué sé. No tengo ni idea ni de lo que pienso ni de lo que digo.

—Hola —contesto casi tartamudeando mientras empiezo a pasar su compra por el sensor. Cervezas en lata, pizzas frescas, bolsas de patatas…, vamos, que se lo va a pasar bien, cena equilibrada como las mías. ¡Mira!, algo tenemos en común. Sigo con mi tarea hasta que oigo una voz femenina.

—Espera, espera —dice un poco apurada—, falta esto. —Añade y me deja sobre la cinta una botella de ron y unas latas de Coca Cola.

Pues sí que tiene bien planeada la noche. La chica es monísima, pelo largo y liso, ¡*ainsss*! El pelo liso, yo, que lo tengo rizado a veces añoro esos pelos largos y lisos que mueves con el viento o cuando cabeceas, ¡qué envidia! Y es que para tenerlo con la misma longitud por mí tiene que pasar el doble de tiempo, ¡garantizado! Y jamás se

moverá con esa soltura, como si bailara en el aire. A lo que iba, muy mona, educada y con un *tipín* que yo creo que no he tenido ni con diecisiete años. ¡Qué le vamos a hacer!

—Gracias, Vicky —dice Simón muy amablemente—, buen finde —añade a modo de despedida.

Cobro y se van. Entre ellos hay sintonía, lo sé, se los ve muy a gusto el uno con el otro, y yo pensando que era especial para él. ¡Idiota! Buen finde lo tendrá él porque yo me voy a mi casa más cabreada que una mona. Pero ¿por qué?, pues porque tenía una esperanza de que Simón se hubiera fijado en mí, pero se ve que lo de los bombones fue un arrebato que le dio, no sé muy bien por qué, pero vamos, que ahí lo voy a dejar. No pienso pedirle explicaciones, ni las quiero. Yo con mi vida y él con la suya. Mucho mejor. Eso sí, con mis gramos de más en las caderas debido a su dulce ocurrencia.

Si es que, lo mires por donde lo mires, los hombres no traen cosas buenas casi nunca. A mí me ha puesto kilos de más el único que se ha fijado en mí en mucho tiempo, y mira lo que ha conllevado. ¡Mejor sola! Ya me encargo yo solita de poner y quitar peso sin tener que pedir ayuda.

Capítulo 6

Semana de mañana

El fin de semana fue muy productivo, puse al día mi casa y el domingo me apunté a comer donde mis padres, de vez en cuando lo hago, me viene bien porque así vuelvo a mi casa con un cargamento de *tuppers* llenos de comida que me resuelven la semana. Pero no lo hago por eso, me gusta hablar con ellos, mis padres son personas jóvenes aún, salen los fines de semana con sus amigos, van a trabajar, una rutina que les gusta y les divierte —lo del trabajo no tanto, pero bueno—, en breve se jubilarán y se dedicarán a viajar de aquí para allá. ¡Se lo merecen! Mi padre trabaja como personal de mantenimiento en una fábrica, creo que lleva allí toda la vida, pero los turnos le están pasando factura, no es agradable trabajar durante toda la noche o tener que levantarse a las cinco de la mañana, y mi madre trabaja en Correos, no tiene una plaza fija y la suelen llamar para vacaciones o sustituciones por bajas o cosas así, así que no trabaja de forma continuada. Tengo una hermana un año mayor que yo, pero somos la antítesis una de la otra: físicamente no nos parecemos mucho, ella sale más a la familia de mi padre y yo a la de mi madre, ella es de mi estatura y también tiene el pelo rizado. Eso es lo único en lo que coincidimos porque su vida es totalmente diferente

a la mía. Su trabajo es estable, vive con su novio, tiene una vida muy asentada, y creo que poco divertida. Desde siempre ella ha sido más tímida que yo, y su carácter es diferente al mío. Pero bueno, si ella es feliz así, pues adelante con su vida. Mis padres a veces nos comparan, es inevitable, y me molesta la forma que tienen de ver su vida y la mía. La suya es tranquila, ordenada, estable, es un ¡muermo! Pero claro, yo no digo nada, y la mía es caótica, un poco alocada y eso que últimamente me contengo, pero en la diversidad está el gusto. Yo no me meto con ella ni con nadie, así que espero lo mismo de los demás.

Llego al bar, ahí está Simón, como siempre sonriente.

—Buenos días, preciosa —saluda—. ¿Lo de siempre? —pregunta.

—¡Claro! —contesto un poco chulita, lo reconozco.

El sábado me fui a casa enfadada por verlo, por ver a la chica que estaba a su lado y por saber que se iban a pasar una noche bien surtida de comida, bebida y, seguramente, hubo postre, y no hablo precisamente de pasteles o tartas. ¡Eso sí, la tía esa se ha comido un bombón! Se podría decir que me entraron un poco de celillos infantiles, como cuando eres pequeña y hacen más caso a tu hermana que a ti, algo parecido. Bueno, un poco es algo, me fui bastante celosa, ¡lo admito!

—Vale, vale, vale —replica, se ha dado cuenta de mi tono, quizás un poco excesivo.

—¡Perdón! —me apresuro a decir.

—¿Ha ido mal el fin de semana? —pregunta poniéndome el café delante, hoy me ha hecho un montón de círculos concéntricos en diferentes tonos que van desde el blanco al marrón clarito, ¡qué bonito!

Acerco mi nariz a la taza y solo con olerlo me transporto, ¡me encanta! En esa décima de segundo en la que inhalo el aroma del café no existe nada más ni nadie. Es como un micromomento para mí en el que floto.

—Normal —respondo sin querer dar explicaciones, otras veces nos contamos algunos detalles pero hoy no me explayo, no digo nada más.

—Unos mejores que otros —añade con retintín, pensando que me pego la juega padre cada vez que salgo, ¡qué iluso!

—El tuyo bien ¿no? —pregunto con toda mi mala leche, y no sé por qué lo he hecho, bueno sí, porque me fastidió lo que vi, ¡para qué

darle vueltas!

—No ha estado mal, ya sabes, cena en casa de amigos, copas… bueno, lo de siempre —explica levantando los hombros.

«No ha estado mal, no ha estado mal», me repito en mi cabeza con un tonito irónico. ¿A quién quiere engañar?, pues eso solo significa una cosa: se lo ha pasado de diez, y seguramente habrá terminado con la chica que le acompañaba entre sus brazos besándose como posesos y después…. ¡bah! Solo de pensarlo me pongo mala. Pero ¿qué me está pasando?, estoy celosa. Pero mucho… mucho, y eso que hasta hace quince días nada de esto me ocurría. ¡No doy crédito!

En cuanto termino mi café voy a currar, será mejor, porque para ser lunes he empezado el día con mal pie. Ya estoy mosqueada, pues no queda semana ni nada... Los lunes son días fuertes en cuanto a reposición, se suele dejar la tienda más o menos ordenada, pero eso no indica que no falten productos, así que cojo mi transpaleta y a reponer como una loca. No me disgusta, mientras canturreo las canciones del hilo musical coloco el producto en la estantería. No suele gustarme la música que ponen pero al final de tanto oírla es inevitable que cante, a mí me gustan los clásicos del rock, así soy, Bon Jovi, Brian Adams, Bruce Springsteen… algunos grupos como Guns and Roses, Aerosmith, U2… cosas así, y más clásicos aún como la Creedence Clearwater Revival, esta banda en particular, sobre todo por mi padre que le encantan, y cuando era pequeña oía sus discos en casa una y otra vez, y Elvis Presley por mi madre, creo que la música era lo que menos le gustaba, a ella le gustaba él, pero como con la banda que le gustaba a mi padre, mi madre también solía escuchar a Elvis y eso se me quedó grabado en mi cabeza. Y en cuanto a música nacional pues Izal, Love of Lesbian, Vetusta Morla, Sidonie, Lory Meyers, Corizonas, Fito…, es bastante indie la música que me gusta. Aunque escucho de todo un poco, seguro que se me olvidan algunos. Pero claro, esa música en el hilo musical de un supermercado no suena, aquí son más de Luis Miguel, Alejandro Sanz, Malú, La oreja de van Gogh y de grupos flojos, como digo yo. Pero no puedo evitar cantar esas canciones, tanto oírlas es inevitable. Incluso a alguna le he pillado el punto, pero no terminan de convencerme. Eso sí, cuando voy en mi coche y suenan los quito. No puedo con ello, no digo que canten mal y que las letras no sean bonitas, pero tanto amor, tanto empalago, tanto te

quiero… y tanto te amo…, me repelen. No son historias reales, creo que poco o nada tienen que ver con las historias que suceden a mí alrededor. ¡Igual soy yo la rara! Ya veréis que no soy nada romántica, si quiero baladas románticas escucho a Scorpions, por ejemplo, creo que los grupos más duros son los que mejores canciones de amor hacen, pero eso son cosas mías. Tengo gustos muy personales, ¡lo sé!

El lunes terminó, por fin. Estoy agotada, pero en cuanto llego a casa se me pasa todo, hoy tengo carne guisada de mi mamá esperándome para comer. ¡Qué buena! ¡Qué delicia! Y es que como la comida de la madre de una nada de nada. Además de estar buenísima es comodísimo: calentar y listo. Como en un santiamén, recojo y me tumbo a la bartola.

No hay nada interesante en la tele, ¡qué rollo!, de los programas de cotilleo paso; documentales, de vez en cuando los veo; a veces me decanto por algún concurso de estos en los que te das cuenta de que eres un analfabeto perdido y que hay personas por ahí que son auténticas enciclopedias andantes, ¡me da rabia que sepan tanto! He encontrado alguno de esos programas americanos que te enseñan cómo se fabrica una silla de montar o cómo se hace la salsa de tomate; al final me decido por uno de ellos, es estupendo para quedarse dormida.

A por el martes, lo de siempre.

—Buenos días, preciosa —saluda Simón poniéndome el café delante.

Me tiene cogida la hora y sabe cuándo debe servirme el café. Hoy una luna creciente me ha tocado en suerte.

—Hola, buenos días —contesto, estoy un poco borde con él y no sé por qué. Me molesta hasta que me hable.

—¿Sigues enfadada? —pregunta.

¡Qué perspicaz!

—No estoy enfadada —respondo sin convencimiento, no me lo creo ni yo. Soy transparente, no puedo evitarlo. Si algo me molesta se me nota, vamos, que soy un libro abierto.

—Si tú lo dices… —dice yéndose a la cocina.

¡Qué manía! Siempre hace lo mismo, me deja con la palabra en la boca. Hoy no me espero ni a despedirme de él, le dejo el dinero justo en la barra y me voy a trabajar. Mejor así.

El martes pasa sin pena ni gloria en el trabajo. ¡Qué aburrimiento de vida! ¡Qué monotonía! ¿Voy a estar así durante el resto de mi vida? Ufff, no quiero ni pensarlo. ¡Qué pereza!

Capítulo 7

El que se pica ajos come

Es miércoles, mitad de semana. Voy a por mi café y a enfrentarme a un duro día de trabajo. No me importa trabajar, prefiero estar distraída, aunque algunas veces me hago la remolona como todo hijo de vecino, me escabullo o tardo más de la cuenta en hacer cosas que en condiciones normales solventaría en la mitad de tiempo.

—Buenos días —digo al entrar en el bar donde Simón está sirviendo a otro cliente.

—Buenos días, preciosa, ahora mismo te pongo tu café —contesta sonriéndome.

—Cuando puedas —respondo sin mirarle.

—¿Sigues enfadada? —pregunta cuando se acerca a mí.

Y ¡dale! No estoy enfadada, estoy distante, arisca, reticente a hablar con él, nada más, y si dejara de ir al bar se notaría demasiado. Además, no quiero renunciar a mi dosis de cafeína, pienso para mí misma.

—No estoy enfadada —digo un poco más seria de lo normal.

—Pues no lo parece, Vicky —refuta poniéndome la taza delante. Hoy me ha hecho una carita sonriente en el café, estos detalles me hacen sonreír—. Desde el sábado te noto algo distante conmigo, ¿he

hecho algo que te molestara? —pregunta, y lo noto hasta preocupado.

—No —sentencio tajante.

—Pues no sé por qué estás así conmigo, si no te he hecho nada no sé por qué me tratas tan mal —explica un poco enfadado también.

—No te trato mal —rebato molesta, me va a sentar hasta mal el café hoy.

—Bueno, vamos a dejarlo, pero si estas picada por algo… —dice con una mirada ponzoñosa.

¡Este sabe más que los ratones coloraos!

—¡Que no! —espeto un poco más alto de la cuenta.

—Ya sabes… el que se pica….

—¡Ajos come! —termino mientras me voy.

Otro día que llego mosqueada a trabajar, de sobra sabe él por qué estoy enfadada, porque se presentó en el súper a comprar con una chica guapísima, y eso ¿debería importarme?, pues no debería, pero el caso es que me importa. ¡Estoy hecha un lío! Esto tiene que cambiar sí o sí. Prefiero mi vida sin salsa de antes, sin estos arrebatos de celos infantiles y estos enfados que no tienen sentido.

Por la tarde he quedado con mi madre, vamos a dar la última vuelta a las rebajas, siempre pillamos alguna ganga superrebajada que llevamos a casa más contentas que un niño con zapatos nuevos. Aunque, pensándolo bien, llegará mi hermana con algo muchísimo más barato, mejor y más bonito. ¡Siempre pasa igual! No sé cómo lo hace pero siempre encuentra alguna prenda con lo que darme en las narices, me restriega su hallazgo, como si hubiera encontrado una tumba secreta de un faraón archiconocido en Egipto y yo hubiera encontrado una simple vasija.

Tarde fructífera donde las haya, no suelo encontrar cosas que me gusten, y lo que me gusta no está rebajado o no encuentro mi talla, a veces me resulta difícil. Tengo bastante pecho y claro, pues o no me abrochan las camisas, o me queda demasiado ajustado, depende de la prenda; y en pantalones, faldas o vestidos ocurre algo parecido, pero esta vez los astros se han alineado para que encuentre cositas monas: unos vaqueros, una chaqueta de cuero —tengo un montón pero me encantan, creo que cada año me compro una nueva; las tengo de todos los colores: negras, granates, verde botella, marrón e incluso una blanca que es un poco macarra y que me pongo en contadas ocasiones

—, unas botas y un pijama. No me he gastado mucho dinero, así que genial.

Jueves, hoy me he levantado más pronto que ningún día y he llegado antes al bar, parece que todo me sale al revés, no he calculado bien el tiempo, así que pasaré más rato en el bar porque está claro que no voy a ir antes a trabajar. De ninguna de las maneras, bastante energía regalo ya a mis jefes como para encima hacerles el favor de ponerme antes con la tarea. Además, mi encargada no suele hacerlo tampoco, llega con el tiempo justo para abrir las puertas antes de que todos nosotros lleguemos. Si no lo hace ella, que seguramente cobra más que yo, no lo voy a hacer yo. ¡Solo faltaba!

—Buenos, días preciosa —dice Simón.

—Hola, buenos días —contesto cogiendo el periódico, hoy me dará tiempo a echarle un vistazo antes de entrar.

—Aquí tiene su café, señorita —añade con retintín.

Me da la impresión de que me está buscando las vueltas, y como siga así me va a encontrar, ¡menuda soy yo! Hoy me ha hecho una fresa, ¡qué bien le ha salido! O es un corazón, no, no, es una fresa, ¡no hay lugar a dudas!

—Muchas gracias —respondo con el mismo tono. La contestación del día anterior no me gustó nada y cualquier cosa que me dice pues me sienta mal, muy mal.

—¡Pues anda! —espeta—. Sí que te ha sentado mal verme con una chica —afirma cachondeándose de mí y tocándome la moral. Si ya sabía yo que conocía las razones de mi enfado, pero mira, me lo ha dicho, ¡va de frente!

—Puedes ir con quien te dé la santísima gana —escupo celosa como nunca antes. ¡Pero bueno! ¿Por qué me comporto así?

—Es mi mejor amiga, se llama Cristina y nos había invitado a cenar en su casa —explica con la voz más neutra. Se ve que quiere dejarlo claro, y ¡a mí qué me importa! Bueno, un poco sí.

—No tienes por qué darme explicaciones —afirmo un poco más tranquila, sobre todo porque ha hablado en plural y eso significa que había más personas con ellos. Aunque, pensándolo bien, igual iban en plan parejita, y eso me vuelve a encender.

—Pero es que te las quiero dar, no quiero malos entendidos —añade.

—Y eso ¿por qué?, si puede saberse —pregunto en tono chulesco.

—Porque me gusta hablar contigo todas las mañanas, y no quiero perder eso —dice yéndose a atender a otro cliente.

Como siempre, me deja con la palabra en la boca, aunque no sé muy bien qué decir. Este hombre me ha vuelto a descolocar por completo, una vez más.

Llego a trabajar pensativa, no dejo de pensar en lo que me ha dicho Simón. Me da explicaciones sin pedírselas, me confirma que la chica es su mejor amiga —porque si fuera su novia, lo primero es que le daría exactamente igual lo que yo pensara, y lo segundo es que no me lo tendría por qué explicar—, y por último me suelta que le gusta hablar conmigo por las mañanas.

¡Ahí queda eso!, ya tengo tarea. Mucho pero mucho en lo que pensar.

El viernes llego pillada, me bebo el café de pie y me voy, casi no he dormido y se me han pegado las sábanas. He estado dando vueltas al mismo asunto una y otra vez, pero ¡por qué seré tan pava! En cuanto me quedaba traspuesta venía a mi cabeza Simón con la cantinela, y claro, eso una y otra vez en bucle me ha desvelado por completo. El caso es que por más que lo he pensado no he llegado a una conclusión clara, así que he decidido aparcar el tema, aunque sigue ahí. Lo sé, me conozco y en cuanto me meta en la cama volveré a pensar en ello. ¡No tengo remedio!

Capítulo 8

Se avecinan cambios

El sábado llega y con él el jaleo. Menudo marrón he dejado a mis compañeros cuando nos hemos ido los del turno de mañana, estaba la tienda a reventar, pero que se lo coman con patatas, otras veces es al revés. No es cuestión de ser bueno o mal compañero, pero hoy ha sido materialmente imposible hacer más de lo que hemos hecho, ha sido un no parar, y claro, la tienda no ha quedado ni la mitad de repuesta o recogida que otras veces, pero es lo que hay, cuando es al revés es al revés.

Hoy voy a salir con las chicas, pero antes iré a comer donde mis padres, que va a ir mi hermana con Jesús, su novio. Y mi madre quiere tenernos a todos juntos, que apenas nos vemos, y que solo nos reunimos en los cumpleaños y poco más… Sus argumentos me han convencido como solo una madre puede hacer. Además, me ha comprado diciéndome que iba a hacer canelones, ¡mi comida favorita!, no podía negarme. Espero que haya hecho muchos para poder llevarme unos pocos en un *tupper*. ¡Por el interés te quiero, Andrés!, pero es que los canelones que hace mi madre no son de este mundo.

Llego a comer, están todos esperándome porque soy la última, he

pillado más tráfico de lo normal y no encontraba sitio para aparcar. ¿Por qué cuando llueve todo el mundo se empeña en sacar el coche? Lo odio, esos días hay más torpes por las calles que el resto del año. Como siempre, mi madre no defrauda: riquísimos no, lo siguiente. Una estrella Michelin le tenían que conceder, bueno, mejor no que si no se la llevan a un restaurante de prestigio y me la quitan.

Durante la comida hablamos de todo un poco, mi hermana habla poco pero mi cuñado no calla, sabe de todo, es divertido porque lo es, pero a veces es muy cargante. Mi padre lo tiene idealizado, se ve, se nota. No hablo con envidia, pero es que la realidad es así. Hemos hablado de todo en general y de unos amigos de mis padres en particular, se conocen desde hace años, son un matrimonio con dos hijos, un chico y una chica, Manuel y Vanesa. ¡Cuántas fotos habrá por casa de los cuatro juntos! Cuando éramos pequeños mis padres salían mucho con ellos, y claro, las fotos con los vástagos eran muchas. Manuel es el hijo mayor, tiene un taller, y mi padre ha comentado que necesitaría un administrativo para su negocio, que el chico que le llevaba los papeles después de nueve meses no le ha resuelto la papeleta y que se ha tenido que deshacer de él, que me lo comentara a mí por si me interesaba. ¡Me he quedado muerta! ¡Trabajo de administrativa! ¡No puede ser! No me ha hablado de condiciones ni de nada, pero que me pase el lunes por la mañana y me comenta lo que hay, y si me interesa el trabajo es mío. ¡Dios! No salto porque me da no sé qué, pero con ganas me quedo.

El resto de la velada va genial, aunque reconozco que me ha hecho una ilusión enorme la noticia y no puedo evitar estar excitada, no en el plano sexual, sino excitada de nervios, de incertidumbre, de todo un poco.

Por la noche quedo con las chicas, no me gusta adelantar acontecimientos sin tener nada cerrado, pero es que se lo tengo que contar, estoy entusiasmada y aunque no salga este trabajo, me quedará el supermercado, iré quemada a trabajar durante unos días, pero después se me pasará. Algún día tengo la esperanza de que llegará mi momento y pueda encontrar algo que realmente me llene. Aunque no tenga ni idea de recambios, y la junta de la culata me suene a una avería muy gorda, digo yo que algo podré aportar a la empresa, ¿no?

El sábado con las chicas no defrauda, llevo varios fines de semana sin salir y lo he cogido con ganas, además he estrenado mis vaqueros nuevos y mis botas, voy ¡tan mona!, pero me da igual, lo que quiero es bailar y divertirme. La música actual no me gusta pero reconozco que para mover el cuerpo está muy bien, el *reggaeton*, la música latina y calentita animan a cualquiera y, si además te mueves con gracia y salero, puedes calentar a cualquiera. No lo digo por mí, yo bailo normalito, pero tengo alguna amiga, como Marta, que se mueve de forma sensual y caliente. Solo de verla, me da una envidia…. parece bailarina profesional. Ella es entrenadora en un gimnasio y eso se nota.

Lo pasamos bien, nos reímos y bebemos. Me ha pillado desentrenada, porque con un par de copas ya noto que estoy algo achispada. Madre mía, como siga así, llego a casa perjudicadísima.

En efecto así es, llego a casa a las siete de la mañana del domingo. Con una borrachera descomunal, a rastras entro en mi piso y, según llego, voy corriendo al baño, mi cuerpo no admitía más alcohol desde hacía unas cuantas horas, pero he insistido y ahora estoy pagando las consecuencias. En cuanto termino de vomitar, me desvisto como puedo y me meto en la cama tras haber bajado las persianas a cal y canto. Un balneario es lo que necesito. A dormir.

Despierto a las cinco de la tarde, fatal, con la boca como estropajo, dolor de tripa, con una sed como un perro y el pelo alborotado. Todo en mi casa huele fatal, sin pensarlo mucho, porque si no vomitaría otra vez, pongo una lavadora con la ropa usada el día anterior, abro la ventana aunque hace frío y voy hasta la cocina. Una sopita me vendrá bien, es un remedio infalible para la resaca, una sopita de fideo calentita que te entona el cuerpo. Mientras se calienta el *tupper* de sopa que tengo congelado para estas ocasiones voy al baño. No hice ningún estropicio cuando entré deprisa y corriendo, hago pis y me lavo la cara. ¡Qué cara! ¡Qué pelo!, desencajada, con el maquillaje corrido y con unas ojeras enormes, parezco la novia cadáver. Mi piel ha perdido color, ¡soy gris! Y el maquillaje, por todas partes menos por donde debe, no mejora las cosas, si a eso le sumas mis pelos de loca, soy un auténtico cuadro, la verdad. Menos mal que nadie puede verme, asustaría a cualquiera.

El microondas pita. Hora de comer, voy hasta el salón con una

bandeja en la que hay un cuenco de sopa humeante y una botella de agua de dos litros. Con tiento empiezo a tomar la sopa, no vaya a ser que me caiga mal; en alguna ocasión me ha tocado salir corriendo: mi cuerpo pensaba que era alcohol y directamente lo expulsaba. La primera cucharada me ha sentado genial, prosigo hasta que me termino el cuenco. Un trago de agua, y a dormitar otro rato. Estoy deshecha.

Mi teléfono suena a eso de las siete de la tarde, me he vuelto a dormir, son mis amigas, que si quedamos a tomar café. Me niego en redondo, no puedo más, además tengo que tender la ropa y preparar para el día siguiente, que ¡tengo una entrevista de trabajo! A Manuel lo conozco desde que éramos críos, pero no deja de ser una entrevista, tengo que dar buena impresión y estar serena y despierta.

Hago lo mínimo imprescindible en casa, ceno una tortilla francesa, me doy una ducha y me meto en la cama. Necesito descansar en condiciones.

Capítulo 9

¿Necesito ese cambio?

Suena el despertador, ¡no quiero levantarme!, he dormido raro. Tenía un sueño intranquilo: ha habido ratos que he descansado bien, pero otros venían a mí imágenes del sábado y también aparecía Simón. Y es que el sábado les comenté a mis amigas lo que me ha pasado con él, en realidad nada del otro mundo, nos llevamos bien, me pone un café y charlamos. Otra cosa es lo de los bombones, que aunque no tengo la evidencia de que haya sido él, estoy casi segura al cien por cien de que fue el que me los compró. También les conté que apareció el sábado anterior casi a la hora del cierre a comprar con una amiga, y que me aclaró que no era su novia. No les he dicho que me sentó bastante mal, porque si lo hago empiezan a divagar y eso no me ayudaría.

Tras unas risas a costa del pobre Simón, mis amigas y yo llegamos a la conclusión de que lo deje estar, que pase del tema, que me habrá comprado bombones e invitado a cenar, pero que si ya le he dicho que no, tema zanjado. Esa es la teoría porque la realidad es que recuerdo una y otra vez sus palabras y sus gestos, es como si recordándolo se avivara en mí una pequeña esperanza para no sé qué, porque ahora mismo no tengo yo muchas ganas de empezar nada con nadie,

suponiendo que lo empezara con Simón, claro. Creo que en los últimos tiempos he encontrado el equilibrio, me siento bien sin nadie al lado, estoy contenta conmigo misma y no necesito un compañero de viaje. No digo que de vez en cuando no viniera bien un poco de apoyo para ciertas cosas o unos pocos mimos, pero realmente estoy serena y a gusto con la vida que llevo.

A las diez de la mañana he quedado con Manu, Manuel, el hijo de los amigos de mis padres para hablar con él acerca de la oferta de empleo. He decidido ir vestida de manera formal, unos pantalones negros y, en la parte de arriba, un jersey fino de color azul claro. Todavía hace frío como para ir con una camisa liviana. Quiero darle buena impresión, nos conocemos desde siempre pero si ahora vamos a hablar como posible jefe y supuesta empleada todo será distinto. Aparco mi coche en una calle anexa, el taller está en un polígono industrial y a veces es complicado aparcar, y voy para allá.

Reconozco que estoy nerviosa, hace dos años que no hago una entrevista. Desde que estoy en el supermercado he enviado algún currículum que otro, pero no he tenido suerte, así que esta es mi oportunidad para cambiar de trabajo, porque ¿necesito un cambio? Creo que todos lo necesitamos de vez en cuando, pero de momento voy a esperar a ver qué me ofrecen.

Llego un poco despistada porque no controlo muy bien el lugar, ahí está, veo una nave con las puertas abiertas, y en un cartel bastante grande pone TALLER MANUEL TENA. Pues aquí es. Entro y veo a varios mecánicos trabajando en distintos coches a un lado y otro de un gran pasillo central, que está despejado para poder mover los distintos vehículos, suena la radio, es una emisora que escucho a menudo en la que solo ponen música rock. ¡Bien empezamos! A la derecha hay una pequeña oficina hecha con cristaleras para ver todo el taller desde allí dentro; tiene dos mesas, una estantería y un par de sillas, me asomo pero no hay nadie dentro. Tengo que saludar en un tono bastante alto para que alguno de los que allí trabajan se percaten de que estoy esperando. Un chico jovencísimo asoma la cabeza, que tenía metida dentro del motor de un coche, me sonríe, se limpia las manos en un trapo bastante sucio que tiene en el bolsillo de su mono de trabajo y me saluda.

—Hola —dice.

Creo que se ha pensado que soy una posible clienta.

—Hola —contesto devolviéndole el saludo.

Antes de que pueda seguir hablando me pregunta:

—¿Qué le pasa al coche? —Va directo al grano el chico, se ve que están a tope de trabajo.

—Oh —contesto—, al coche nada, quiero hablar con Manuel —respondo.

—Ah vale, pues no creo que tarde, ha salido un momento, espera en la oficina o por aquí, como quieras —me indica muy amablemente.

—De acuerdo —contesto.

El chico vuelve a su trabajo y yo observo. Decido quedarme por aquí mirando. Jamás he trabajado en un taller, es más, no tengo ni idea de nada, pero bueno, digo yo que se puede aprender.

—Hola, Vicky —dice una voz detrás de mí.

Me giro y veo a Manu, ¡madre mía!, no recordaba yo a este chico así de guapo, es dos años mayor que yo, y hacía que no lo veía… demasiado, porque se ha puesto terriblemente guapo. La última imagen que tengo de él es la de un adolescente con granos y una pelusilla como barba, nada que ver. ¡Dios, qué cambio!

—Hola, Manu —contesto efusivamente, y le doy dos besos, tenemos confianza para eso ¿no?, aunque si va a ser mi jefe igual me he excedido.

—Ven, pasa por aquí —solicita dirigiendo mis pasos hacia la pecera que hace las veces de oficina. Entramos, me siento en frente de él y no puedo dejar de mirarlo, ¡qué guapo!— ¿Qué tal todo, Vicky? —pregunta con una sonrisa amplia.

—Bien, bueno, ahí vamos —le digo.

—Hace mucho que no nos veíamos —suelta—, pero sigues igual.

Yo sonrío, y es que no sé si lo que me acaba de decir es bueno o malo. No sé la percepción que tenía de mí ni antes ni ahora. La mía ha cambiado por completo, mucho mejor ahora, ¡dónde va a parar!

—Sí, ¿verdad?, cosas que pasan —contesto moviendo los hombros.

Tras las preguntas de cortesía me explica todo.

—Sabrás por tu padre que el chaval que tenía aquí se ha ido, la verdad es que me siento un poco imbécil, me ha hecho perder el tiempo y apenas resolvía, por eso ahora estoy buscando a alguien —

comienza a relatar—. Como verás estoy a tope de trabajo y no puedo estar mucho tiempo de papeleo —añade, y está en lo cierto. Todos los que trabajan con él estaban ocupados, además tiene algún coche más en la calle esperando reparación, o eso me ha parecido.

—Entiendo —digo—, quieres a alguien que te quite trabajo, no que te lo dé —concluyo a modo de resumen. Quiero que todo me quede claro.

—¡Exacto! —confirma contento de que lo haya entendido. Es fácil de comprender, ¿no?, yo lo he pillado a la primera—. De momento lo que te puedo ofrecer es poco, y seguramente no sea equiparable con el sueldo que ganas en la tienda, pero las perspectivas son buenas y, si seguimos así, es posible que en un futuro todo se pueda ampliar.

Manu me explica que sería media jornada, ampliable a jornada completa más adelante, siempre turno de mañana; que los sábados, a no ser que fuera muy necesario, no tendría que ir, y si voy serían horas extras. Mis funciones serían facturar, pedir recambios, control del *stock*, cobro a clientes…, vamos, tareas administrativas que sé hacer. Lo que me echa para atrás es el sueldo, está claro que es media jornada y no puedo pedir que me pague lo mismo que en el supermercado, y eso es lo que me hace estar reticente. Me ha dicho muy amablemente que me lo piense y que le dé la respuesta lo antes posible, que si yo decido rechazar la oferta tiene que buscar a alguien de inmediato. ¡Le comen los albaranes, las facturas, el teléfono no deja de sonar! Hay trabajo de sobra.

Me voy a casa ilusionada, la oferta es baja, pero igual me viene bien dejar atrás el supermercado y emprender otra aventura. Nunca me ha dado miedo lo desconocido; pero ahora, al saber que Manu podría ser mi jefe, tengo algo de incertidumbre, sobre todo de decepcionarle y hacer las cosas mal. Ya no por él, que un poco sí, pero mis padres y los suyos son muy amigos, y si esta relación laboral sale mal, quizás su amistad se resienta. ¡No lo sé!, espero que no suceda.

Llevo todo el día dándole vueltas a lo mismo, me voy… no me voy…, mientras repongo las estanterías recapacito. Puede que eche de menos este trabajo, no me disgusta pero tampoco es una maravilla; el otro tiene sus ventajas, sobre todo horarios y que está relacionado con lo que sé hacer. Pero estoy indecisa, no sé si pedir opinión a mis padres, ya sé la respuesta, que ya soy mayor, que yo decida; a mi

hermana ni me molesto en preguntarle, siempre ve inconvenientes en todo, como lo suyo no hay nada. A las chicas no les comenté nada el sábado y ahora ir llamando una por una como que no me apetece. No quiero estar dando explicaciones, por el grupo de WhatsApp tampoco creo que me despejen ninguna duda, es una decisión que tengo que tomar yo y así lo haré. Lo consultaré con la almohada y mañana sin falta llamo a Manu.

Capítulo 10

Nueva aventura

Me he despertado optimista, lo primero que he hecho tras mi ducha y mi café ha sido llamar a Manu, ¡le he dicho que sí! Seguramente sea un acto suicida por mi parte teniendo en cuenta lo que tengo, pero me apetece cambiar un poco. Creo que le ha faltado saltar por el taller de lo contento que se ha puesto. Me ha pedido que me pase esta misma mañana y, si puedo ir echándole una mano, mejor que mejor, aunque sea una hora o dos que me pagará sin problema. Le he dicho que no sé cuándo me podré incorporar de forma definitiva, ya que debo avisar a la empresa, quiero ser legal hasta el final, nunca se sabe por dónde te va a llevar la vida, prefiero quedar bien por lo que pueda pasar. Además, en el supermercado nunca se han portado mal conmigo, me consta que tienen currículum para aburrir y podrán encontrar a alguien que me sustituya sin problema, pero quiero hacer las cosas como se debe. Se lo he contado a Manu y él lo ha entendido perfectamente.

A las diez de la mañana estoy allí como el día anterior, el chavalito joven me saluda como si fuera compañera suya de toda la vida, me gusta que la gente sea abierta y se muestre alegre. Me acuerdo de otro trabajo que tuve en el que todo era mal rollo, la gente

estaba amargada, siempre enfadada, aquello no era forma de trabajar, y lo peor de todo era que parecía contagioso; al final todos estábamos enfadados y con malas caras. Suerte que terminó. Mi salud mental mejoró considerablemente cuando me fui de allí. Manu me indica cuál será mi mesa y mi ordenador, todo es nuevo para mí y estoy algo perdida, lo noto más serio que el día anterior, y es que no para. Llamadas, consultas de los mecánicos, proveedores, tiene mucho trabajo para él solo, ahora entiendo su cambio de carácter. Me explica unas cuantas cosas y sale porque alguien lo llama, vuelve a entrar y le llaman por teléfono. ¡Así es imposible!, me vuelve a explicar alguna cosa más y viene un cliente a recoger su vehículo reparado, vuelve a entrar con él a la oficina, le cobra, me hace imprimir la factura y sale con él a despedirse. Vuelve a entrar resoplando.

—Como verás, Vicky, esto es un no parar, creo que me va a dar algo como siga con este ritmo —dice algo angustiado.

—¡Ya te digo! Intentaré ayudarte en lo que pueda —respondo para alentarle.

—¡Esa es la actitud! —contesta un poco más animado.

Estoy cerca de dos horas en el taller, he llamado a algún cliente para decirle que podía recoger su coche, me he sentido hasta importante y todo.

Por la tarde vuelvo al súper, tengo que hablar con mi encargada lo primero, y después con Recursos Humanos, si ella lo hiciera por mí me ahorraría el trámite, pero nunca se sabe. He llegado un poco antes para poder comentarle tranquilamente los motivos de mi abandono, porque si no entre el cambio de turno, cierre de cajas y todo lo demás no hay manera. Cuando he aparcado el coche me he encontrado con Simón, ¡qué casualidad!

—Hola, preciosa —dice.

—Hola, Simón —contesto.

—¡Qué pronto vienes a trabajar! —afirma.

—Sí, bueno, tengo que hablar con la encargada —explico cada vez más nerviosa. Desde la aclaración que me hizo estoy un poco más suave con él, pero ¿cómo le digo que me voy? Mejor no se lo digo. No me atrevo, me da un poco de vergüenza.

—Uy, uy, eso suena mal —dice abriendo la puerta de su coche.

—No será para tanto —comento intentando tragar el nudo que

tengo en la garganta. ¡Si él supiera!

—¡Que te sea leve! —me desea asomando la cabeza por la ventanilla cuando pasa por mi lado montado en su coche, desde el que suena una música muy romántica.

No contesto, muevo la mano y entro al supermercado respirando profundamente para insuflarme las fuerzas necesarias.

Mi encargada está en la oficina, me lo ha confirmado una de mis compañeras del turno de mañana, llamo a la puerta y, cuando me da permiso para entrar, lo hago. Vuelvo a dar un suspiro hondo y me enfrento a todo. Le comento a mi encargada los motivos de mi decisión, no le voy a mentir, que me han ofrecido otra cosa, todo lo estoy poniendo un poco más bonito de lo que es —porque decirle que voy a otro lugar con peores condiciones económicas no tiene mucho sentido—, que lo que me ofrecen está relacionado con lo que he hecho hasta ahora y que el turno es siempre de mañana, y que en el punto en el que estoy en el súper no me van a ofrecer nada mejor. Podría ser encargada, supongo que sí, aunque no sé si me compensaría. A veces cuando veo los marrones a los que se tiene que enfrentar pienso «¡esto no está pagado!» Ni por todo el oro del mundo le cambiaría el puesto, puede sonar conformista por mi parte el pensar así, y puede que lo sea, pero no considero este trabajo algo como para dejarse el pellejo como hace ella, aunque he de reconocer que para ella su trabajo lo merece; disparidad de opiniones, diferentes puntos de vista, muy respetables ambos.

Cuando termino de hablar ella expresa su sorpresa, no se lo esperaba para nada, la he tranquilizado diciéndole que siempre he estado a gusto, y no es porque no quiera trabajar allí, nunca se sabe cómo van a ir las cosas, quizás me toque volver antes de lo que pienso. No cierro ninguna puerta. Hay que ser elegante hasta el final, aunque creo que me la cerrarán ellos a mí antes que yo a ellos, pero bueno, hay que mirar para adelante. Puede que me equivoque en mi decisión, pero seguro que las cosas pasan porque tienen que pasar, son etapas que vas quemando y hacen que la vida de una se enriquezca. De todo se aprende.

Tras firmar mi renuncia y dejar claro que causaré baja el próximo sábado, me voy aliviada, ahora se lo tendré que comunicar a mis compañeros, pero la encargada me ha pedido que no lo haga hasta el

último día, que luego todo son especulaciones y el personal se altera. No quiere revuelo y lo entiendo. Además, así estaré más tranquila. No puedo negarme a ello, se lo debo; después de todo, no he avisado con quince días de antelación, aunque si fueran ellos los que prescindieran de mis servicios me gustaría saber si me lo comunicarían con tanta antelación o me harían firmar el papelito correspondiente fechado quince días antes, que todas estas trampas ya me las conozco yo.

El caso es que estoy trabajando como una mula, pero más contenta que ni sé. Me siento liberada, motivada a hacer cosas nuevas, no sé, es una sensación que me gusta. En mi casa no saben nada aún, aunque si mis padres han hablado con los padres de Manu ya se harán a la idea. Cuando mis amigas lo sepan van a flipar, según están las cosas en cuanto a trabajo se refiere reconozco que he cometido un acto suicida, pero el que no arriesga no gana. En el supermercado estaba empezando a quemarme, el trabajo es monótono, vale que no sea una cadena de producción, pero de colocar latas de tomate o pepinos en la frutería o cobrar en caja nadie me sacaba. Siempre igual, un día tras otro. Además, el trato con los clientes es poco agradecido, pero bueno. Echaré de menos cosas, como es obvio, a mis compañeros, me llevo bien con casi todos —bueno, con todos, lo que pasa es que con alguno tengo más afinidad que con otros—. El trato es cordial, y aunque casi nunca participo en las cenas o comidas que preparan, nos llevamos bien. Lo que no voy a echar de menos son las tardes, y menos las tardes de los sábados, ¡las odio!, esta será la última y se me va a hacer eterna. Lo sé.

Llevo toda la semana con una sensación extraña. Nerviosa e ilusionada a partes iguales. El no poder decir nada a mis compañeros me estaba consumiendo por dentro. Quiero zanjar de una vez por todas este asunto y centrarme en mi nuevo trabajo y en mi nueva vida.

Mi último día de trabajo ha llegado, he encargado a la responsable de panadería que me prepare unos bollitos salados en unas bandejas y unos pastelitos para dejarlo en el lugar donde merendamos. Así cada vez que suba alguno de mis compañeros a su descanso podrá disfrutar de ello; es poca cosa, sí, y no tendría por qué hacerlo, pero me ha salido así. Además, cuando es el cumpleaños de alguno siempre tenemos ese detalle. Igual se creen que es mi cumple, pues no, hasta

septiembre falta mucho.

Cuando van bajando de su merienda, todos vienen a saludarme y a echarme la bronca por no decir nada, me llaman de todo de forma cariñosa: *perraca*, capulla, pellejo… Bueno, todo palabras feas pero dichas con cariño, eso lo sé. Lo que me llevo es que se alegran de que vaya a progresar y a avanzar en la vida. ¡Eso espero! Pero no les voy yo a contar mis incertidumbres y mis miedos, para ellos todo es perfecto, ¡si supieran mi sueldo flipaban!

Ese mismo sábado, aunque estoy cansada física y mentalmente, quedo con mis amigas, les he dicho que me tomo una copa y me voy a casa. Así lo hago, les comento mi cambio de vida radical y ellas tan contentas, quieren celebrar que he salido del agujero negro del supermercado, pero yo no estoy por la labor. La última juerga fue apoteósica y no tengo yo el cuerpo para repetir.

Llego a casa satisfecha, creo que lo estoy haciendo bien. Por lo menos con esa intención lo hago.

Capítulo 11

Taller Manuel Tena 10:00h

A las diez de la mañana estoy como un clavo en el taller de Manu. No he dormido nada durante toda la noche, no hacía más que darle vueltas una y otra vez a lo mismo: que si estaré a la altura, que si lo voy a hacer bien… un comecome incesante que no me ha dejado descansar en condiciones. Pero aquí estoy para enfrentarme al día.

Manu me saluda sonriente, está con el mono del taller, pero intuyo que debajo de él hay un cuerpo muy pero que muy apetecible. «¡STOP, VICKY!», me reprendo a mí misma, «si va a ser tu jefe —bueno, de hecho ya lo es—, no puedes verlo como un hombre, que esto solo trae problemas».

Tras la bronca autoinfringida me centro en lo que tengo que hacer, algunas cosas ya las he hecho durante estos días que he ido de extranjis, pero algunos detalles se me escapan y eso hace enfadar un poco a Manu. Creo que debería tener más paciencia conmigo, yo no soy el chico que tenía antes, y si él le defraudó yo no tengo culpa de nada, me siento un poco frustrada. Normalmente cojo el hilo de las cosas rápido, pero algo de tiempo necesito, supongo que en unas semanas esto lo dominaré. Pero necesito esas semanas. Además, he dejado el otro trabajo y no me queda más remedio que hacerlo bien sí

o sí.

Las horas van pasando, no me he tomado ni un café, ni un descanso ni nada, voy a piñón. A las doce llega un chico con una caja, será algún recambio. Salgo para recibirlo y firmar el albarán correspondiente, me llama por mi nombre y todo, cosa que me hace reír —pues sí que tienen información, llevo dos horas trabajando y ya me conocen ¡increíble!—; me parece raro pero no me da nada para firmar, cojo la caja y voy a abrirla para saber de lo que se trata y acercárselo a los chicos, seguro que necesitan esa pieza con urgencia. Entro en la pecera y me siento, abro el paquete y cuál es mi sorpresa cuando veo que no es ninguna pieza, son bombones, la caja es mediana y hay un sobrecito de color rojo por fuera de ella en el que pone VICKY, lo abro y leo: SUERTE EN TU PRIMER DÍA DE TRABAJO. Miro a mi alrededor, todo sigue igual, nadie me mira, pero noto mi cabeza dar vueltas y mis mejillas arder. ¿Quién me ha enviado estos bombones? Tengo varias opciones, aunque no sé por qué me da que sé de sobra quién es el artífice de todo esto. Enumero en mi cabeza los posibles candidatos: mis padres, no harían una cosa así; mi hermana, descartada; mis amigas podrían ser, pero conociéndolas no se pondrían de acuerdo unas con otras y el detalle habría tardado más tiempo en llegar fijo; Manu, mi jefe, sería un detalle bonito por su parte, pero creo que no sería conveniente; y, por último Simón, aunque él no sabía que me iba de la tienda, algo habrá imaginado cuando no he ido a tomar café por la mañana. Otra cosa que echaré de menos y mucho, sus ricos cafés y las pequeñas conversaciones que manteníamos a diario cada quince días.

Manu entra como un vendaval en la oficina pidiéndome no sé qué albarán, y ordenándome que llame a no sé qué proveedor porque han enviado mal unos recambios y los necesita para ayer y no sé qué más. De un plumazo ha desaparecido la magia del momento, igual si le ofrezco un bombón se le pasa todo. Mejor no, no está el horno para bollos.

El primer día ha sido agotador, he hecho la mitad de horas que en el súper pero estoy el doble de cansada, creo que era la tensión, el nerviosismo, todo. Se me ha contracturado el cuello, tendré que llamar a mi prima, que es masajista, para que me dé un masaje. No puedo ni moverme, me siento como un robot androide que tiene los

movimientos restringidos.

De camino a casa me he ido comiendo alguno de los bombones; cada vez que lo hacía no podía evitar sonreír. Estos detalles son bonitos, aunque nunca he sido muy romántica; pero, pensándolo bien, algo romántico es cuando hay romance entre los dos miembros de la pareja, ¿no?, y yo romance con Simón no he tenido nunca, así que lo consideraré un detalle bonito de «amigo».

Al día siguiente he reseteado mi cabeza, no quiero ir con mal rollo al taller, Manu tiene mucho trabajo, me tiene que enseñar y eso le hace estar irascible, no se lo tendré en cuenta; mientras tanto me tendré que esforzar para hacerlo lo mejor posible y estar a la altura. De hecho estoy allí para aliviarle un poco la carga laboral, me tendré que comer marrones sí o sí, debo asumirlo cuanto antes.

Voy a mi coche y antes de entrar distingo en el parabrisas una papelito blanco, será publicidad, lo voy a tirar cuando observo que pone VICKY. Miro a mi alrededor y no veo nada ni a nadie, lo despliego y leo: EL AMOR ES UN BELLÍSMA FLOR, PERO HAY QUE TENER EL CORAJE DE IR A RECOGERLA AL BORDE DE UN PRECIPICIO. Leo y releo el papel y no doy crédito, vuelvo a mirar a mí alrededor para ver si percibo algún movimiento, pero nada. Todo sigue igual, la rutina de todos los días parece imperar en mi barrio, un barrio tranquilo. Estoy alucinando, mis manos tiemblan y no sé ni qué hacer. Con sumo cuidado de no arrugar el papel, lo doblo y lo guardo en mi bolso. Reconozco que el dichoso mensajito me ha tocado el corazón, creo que sé quién lo ha enviado, pero no quiero pensar en ello. Recuerdo cuando estaba colocando el escaparate para San Valentín y Simón me dijo que el amor era algo maravilloso, que sí, que no digo que no, pero… no me apetece enamorarme, y menos de él, que sé que me romperá el corazón. Como todos en realidad, lo que no sé es si tendré la misma capacidad de restablecerme como en las otras ocasiones. Malo… malo, si estoy pensando en que cabría la posibilidad de tener algo con él. No puedo seguir pensando en Simón, ha tenido detalles bonitos conmigo, eso no lo voy a negar. Que me han gustado mucho tampoco lo voy a negar, pero que no…. Que no quiero yo sufrir. Me niego a pasarlo mal. No es no.

Capítulo 12

Primera semana caótica

Ha pasado mi primera semana de trabajo en el taller, unos días han ido mejor que otros, en ocasiones me he llegado a preguntar cómo era posible que hubiera dejado un trabajo estable que apenas me daba dolor de cabeza por otro en el que estoy en continua tensión y con algo de miedo por si lo hago mal. En fin, ya no hay vuelta atrás, supongo que me iré poniendo al día y podré ir avanzando poco a poco. Necesito tiempo y paciencia.

Todos los días he recibido mis mensajitos, reconozco que me gusta, aunque alguno sea un poco cursi, pero esto lo negaré si alguien me lo pregunta. En el del miércoles ponía EL AMOR ES UN CRIMEN QUE NO PUEDE REALIZARSE SIN CÓMPLICE. Todas estas afirmaciones acerca del amor me hacen reflexionar, quizás no siempre nos damos las oportunidades que nos merecemos o bien porque tenemos miedo a equivocarnos o porque estamos tan cansados de sufrir que un poco más haría que todo estallara.

Como ya dije, en el amor me ha ido regular. No siempre era el otro el que tenía la culpa, de eso estoy segura, no soy una chica fácil de llevar, mi carácter me puede a veces, pero no me considero una mala persona. Si alguien me decepciona me cuesta perdonar, al final

lo hago, pero la gran decepción que siento dentro de mí es inmensa, el fallar a alguien con todo el conocimiento de causa me resulta algo extremadamente deshonesto. Otra cosa es que dañes a las personas sin saber, ahí puedo ser más permisiva, pero para mí es difícil de encajar la falta de confianza, de honestidad y franqueza.

El jueves también tengo mi notita atrapada en el parabrisas del coche, pero hoy mi mensajero silencioso ha tenido la buena idea de meter el papel en una bolsita transparente de plástico. Si no hubiera sido así se habría echado a perder, hoy llueve a mares. Me meto corriendo en el coche y abro impaciente mi bolsita y mi papelito, leo en voz alta: NI LA AUSENCIA NI EL TIEMPO SON NADA CUANDO SE AMA.

Cada vez los mensajes se superan, parecerá raro: yo, que no soy nada romántica, me lleno de energía al leer estas frases. No sé nada de Simón, en parte dejé el supermercado porque quería cambiar de aires y también por alejarme un poco de él. Yo no sé sus intenciones ni sus sentimientos hacia mí, pero me conozco a mí misma y no quería seguir cerca de él porque si no lo inevitable me iba a pasar, y no estoy en ese punto ahora mismo. Me encuentro muy bien sola, estoy estable y no quiero que esa estabilidad desaparezca. Quizás Simón es serio en sus intenciones para conmigo, si no fuera así no se tomaría tantas molestias, ¿no?, o quizás esté más motivado aún por conseguirme, hay muchas personas a las que les motivan los retos, conseguir lo inalcanzable, y una vez que lo hacen van a por otra cosa porque han superado el reto. No lo sé, no lo conozco lo suficiente como para saber, pero no sé por qué me da que la primera opción es la buena, quizás sea un poco presuntuosa y creída al respecto, pero de mí solo ha recibido negativas y ahí sigue el tío intentándolo.

El último día de la semana también espero mi mensaje y este no se hace esperar, en cuanto veo el trozo de papel en el cristal de mi coche sonrío como una imbécil, acelero el paso para llegar cuanto antes hasta él. ¿A qué hora se levantará Simón para ponerlo? —porque es Simón el que lo hace, estoy segura—. Empieza temprano en el bar, así que le supondrá un esfuerzo venir hasta aquí a dejar la nota correspondiente. Por otro lado pienso: ¿quién le ha dicho dónde vivo? Tengo bastantes interrogantes, pero por el momento no voy a preguntar. Leo y alucino: SI NO SE ROMPE, ¿CÓMO LOGRARÁ

ABRIRSE TU CORAZÓN?

La verdad es que cada frase me hace pensar y quizás ceder un poco en mi idea que tengo de enamorarse, pero me resisto, es que no quiero. Además, sé que no estoy enamorada de Simón, que me parece un chico guapo, amable, con el que poder hablar, y serio, pues sí, pero de ahí al enamoramiento va mucho trecho. Podría decir que me gusta, un poquito.

El fin de semana lo dedico a descansar, lo necesito, todos los cambios de esta semana han sido bastante radicales. Aprovecho para adecentar mi casa, para buscar ropa adecuada para ir a trabajar —vale que trabaje en un taller, pero no puedo ir de cualquier manera—. Cuando iba al súper casi siempre iba en ropa deportiva, ya que después me tenía que poner el uniforme, ¡no lo echo de menos!, así que ahora tengo que reorganizar mi vida, mi armario y todo lo demás. Quedo con mis amigas, les cuento un poco mi semana pero nada más, no quiero salir, que me conozco.

Capítulo 13

Otra semana más

Esta semana la enfrento de otra manera, más optimista, estoy cogiendo confianza en mí misma y eso se nota. Durante el fin de semana no he recibido notas y me he sentido un poco decepcionada, pero vamos, que tampoco tiene obligación de hacerlo, ¡solo faltaba!

El lunes vuelvo a tener el papelito esperándome, esto parece de niños de colegio. nadie lo sabe, lo mantengo en secreto, y creo que es algo bonito e incluso ¡romántico! ¿Quién me lo iba a decir? En la nota del lunes leo: SIEMPRE QUE HAYA UN VACÍO EN TU VIDA, LLÉNALO DE AMOR. Me da la sensación de que me ve por dentro, que sabe lo que pienso, porque cada cita que me envía me toca un poco más el corazón. Es como si supiera que no me quiero enamorar, ni de él ni de ningún otro, que no quiero sufrir. Ya sé que el amor tiene cosas bonitas, y no todo es malo como parece que lo percibo yo, pero quizá sea que tengo miedo a lo que viene más adelante, a pillarme demasiado y pensar que nunca después de otra decepción, si es que la hay, seré capaz de vivir algo bonito, ni de querer como he querido; parece una paradoja pero así lo siento. Me siento frágil y débil cuando me dejan, el caso es que cuando he estado enamorada me sentía como si fuera *superwoman*, todo era fantástico, y si surgía algún problema lo

enfrentaba sin miedos y sin indecisiones, nada se me ponía por delante, y si además estaba arropada por alguien que estaba incondicionalmente a mi lado no había nada mejor. Juntos podíamos con todo. Pero después, cuando todo terminaba, me veía sola, desamparada y frágil, rota por dentro y por fuera, vulnerable; en esos momentos soy muy fácil de dañar porque estoy baja de moral, de autoestima y de todo. Ese es mi punto flaco, es ahí donde pueden acabar conmigo, por eso creo que no quiero enamorarme, por no pasar por todo eso otra vez.

He encontrado un bar cercano al taller, se lo pregunté a Manu y él me dio las indicaciones, es un bar típico de polígono, donde muchos transportistas, camioneros o comerciales paran para tomar un refrigerio o desayunar, así que tiene gran variedad de bollería, bocadillos y sándwiches, pero yo me lanzo a por mi café. Lo necesito, es un ritual para mí. He de reconocer que el café que me ponen aquí no es malo, pero es diferente. Aquí no me hacen dibujitos en la espuma. Cuando veía a Simón me alegraba, nos decíamos cuatro bobadas y empezaba el día de buen humor, a excepción de los últimos días que no fueron precisamente buenos. Me arrepiento de no haberle dicho que me iba, no se lo merecía el pobre, pero en ese momento no me atreví.

Aquí hay tres camareros, no tienen nada que ver con Simón, son simpáticos pero no me dan conversación como él. Hay días que no dan abasto de tanto jaleo como tienen, ya me conocen, así que me ponen el café sin preguntar y a por otro cliente, no tienen tiempo para nada. Me lo tomo y voy a empezar mi día en la oficina.

Cada vez voy mejor, Manu me lo ha hecho saber, y se lo agradezco, de vez en cuando una palmadita en la espalda viene bien. Que confíen en una hace que tu autoestima crezca y te veas capaz de hacer casi cualquier cosa.

EL AMOR CONSISTE EN DOS SOLEDADES QUE SE PROTEGEN, LIMITAN Y PROCURAN HACERSE MUTUAMENTE FELICES. ¡Madre mía! Sigo pensando que me lee el pensamiento, pienso en ello y cada vez estoy más segura. El martes va a ir bien. En el taller soy yo la que hace la captación del cliente, es decir, le tomo los datos, le pregunto por la avería si la saben, si lo va a pagar su seguro, y relleno con todo eso los datos de la ficha; es después cuando Manu le dice al cliente el

tiempo que tardarán en arreglarlo y el que les hace un presupuesto aproximado. Pero el cara a cara inicial es mío, y reconozco que me gusta. Le voy pillando el tranquillo a todo esto. A fin de cuentas es trato directo con el público, como me ocurría en el supermercado, pero aquí es diferente. Allí me limitaba a indicar en qué pasillo estaban los encurtidos o a acompañar a alguna mujer hasta donde estaba la leche condensada, y si no alcanzaba el estante a bajarle el producto hasta su carro, pero poco más.

HAY AMORES TAN BELLOS QUE JUSTIFICAN TODAS LAS LOCURAS QUE HACEN COMETER. «Ojalá me pasara a mí eso alguna vez», me digo a mí misma. A veces oigo historias arrebatadoras de amor y pienso que son irreales, pero no, siempre le han pasado a alguien conocido, a una amiga, a la prima de mi vecina, no sé, a alguien cercano. Y ahí puedo comprobar que puede que sea cierto, que cuando te enamoras de alguien perdidamente se hacen este tipo de locuras, pero no sé, yo veo también lo contrario: el desamor, la decepción, el engaño, porque todo esto también existe, por supuesto.

Igual soy un bicho raro, quizás. Quizás en esto me parezco un poco a mi hermana, ella ve casi siempre algo malo en todo; y yo, pues por imitación, puedo llegar a pensar así en este caso particular. En el resto de aspectos de la vida no veo tantas cosas malas, si así fuera, ¡qué horror de vida! Para empezar no me habría lanzado a trabajar en un lugar peor, por menos dinero. De momento no me arrepiento para nada. Ya veremos más adelante.

El jueves hemos tenido muchísimo jaleo, me ha llamado Manu cuando iba a coger mi coche para ver si podía estar antes en el taller, así que ni siquiera he podido leer la nota, no por falta de ganas, por supuesto, y tampoco he ido a tomar café. Cuando hay que echar una mano yo soy la primera, no me importa. Había un lío descomunal, trabajos por entregar, un mecánico de baja… En fin, un día de mucho lío, pero al final creo que lo he solventado bien, en el fondo me va la marcha.

En cuanto acabo mi jornada laboral me meto en el coche, no puedo esperar más, saco el trozo de papel y leo: HAY UN CAMINO SEGURO PARA LLEGAR A TODO CORAZÓN: EL AMOR. Cada vez es peor o cada vez es mejor, no sé cómo enfocar todo esto. Los mensajitos me están gustando, y me descolocan también. Esta

situación que en otro momento de mi vida me resultaría ridícula, ñoña y empalagosa, resulta que me está pasando a mí en estos momentos y me está gustando. ¿Tanto he cambiado que ahora este tipo de detalles me parecen bonitos? O quizás sea que nunca antes me han hecho estos regalos y por eso renegaba de ellos. No lo sé, todo es nuevo para mí.

Hoy es el último día de la semana, lo hago con ganas pero también con un poco de penita, he de reconocerlo, ya que durante dos días Simón no se acordará de mí y no me pondrá el mensajito en el parabrisas de mi coche. Pero así el lunes siguiente lo empezaré con más ganas. La notita de hoy dice: EL AMOR SE COMPONE DE UNA SOLA ALMA QUE HABITA EN DOS CUERPOS. Pues sí que es bonito esto del amor, ya me lo dijo Simón el día que me invitó a cenar y que rechacé. No entiendo cómo sigue ahí al pie del cañón. No se lo he puesto fácil, la verdad.

Repasando mis historias de amor, puede que todas las citas que me está enviando Simón tengan sentido en algún momento de mi vida; no todas, pero alguna sí, porque pensándolo detenidamente, yo he estado enamorada. Y es que, cuando lo hago, lo hago sin medida, de ahí mis miedos a volver a hacerlo, porque sé lo que viene después, el batacazo descomunal que me deja rota por dentro, desgarrada el alma y deshecha. Puede sonar como muy teatral, pero es así, me entrego tanto que al final, cuando todo acaba, estoy hecha polvo y me cuesta recuperarme, volver a ser yo. Es un proceso, sobre todo mental, muy largo en mí, y cada vez me cuesta más. Pero no quiero pensar en ello, no por nada, ya tuve suficiente. Y recordarlo es volver a sufrir un poco, porque soy así, todavía sufro por ello, en menor medida, pero siempre me afecta algo.

El viernes ha ido bien, he hecho mi trabajo y vuelvo satisfecha a casa. Por la tarde he quedado con mis amigas, me apetece verlas, será algo tranquilo, un par de cañas y a casa. La semana sigue siendo dura para mí, quiero estar al cien por cien en el trabajo y eso me hace ser muy exigente conmigo misma haciendo que mi energía se agote. Pero sé que en poco tiempo iré mejorando.

El fin de semana es lo de siempre, tengo un montón de ropa que planchar, y es que en el trabajo uso ropa que antes apenas me ponía y claro, esto se va acumulando y se nota. No me importa planchar, me relaja, y si no fuera así tampoco me quedaría más remedio, así que de

nada sirve quejarme. Tengo que hacer la compra, iré a mi antiguo trabajo, ¿qué pensarán ahora de mí? Lo comprobaré esta tarde. Y mira que odiaba yo las tardes, y más las del sábado, y ahora me presento allí, no tengo perdón. Con lo que he criticado a las personas que lo hacían y ahora me he convertido en una de ellas, ¡para matarme! Tengo que cambiar mis hábitos de consumo, intentaré hacerlo cualquier otra tarde o el sábado por la mañana; yo, que sé lo que se siente, debería ser un poco más empática con mis antiguos compañeros, ¡qué menos! Debo dar ejemplo.

La acogida ha sido muy buena, todos mis antiguos compañeros me dicen y me preguntan por mi nuevo trabajo, y no puedo evitar sonreír, porque estoy contenta, es la verdad. He mantenido el contacto con alguno de ellos durante estos quince días que llevo fuera, pero nada especial, lo típico de «que tengas suerte en tu primer día…», «¿qué tal ha ido todo?», las típicas frases de ánimo y apoyo. Hablo con unos y con otros, les cuento un poco mi vida, hago la compra —que se ha alargado más de la cuenta— y vuelvo a casa.

He hecho una cosa que pensé que jamás haría: según he ido cogiendo distintos productos de las estanterías, he ido colocando los productos en el lineal de tal manera que queden todos alineados para ahorrarles trabajo a mis excompañeros, pero ¿esto es normal? No tengo ni idea y lo he hecho de forma inconsciente hasta que Santi, un compañero, que pasaba por mi lado me ha reprendido y hasta me ha asustado diciéndome:

—Vicky, ¡¿se puede saber qué haces?!

He dado un respingo y me he quedado parada al oírlo.

—Pues… pues… no sé, —he dicho titubeando, mirando al lineal y a mi compañero de forma alternativa.

—Anda, anda, deja de *frentear* y vete a tu casa, ya no trabajas aquí —espeta, me lo ha dicho en un tono muy cariñoso. Después se ha acercado a mí, me ha agarrado del brazo de forma cariñosa y me ha dicho al oído—: En cuanto pueda hago lo mismo que tú. ¡Nos merecemos algo mejor!

No he podido evitar sonreír. Y es que Santi es muy buen niño y tampoco ha tenido suerte en su vida, todo lo que sea prosperar se lo merece. Él y yo éramos un poco los incomprendidos de la empresa; a diferencia de nuestros compañeros, muchos de ellos están contentos

en su trabajo y tampoco aspiraban a nada más, pero Santi es un inconformista, él necesita un cambio en su vida como el que he dado yo, un nuevo trabajo que le dé otra perspectiva y que le permita ser él mismo. Además, él es joven y yo sé que conseguirá su sueño, él sueña con ser diseñador de moda —bueno de hecho lo es, hace sus cositas y colabora con algún modista más o menos conocido—, pero le falta ese empujón, creérselo lo primero, él vale mucho, y necesita pasta para despegar en ese duro mundo. Por eso se desloma currando en el súper, colaborando con otros diseñadores y poniendo copas los fines de semana. Se ha marcado un objetivo fijo y sé que lo conseguirá, tiene una ilusión bárbara, espero que nada ni nadie lo frene, también la edad hace mucho. Se ve con fuerza y tiene cualidades para hacerlo. El día que lo consiga me alegraré mucho por él. ¡Se lo merece!

Capítulo 14

Poco ha durado la ilusión

Es lunes, estoy contenta, hoy estreno ropa nueva y eso me hace sentir bien y segura de mí misma, será una bobada pero así es. Localizo mi coche y cuando veo que no tengo notita en el parabrisas me enfado, me pillo un cabreo descomunal. ¡Poco le ha durado la ilusión a Simón! No ha insistido mucho, quince días no creo que sea tanto, sí que es verdad que no le he contestado a ninguno de sus mensajes ni le he dado las gracias, lo primero porque no tengo manera de localizarlo a no ser que vaya al bar donde trabaja, y lo segundo porque no sé ni qué decir. El caso es que me voy enfadada por no haber recibido mi dosis de cariño mañanero.

Llego al bar del polígono donde he empezado a ir, ya me conocen los camareros, me ponen mi café sin preguntar e incluso me dan conversación, me han preguntado donde trabajo y les ha dado alegría que trabaje para Manu. Me tomo el cafelito y voy hasta el taller. Hoy no ha llegado Manu, pero como tengo trabajo pendiente que dejé el viernes me pongo a ello. Llamadas, albaranes, facturas, un poco de todo.

Alzo la vista y veo llegar a Manu, ¡madre mía! Vestido de calle es un bombón: pantalones vaqueros, deportivas y sudadera azul marino,

¡impresionante! «¡Vicky, céntrate!», me recrimino. Quizás sea el cabreo que tengo encima o yo qué sé, pero mi jefe está muy bueno. Me da los buenos días con la mano y va a hablar con sus chicos. En cuanto termina de dar instrucciones viene hasta la oficina, hoy está más relajado, bromea conmigo y yo me río como una boba, nos conocemos desde hace años y hay confianza, aunque ando con pies de plomo, Manu no deja de ser mi jefe.

La mañana pasa relativamente bien, incluso me han traído un café en un vaso de cartón, calentito, humeante y muy rico. ¡Estos detalles hacen que merezca la pena venir a trabajar! Llega una grúa con un coche, es un Seat Ibiza gris, salgo a recibir al gruista para que me dé los datos. El hombre, muy amablemente, me da todo lo que le pido, deja allí el coche y se va. En el parte ya viene la avería así que los chicos se ponen a trabajar en el coche mientras yo sigo con mis gestiones.

A las dos menos cuarto aparece un coche en la puerta, lo oigo —que no lo veo—, tengo que ser yo la que reciba al cliente, así que me levanto y salgo. Cuál es mi sorpresa cuando veo que de un Renault Clío rojo sale Simón. Me entran los calores y los fríos, me noto las orejas incandescentes. De la puerta del conductor sale la chica guapísima que fue con él al supermercado. No sé ni qué hacer.

—Buenas tardes, preciosa —dice como si nada.

—Hola —contesto un poco cortada.

—Venía a recoger mi coche —explica, y yo me quedo alucinada.

¿Cuál es su coche? No me suena nada haber leído su nombre en los partes de trabajo; porque, por otro lado, Simón no es un nombre tan usual.

—Ah —contesto—, dime la matrícula y te digo si está listo.

—Es el Seat Ibiza gris que ha traído una grúa esta mañana —explica pasando del número de matrícula.

—Sí, sí —confirmo yendo a la oficina. Me he tropezado con una silla que sé de sobra que está donde está, estoy nerviosa y torpe. Miro en el ordenador y está terminado—. Ya está reparado —afirmo mirándolo casi por primera vez a la cara.

Hoy, como el día del supermercado, lleva ropa de calle: vaqueros, un jersey de cuello alto negro y un chaquetón que le da un aire sofisticado. No sabría yo decir quién de los dos está mejor, si Manu o

Simón.

—Gracias, Cristina —dice Simón girándose hacia donde está la chica guapísima y que recuerdo que me aclaró que era su mejor amiga—. Puedes irte ya, me llevo yo el coche a casa. —La chica se despide y se va. Mientras ellos hablan, voy hasta un mecánico para que me acerque el coche a la recepción y vuelvo a la oficina. Simón ha de firmar unos documentos, por lo que he visto, todo corre a cargo de su seguro. Mientras firma vuelve a hablar—. ¡Mira lo que he tenido que hacer para volver a verte! —sentencia sonriéndome, y mis ojos se deben de salir de las órbitas porque no he entendido la broma—. Estropear mi coche —aclara—. Como te fuiste sin despedirte… —me recrimina.

—Bueno —intento justificarme—, es que ha sido todo muy rápido y casi no he tenido tiempo para nada.

—Ya, ya, ya —dice riendo y gesticulando—, una excusa como otra cualquiera, pero ya te tengo localizada —añade riendo de nuevo.

—Sí, bueno. Llevo poco tiempo y espero hacerlo bien… —comienzo a explicar, mientras mis compañeros se van despidiendo de mí (yo no los veré hasta el día siguiente aunque ellos volverán a trabajar por la tarde), alguno me da un albarán o algún aviso o cosas así, y me siento útil. Parece que Simón no tiene intención de irse y yo no sé muy bien qué hacer.

—Bueno, Vicky, ¿para cuándo la cena que tenemos pendiente? —me suelta a bocajarro sin esperarlo para nada.

—Ufff —resoplo—, no sé si será buena idea —confieso.

—¿Por? —pregunta él sin dar su brazo a torcer; la vez anterior se quedó un poco decepcionado, pero esta vez parece que no piensa claudicar tan fácilmente—. ¡Qué poco romántica eres! —añade riendo.

—¿Romántica yo? —cuestiono con un tonito de asco que hasta a mí misma me sorprende—. Nada de nada.

—¡Venga, Vicky! —me anima.—. Ya verás como cambias de opinión —dice guiñándome un ojo.

—No lo sé —farfullo indecisa—, lo pienso y te digo algo —le suelto mientras veo a Manu que viene hacia nosotros con la intención de cerrar el taller para irse a comer. ¡Salvada por la campana!

—No lo pienses mucho —contesta dirigiéndose a su coche. Se para un momento, saca un pequeño papel del bolsillo trasero del pantalón y

me dice—: ¡Ah, Vicky!, esto es para ti. —Cojo el papel, lo miro, lo miro a él, sonrío y noto cómo me vuelvo a poner rojísima—. Hablamos —añade a modo de despedida.

—Nos vamos, Vicky —interviene Manu sacándome de mi burbuja de ensoñación.

—Sí… sí… claro —acierto a decir.

Voy hasta mi coche, me noto el corazón agitado y acelerado, como si me fuera a salir por la boca, qué situación más embarazosa. Con manos temblorosas desdoblo el papel y leo: CUANDO SE QUIERE DAR AMOR, HAY UN RIESGO: EL DE RECIBIRLO. Menudo subidón me da todo esto. Ya he confirmado que el autor de las citas románticas es Simón, una cosa que tenía la certeza de que era así casi al cien por cien, y por otro lado ha insistido en cenar juntos. Cada vez estoy cediendo más, lo que fue un no rotundo ha pasado a ser un «me lo pensaré». Poco tengo que pensar, la verdad, que me gustaría, está claro, pero no sé si es lo que quiero o lo que me conviene. Llevo tiempo pensando que estoy muy bien así, no sé si quiero complicarme la vida.

Capítulo 15

Semana fructífera

El martes vuelvo a tener mi notita en el parabrisas, juzgué mal a Simón, pensé que se había cansado de dejarme los mensajitos y la verdad era que no tenía modo de acercarse hasta donde yo vivo, así que no pude recibir mi frase porque su coche estaba en el taller. Ya lo he entendido todo, lo que no llego a comprender es cómo sabe dónde vivo y cómo localiza mi coche: muchas veces me toca dar un par de vueltas para poder aparcar, suelo dejarlo en la misma zona, pero no siempre es así. Hablé con alguna compañera de mi antiguo trabajo y me han dicho que fue al supermercado a preguntar por mí el día que ya no aparecí, que se había preocupado porque no había ido a tomar el café, ¡qué majo!, y que ellas le contaron que había cambiado de trabajo y todo lo demás. Seguro que se han ido de la lengua más de lo debido, pero si eso ha servido para recibir mis regalitos, ni tan mal. NO HAY HOMBRE TAN COBARDE A QUIEN EL AMOR NO HAGA VALIENTE Y TRANSFORME EN HÉROE. No tengo nada más que decir.

El miércoles, Manu tiene que estar fuera durante toda la mañana, hasta ahora él andaba de acá para allá, igual estaba arreglando un coche que haciendo un presupuesto… El caso es que estaba en el taller. Pero hoy me ha dicho que se tiene que ir, me ha dado las

instrucciones pertinentes y ha desaparecido. Reconozco que me ha entrado el vértigo, el verme sola hace que me entre un poco de miedo. Estos días atrás sabía que estaba por allí, y si me surgía alguna duda pues le consultaba y me respondía. Pero ahora debo enfrentarme sola al día. ¡Yo puedo!

Rebuscando en mi bolso para encontrar un pañuelo de papel veo la nota de Simón, la releo porque ya lo he hecho esta mañana a primera hora. EL AMOR, COMO LA MÚSICA, COMO LA PINTURA, COMO LOS LIBROS… NO SE BUSCA, SE ENCUENTRA. No puedo evitar sonreír. Quizás tenga razón en todas estas reflexiones. Parece que encuentra la más apropiada para cada momento, ¡es increíble! ¿Cómo lo consigue? No tengo ni idea, yo no controlo nada de esto del romanticismo, quizás él sea un experto y por eso me tenga tan sorprendida.

¿TE DIGO YA QUE ME GUSTAS O TE SIGO MANDANDO INDIRECTAS? ¡En esta ha tirado con bala! Pero me hace sonreír, creo que me he puesto colorada, el corazón me ha dado un vuelco cuando lo he leído y se me ha acelerado como nunca. Hoy es jueves y he recibido la enhorabuena por parte de Manu, me ha dicho que está muy contento porque en el día de ayer resolví muy bien los incidentes y que voy progresando. Esto me da moral, mucha mucha. Unido a la notita de Simón hace que esté en una nube, quizá mi vida ya ha tomado el rumbo que debía, ya he encontrado mi sitio, mi destino, no lo sé. Vale que trabajar en un taller no era lo que tenía en mente, pero tampoco lo tenía cuando empecé en la tienda y he pasado allí dos años de mi vida, y en cuanto a Simón, pues no lo tengo claro aún. No sé hacia dónde va esto que sea que tengamos, la verdad es que se lo está currando el tío, no me presiona, me da mi espacio, y para qué voy a mentir, poco a poco me está ganando.

Parece mentira que en pleno siglo XXI pasen estas cosas. Nosotros, que vivimos en la era de la inmediatez, de las tecnologías, en la cultura del usar y tirar, que un chaval de treinta y tantos se tome la molestia de escribir frases románticas y me las deje todos los días enganchadas en el parabrisas de mi coche es raro, excepcional, pero también bonito, muy bonito.

Último día laborable para mí, ha sido una semana muy fructífera, dura en cuanto a trabajo, pero estoy contenta. Hoy me he levantado

más pronto que nunca, y como he terminado con mi rutina, voy hasta mi coche, y sorprendentemente hoy hay un sobrecito dorado, lo miro extrañada y lo abro sin demora. En él hay una tarjetita roja en la que leo: HOY A LAS 9 PASO A RECOGERTE POR TU CASA. PONTE GUAPA. SIMÓN.

¡Diossss! ¡Qué calor! Leo y releo la nota una y otra vez y la guardo. Hoy no ha habido frasecita romántica, pero ha ido al grano como nunca; ayer ya me dio una pista, pero hoy ha sido más directo. Como es pronto voy hasta el bar donde suelo tomar mi café, creo que hoy no necesito cafeína extra, bastante alterada estoy ya, porque no tengo otra opción: tengo que quedar con él, no tengo teléfono para localizarlo y decirle que no, ni otra manera de dar con él. Bueno, sí, sé dónde trabaja, podría ir hasta allí y decirle… Bueno, creo que el ir a cenar con él no es mala idea, además es una cita nada más. Eso no hace daño a nadie, ¿no?

Me tomo mi café con manos temblorosas, casi lo derramo todo sobre la barra, y es que estoy atontada. Llego al trabajo y me doy contra las sillas, la puerta de la oficina, casi tiro la impresora, ¿qué me pasa?

Llevo todo el día trabajando como un zombi, no doy pie con bola, se me caen las cosas, incluso Manu me ha preguntado si estaba bien, que parecía que no era yo, y lo ha hecho con razón. Estoy torpe como nunca. ¿Cómo algo tan insignificante como quedar con un tío me está trastornando? Increíble.

Cuando se hacen las dos salgo escopetada, otros días llego a casa muerta de hambre, me comería un buey, pero hoy no me entra nada, estoy expectante, nerviosa, me sudan hasta las manos solo de pensarlo.

Durante toda la tarde, estoy en casa dando vueltas como un león enjaulado, no sé qué hacer, el caso es que me he puesto guapa como ponía en la nota: ducha, depilación, me he alisado el pelo aun a riesgo de que se me rice por la lluvia, me he maquillado y me he puesto mi mejor vestido, y estoy sentada en el sofá como una imbécil esperando a que lleguen las nueve. ¿Espero en la calle o en casa? no tengo ni idea, no ponía nada más en la nota.

A las nueve menos cinco ya no puedo más, me pongo el abrigo, me subo en unos zapatos que no sé si soportaré mucho tiempo y, tras

meter las llaves de casa en un bolso en el que no cabe nada, bajo a la calle; mientras estoy en el ascensor pienso: «¡¿Cuántas tonterías hacemos por los hombres?!» Me gusta verme guapa como a todas, pero lo de hoy clama al cielo: pasaré frío con este vestido, los zapatos me matan y llevo un bolso en el que meto nada; me siento hasta ridícula. Miro a un lado y a otro de la calle pero no veo nada, «¡me la ha jugado!», pienso malhumorada, hasta que oigo un pitido. Es un coche que estaciona en doble fila. Veo a un hombre que baja de él y mueve la mano para captar mi atención. Me fijo en él, es Simón. ¡Está guapísimo!

Capítulo 16

Cita

—¡Preciosa! —me llama en voz alta.

Y como una boba sonrío yendo hacia el coche. Él, solícito, me espera y me entrega una rosa. ¡Una rosa roja espectacular! De tallo largo envuelta en un papel exquisito. Una rosa, rosa, como Dios manda, grande, larga, esbelta, hasta huele a rosa, nada que ver con esas de los chinos, que en ciertas ocasiones te pueden hasta gustar, pero no es el caso. ¡Este tío sabe!

—Hola —contesto tímida—, gracias —vuelvo a decir cuando me entrega la flor. Estoy loca.

—De nada, ¿preparada? —pregunta a la vez que señaliza la maniobra y nos ponemos en marcha.

—Sí —respondo sin saber muy bien dónde vamos.

No me dice nada, ni me cuenta el plan, pero habla como siempre, está tranquilo, se comunica sin problema y yo contesto como si fuera idiota, tartamudeo, me río de cosas que no sé si tienen gracia, y creo que todo para intentar tranquilizarme, sin embargo, creo que cada vez la fastidio más.

Llegamos a un restaurante precioso, es como una gran sala de fiestas, tiene un escenario con forma de semicírculo donde hay una

orquesta tocando. Todos los músicos van vestidos de igual manera, con un traje con levita color crema, zapatos Oxford en blanco y negro. Un hombre de color toca el contrabajo, hay más músicos, y el cantante lo hace agarrando el pie de un micrófono antiguo, de esos cuadrados que están recubiertos por una carcasa metálica brillante y que parece una malla formada por filamentos paralelos entre sí. ¡Alucino! No me esperaba esto para nada. Parece que me he transportado a una película americana de los años treinta del siglo XX. La verdad es que, viendo a Simón, no sé, me esperaba que me llevara a un restaurante modernito, con comida de diseño, ambiente un poco elitista…, pienso que es lo que le pega. Pero sus planes son otros. Alrededor del escenario hay una pequeña pista donde algunas parejas bailan muy acarameladas, hay gente de todas las edades. En otra zona más apartada del escenario y de la pista de baile hay mesas redondas, todas para dos comensales, vestidas con manteles de tela, dos servicios enfrentados, todo muy ordenado —da sensación de limpieza—, velas, un pequeño jarrón con una rosa… Es todo demasiado romántico. Simón me dirige hacia una de ellas, estoy que no me lo creo, es todo tan bonito que hasta yo me sorprendo de que me guste. No soy yo muy de romanticismo, es más, odio ese tipo de películas en las que todo es maravilloso y perfecto. El camarero nos sirve vino y, por raro que parezca, empieza a traernos platos sin haberlos pedido. Este chico lo tiene todo muy bien atado. Me gusta lo que veo. La comida está exquisita, la verdad, hablamos de todo un poco, noto que ya me estoy soltando, al principio de la noche estaba más cortada pero Simón, me pregunta, yo le contesto y todo va bien. Estamos bebiendo una copa de cava que el camarero ha dejado en una cubitera con hielo mientras miro a la pista de baile, veo cómo las parejas acarameladas entrelazan sus cuerpos meciéndose al ritmo suave de la música.

—¿Ves aquella pareja de allí? —indica Simón señalándome disimuladamente a una pareja de personas mayores (yo calculo que tendrán unos setenta años, pero se les ve muy compenetrados), él tiene su mano posada sobre las caderas de ella y ella le rodea el cuello con sus manos apoyando su cabeza suavemente sobre el pecho de él. Es una imagen bastante romántica, he de reconocerlo.

—Sí —contesto a la vez que sigo observando cómo se mueven.

—Son mis padres —afirma orgulloso. Miro a Simón y a la pareja

alternativamente como si fuera un partido de tenis, ¡no me lo puedo creer!—. Desde que tengo uso de razón mis padres salen a bailar todas las semanas, ellos dicen que así se mantiene viva la llama del amor. Llevan casados casi cincuenta años y no he visto una pareja más enamorada en mi vida —explica con devoción. Su tono se ha vuelto más cariñoso, habla de sus padres admirándolos, como si ese fuera su ejemplo a seguir, y me parece un gesto entrañable.

—¡Vaya! —logro decir sorprendida; lo que me cuenta Simón me haría reír e incluso verlo ridículo en otro contexto, pero reconozco que… que se atreva y me cuente esto tan íntimo me gusta.

—Por eso insisto en decir que el amor es algo maravilloso, lo único que hay que hacer es mantenerlo vivo, y ellos lo hacen.

—Ya veo —aseguro intentando entender lo que me dice.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—Pues que es algo muy bonito —contesto sincera, y es que en los tiempos que corren esto no es lo habitual.

—¿Ves? —inquiere intentando llamar mi atención.

—¿Qué? —pregunto intrigada.

—Lo que te dije, el amor es algo maravilloso, y cuando lo encuentras pues… —afirma, pero se calla, no dice más, y yo lo miro.

«No sé qué hago aquí», me digo a mí misma. Yo no quiero esto, me gusta pero no quiero yo esto del amor, de Cupido, de parejas acarameladas, ¡no! Me he convencido de que estaré soltera el resto de mi vida, es mi mejor estado.

—Ya —murmuro sin saber qué decir.

Que se haya callado en un momento tan delicado me da idea de ciertas cosas, pero no quiero adelantar acontecimientos ni comerme la cabeza.

—¿Bailamos? —sugiere rápidamente, y es que estoy convencida de que este silencio que ha surgido entre nosotros le ha resultado incómodo, a mí un poco, la verdad.

—¿Tú y yo? —pregunto. Qué idiotez acabo de preguntar, ¡pues claro! «¿Quiénes si no?», me reprendo a mí misma. Simón me mira y asiente—. ¿Por qué no? —contesto, aunque no quiero que esto se me vaya de las manos y él vea cosas que no son.

Simón me da la mano, siento un cosquilleo en mi cuerpo, me lleva hasta la pista. Me agarra fuerte por la cintura y comienza a moverse.

Huele muy bien, me dejo llevar. Apoyo mi cabeza en su pecho como hacen sus padres y cierro los ojos. ¿Desde cuándo soy tan romántica?, ni idea. Me siento muy a gusto entre sus brazos y todo lo que hago, como apoyarme en su pecho y el resto, me ha salido de forma espontánea.

—Llevo dos años queriendo hacer esto contigo —confiesa Simón en un susurro.

Yo me detengo, levanto mi cabeza de su pecho y lo miro. Me resbala una lágrima por la mejilla. Es lo más bonito que me han dicho desde hace mucho tiempo y reconozco que ha hecho que me emocione.

—¿De verdad? —pregunto con la garganta seca.

—Sí, no me he atrevido hasta ahora, pero ya que te tengo entre mis brazos, voy a aprovechar —confiesa. No doy crédito a lo que oigo. Pero lo cierto es que me gusta mucho, muchísimo—. Estoy enamorado de ti, Vicky, desde hace dos años —recalca.

—Yo… yo… —titubeo, no sé qué decir, no me salen las palabras.

—No digas nada —corta—, ya sé que tú de mí no —afirma con un reflejo de decepción en su cara—. Pero me gustaría terminar de bailar esta canción.

—De acuerdo —susurro. En mi cabeza bullen miles de pensamientos, la canción es preciosa y bailo gustosa con este hombre que me acaba de declarar su amor. Estas cosas solo le pasaban a los demás, pero se ve que ahora me pasan a mí.

Cuando termina me vuelve a dar la mano y vamos hacia la mesa. Bebo de un trago de mi copa, estoy reseca, él hace lo mismo pero de forma más calmada. No hemos hablado en todo el trayecto. Nos sentamos uno enfrente del otro y veo como observa la pista distraído.

—Simón —me atrevo a decir, él se gira y me sonríe—. Yo no soy nada romántica ¿sabes? —me excuso y no sé por qué lo hago. Él arquea las cejas—. Pero lo de hoy ha sido maravilloso —afirmo agradecida de verdad.

—Sabía que te iba a gustar —añade seguro de sí mismo—. Todos somos románticos aunque nos empeñemos en ocultarlo —concluye guiñándome un ojo.

—Puede —contesto pensativa.

—Venga, es hora de ir a casa —me anima levantándose y

tendiéndome la mano.

Yo me dejo, estoy un poco aturdida con todo lo que ha pasado, la verdad. Montamos en el coche, donde veo mi rosa de tallo largo, la vuelvo a oler encantada. En poco tiempo estoy en casa. Simón aparca y me acompaña hasta el portal sin soltarme de la mano. No hemos hablado durante todo el camino, creo que se ha dado cuenta de que necesito mi espacio para asimilar todo y ha callado. Pero, por raro que parezca, ese silencio no me ha resultado incómodo —otras veces intento llenar ese vacío y no hago más que meter la pata, ahora ha sido diferente—, creo que los dos estábamos a gusto así. En la puerta de mi casa se detiene, ¿le invito a subir?, ¿me apetece? ¡Claro que me apetece!, pero no sé si será lo mejor ahora que sé tantas cosas. Me agarra de las dos manos y me mira fijamente.

—Buenas noches, Vicky —murmura en voz baja.

—Buenas noches, Simón —contesto, y me acerco a su boca.

¡No sé ni lo que hago! ¡Le estoy besando! Él responde a mis besos. Es un beso muy cálido y reconfortante. Hace demasiado tiempo que no beso a un hombre y el tacto de sus labios y su calidez me están gustando mucho. Cuando termina, nos miramos a los ojos y sonreímos.

—Me encantaría subir a tu casa —confiesa, y menos mal que ha empezado él la conversación porque estoy en *shock*, yo lo observo sin saber qué decir—, hacerte el amor durante toda la noche —prosigue, ¡madre mía, qué calor!—. Pero sé —hace una pequeña pausa y continúa— que no es lo mejor —afirma terminando la frase.

—¿No? —pregunto asombrada por cómo ha cambiado la situación.

—No —confirma de nuevo—. Es lo que más me gustaría, pero sé que traería consecuencias —explica. No entiendo nada y mi cara debe de ser un poema—. Si me acuesto contigo me enamoraré más aún de ti —admite con una sonrisa tímida en la cara, es tan emotivo que no sé ni cómo reaccionar—. Y como tú me has dicho en alguna ocasión… no quiero sufrir. Y en cuanto a ti, no sé —concluye moviendo los hombros.

—Quiero que subas —afirmo en un arrebato de locura—, me hagas el amor durante toda la noche y después tú y yo ya veremos lo que pasa —expreso casi sin respirar.

No sé por qué, pero estoy muy a gusto con Simón, él se ha comportado como un auténtico caballero conmigo durante toda la noche y debo decir que me ha sorprendido de forma positiva su proceder. No suele ser así, de hecho las últimas citas que he tenido han sido desastrosas, ningún hombre se ha preocupado por mí tanto como lo ha hecho Simón en estas últimas horas. Y yo que pensaba que no era romántica, al final va a resultar que sí que lo soy, y mucho.

Como he logrado convencerlo, Simón sube a mi casa, pero en vez de ser «un aquí te pillo aquí te mato», hablamos, nos sinceramos y noto que tiene las cosas muy claras, eso me gusta. Y después de todo esto, cumple lo que ha prometido. Me hace el amor durante toda la noche, y de qué manera, es atento, considerado y muy cariñoso. Él me ha hecho cambiar de opinión, ¿Romántica yo? Hasta hace poco la respuesta sería negativa, pero ahora, tengo mis dudas.

Estamos prácticamente toda la noche enredados, no sé si era yo o él, pero el caso es que ha sido un no parar, a mí seguramente me haya pillado con ganas, pero él no me ha defraudado para nada, se podría decir que todo lo que tenía pendiente lo he resuelto en prácticamente una noche. ¡Increíble! De los mejores amantes que he tenido hasta ahora. Si al final este chico lo va a tener todo: es guapo, simpático, buen amante… lo raro es que no esté pillado. ¡Stop, Vicky! No pienses en eso ahora, disfruta de lo que te ha dado, por una vez no vayas más allá.

Capítulo 17

Aquí comienza todo

Es sábado, me desperezo como puedo, me estiro y emito un ruido muy característico en mí. La noche con Simón ha sido maravillosa. Pero ¿dónde está? Por un momento intento escuchar algo en el silencio más absoluto que invade mi casa, por si él estuviera en el baño o en la cocina, pero no oigo nada. O quizás sea todo un sueño y nunca ha estado conmigo en mi cama. No, no puede ser, ha sido real, estoy segura de ello. Todavía puedo oler su perfume impregnado en mis sábanas. Me giro en la cama y oigo un ruido como de algo que se arruga, levanto la almohada y ahí encuentro otra nota, como las que me deja todos los días en el cristal de mi coche. Más nerviosa que nunca, la cojo, la abro y leo. NO PUEDO OFRECERTE UNA FELICIDAD QUE DURARÁ POR SIEMPRE, PERO TE PROPONGO QUE NOS COMPLIQUEMOS LA VIDA JUNTOS. Chillo, pataleo, vuelvo a chillar y salto sobre mi cama. Pero ¿qué me ha hecho este hombre? No lo sé, pero me gusta.

Durante el resto del día estoy imbécil perdida, recuerdo la noche anterior y la verdad es que fue mágica, fue todo distinto a lo que tenía pensado que iba a ocurrir, tenía claro que iba a ser la típica cita, cena, copas y al lío. Pues, otra vez, este chico me ha sorprendido con todo,

con su sensibilidad, con el acierto del lugar, los detalles como la rosa roja —que tengo en un jarrón sobre la mesa del salón de mi casa—, la nota de despedida. Y lo mejor de todo, ¡cómo hace el amor! Estupendamente, sí señor. Llevaba yo tiempo sin mantener una relación íntima con un chico, y puede que estuviera algo oxidada al respecto, pero no, no fue eso, la ternura, la delicadeza, todo fue maravilloso.

A media mañana recibo una llamada de Simón, por fin nos hemos dado los teléfonos. Me contó durante la cena que como no tenía modo de localizarme tuvo que ir a preguntar por mí al supermercado, primero porque se preocupó al no verme el lunes tomando café y segundo porque quería seguir manteniendo el contacto conmigo. Evidentemente en el supermercado no le dieron mi número de teléfono, es algo totalmente prohibido, pero él se las ingenió para sacar información acerca de mí, el por qué no había ido a trabajar ese día y el resto de la semana, dónde estaba mi nuevo trabajo y cosas así. El caso es que con toda la información que recabó consiguió localizarme, y empezó a dejarme las notitas en mi coche antes de irse a trabajar. Después vino la avería de su coche y por ello no pudo seguir haciéndolo, pero no encontró otro taller mejor donde reparar su vehículo que donde yo trabajo. ¡Qué destino más ocurrente! Simón me pide disculpas por haberse ido, tenía cosas que hacer por la mañana y no ha podido quedarse conmigo. Pero hemos quedado por la tarde, no sé qué sorpresa me tendrá preparada, pero el caso es que ya empiezo a estar nerviosa otra vez. Noto en mi estómago un remolino de sensaciones que hacía demasiado que no sentía.

Limpio mi casa durante el resto del día, colada, comidas…, lo típico de un sábado por la mañana. Como y a media tarde mis amigas me llaman para quedar, no me cuesta demasiado deshacerme de ellas, llevo bastantes fines de semana sin salir y no les pilla por sorpresa que quiera quedarme en casa, ni siquiera me tengo que inventar una excusa superelaborada, simplemente les digo que no salgo y ellas, aunque refunfuñan, se quedan conformes.

He quedado con Simón a las ocho y media, me pasa a recoger y me pregunta qué me apetece hacer, la verdad es que pensé que sería él el que tuviera un plan trazado pero se ve que no. Le he dicho que me da igual, así que vamos a un bar a tomar algo. Nunca pensé que

pudiera hablar con él de tantas cosas; hemos empezado, como es lógico, por cosas sin importancia, lo de siempre, trabajo, amigos, y después ya nos hemos metido en el terreno personal.

Su imagen es de un chico guapete que se lleva a las chicas de calle, e incluso que se porta de forma canalla con ellas, por decirlo de forma suave, pero la verdad es que poco o nada tiene que ver eso con lo que es en realidad, por lo menos conmigo no es así. Después de las cervezas nos entra el hambre, ¡qué le vamos a hacer!, no nos ponemos muy de acuerdo en qué cenar, a mí no me apetece que se rasque el bolsillo como la noche anterior, si bien es cierto que me lo puedo rascar yo, pero sé que no me dejaría. Así que optamos por comida para llevar a casa, a mí la comida china me encanta, así que vamos a un restaurante cercano a su casa y, como está repleto, lo pedimos para llevar mientras nos tomamos otra cerveza.

—¿Vives solo? —pregunto mientras subimos en el ascensor.

—Sí… bueno… no —rectifica, y eso se me hace extraño, no es difícil la pregunta, o sí o no, en esta ocasión la respuesta no puede ser ambigua. Como me ve la cara de extrañeza me lo aclara.

—Vivo con Monsi, mi perrita.

—¿Tienes un perro? —pregunto alucinada.

—Sí, es un Westie, un West High Land Terrier —aclara—, tiene 5 años, seguro que le gustas —me dice sonriendo, y yo lo hago también.

Llegamos a la casa de Simón, en cuanto se abre la puerta, una mancha blanca sale de forma rápida a recibir a su dueño, ¡qué monada!, me encanta este perro. No para de moverse, se ve que le hace mucha ilusión ver a su amo, es muy revoltoso y hasta que Simón no lo coge, le acaricia y le dice cosas el animal no se calma. No le pega nada este tipo de perro, pero es tan esponjoso y simpático que me ha hechizado. El piso de Simón es bastante pequeño, mucho más que el mío, pero lo tiene ordenado y limpio. Nada más entrar está el salón, así sin más, y a partir de ahí salen puertas para ir al baño, la cocina y su dormitorio. No hay más, pero él dice que para él solo es suficiente, no se puede permitir otra cosa y no quiere compartir piso con nadie. Eso me ha sorprendido, pero él sabrá.

Cenamos entre risas, y es que Simón es muy divertido, muy galante y muy extrovertido. Me gusta, para qué voy a mentir. Después de la cena, pues entre las cervezas y que me encuentro muy a gusto

con él, me he dejado llevar. Reconozco que he sido yo la que ha llevado la iniciativa, he empezado a besarle mientras estaba en la cocina dejando los envases de comida china, le he amarrado por detrás y me he puesto cariñosa. Él para nada se ha negado, se ha girado y me ha besado en la boca. Besa muy bien, y mientras lo hace me acaricia de forma suave la espalda o los brazos, son caricias reconfortantes. Como es lógico, hemos terminado en su dormitorio haciendo el amor como la noche anterior terminamos en el mío. Su habitación es muy chiquitita, lo justo para la cama y un armario, pero muy acogedora. Así me siento, muy acogida entre sus brazos y en su pecho.

Estamos en silencio, esos silencios que no resultan para nada incómodos, silencios que son compartidos pero son de uno, en el que cada uno piensa en lo que le apetece sin tener que dar explicaciones. Ese momento dura varios minutos, los dos estamos a gusto así.

—¿Cuánto hace que no tienes una relación seria? —me atrevo a preguntar, así a bocajarro, él recapacita y contesta.

—Cinco años —confirma como si tal cosa.

—¿Cinco años? —pregunto sorprendidísima.

—Sí, cinco años —reitera sin dejar de acariciar mi piel desnuda.

—¡Madre mía!, ¿no es mucho? —inquiero curiosa.

—Me has preguntado por relación seria, en estos cinco años he tenido mis cositas, no vayas a pensar que soy un monje o algo parecido —explica riendo.

—Vale, vale —respondo un poco avergonzada, no por la pregunta sino por mi reacción, ha sido un poco inocente por mi parte—. ¿Por qué terminó? —insisto, y no sé por qué lo hago, pero necesito saber.

—Bueno, fue algo doloroso para mí pero la dejé yo a ella —confiesa. Esta respuesta me vuelve a sorprender, no digo nada y dejo que continúe—. Me enteré de que se reía de mí a mis espaldas, y eso, como podrás comprender, no me gustó lo más mínimo.

—Entiendo —digo. No sé a qué se refiere con que se rio de él, si habla de infidelidad o de otra cosa, pero no voy a insistir más, creo que me estoy metiendo en un terreno pantanoso.

—Vicky, sabes que soy muy romántico, no lo oculto. Ahora la que me quiera me tendrá que querer así —confirma aclarándome todo un poco más.

—Ya lo sé —digo mirándole a los ojos marrones espectaculares que tiene.

—Bueno, pues con Carol era superromántico, porque me apetecía, lo sentía así y quería hacerlo, a ella al principio le gustaba, pero se ve que con el tiempo cambió de opinión —explica, toma aire y continúa—. La pillé mofándose de mí con sus amigas, me ponía como un auténtico payaso, un mono de feria. Cosas íntimas entre nosotros eran aireadas delante de sus amigas sin ningún pudor. Me sentí desnudo ante ellas, empecé a observarlas y veía que me miraban y reían. Yo era la atracción para ellas, así que aunque estaba totalmente enamorado de ella la dejé —confiesa, y reconozco que lo que me cuenta es triste, una auténtica putada para quien lo sufre—. Aquella relación no iba a recuperarse de aquello y jamás sería como había sido al principio. Corté por lo sano. ¡Quién sabe cuánto tiempo fui el bufón para esas mujeres! —dice despechado, y lo entiendo perfectamente—. Todo el tiempo, por poco que fuera, era demasiado. No me lo merecía —concluye dolido.

—Pues no —sentencio tajante, y es que puedo entender cómo de mal se ha tenido que sentir, si con ella se portó la mitad de bien que conmigo esa chica no supo valorar lo que tenía. Simón es cariñoso, educado, galante y un auténtico amor, no entiendo cómo podía considerarlo un payaso, definitivamente lo que hizo fue lo mejor. Esa chica no le merecía.

—Así que, después de eso, no he vuelto a mostrarme como soy realmente con ninguna chica, me limitaba a tener mis cosillas por ahí, pero sin mucha implicación. He estado mucho tiempo sin comportarme como soy en realidad —recalca—. Para mí ha sido difícil, pero ha sido como que me protegía para que no me hicieran daño; mostrarme como soy en realidad me produjo un daño muy grande y no quería que se repitiera, de alguna manera estaba intentando cambiar cómo soy realmente —explica abriéndose como un libro.

—Ya, sé de lo que me hablas —admito—. Te has creado un personaje que poco o nada tiene que ver contigo para que no te dañen —corroboro.

—Más o menos —duda—. No es que me haya creado un personaje, simplemente no me muestro tal cual soy —afirma. Simón se

calla, piensa y añade—: Hasta que te oí decir lo de San Valentín, renegar del amor y todo lo demás —confiesa—. Me dije «esta chica está muy equivocada, yo le voy a demostrar que no es cierto lo que dice», y creo que ese fue el comienzo para volver a ser lo que en realidad soy —termina riendo.

Yo también río.

—Yo no reniego del amor —refuto un poco enfadada—, solo que hay cosas que no me entran en la cabeza, y lo del romanticismo creo que está sobrevalorado —explico tan ancha.

—Eso es porque contigo no han sido románticos, ya verás como cambias de opinión —insiste haciéndome cosquillas, unas cosquillas cómplices que acepto encantada.

—Puede —contesto riendo, aunque sigo algo escéptica.

—Lo de ayer te gustó —añade en tono meloso.

Pienso en todo y la verdad es que sí, me gustó mucho, y lo de hoy también, y se lo suelto.

—Lo de hoy también —espeto.

—Ah ¿sííí? —inquiere cambiando de postura y haciéndome más cosquillas.

No puedo parar de reír y de patalear. Una cosa lleva a la otra y terminamos haciendo el amor de nuevo.

Capítulo 18

Fin de semana perfecto

He pasado toda la noche del sábado con Simón en su cama principalmente. No consigo dormir, es él el que está plácidamente dormido a mi lado, pero yo no dejo de darle vueltas a la historia que me ha contado. La verdad es que no tuvo que ser agradable enterarse de aquello, la infidelidad duele, pero es como si fuera el punto de decir «hasta aquí hemos llegado», pero el que se rían de uno como lo hicieron de él, no creo que le guste a nadie, yo no sé cómo hubiera reaccionado. Al final logro dormirme al lado de Simón, es como un osito, no porque tenga mucho vello —que no es el caso, tiene un poco en el pecho pero nada más—, sino porque te abraza al dormir y es muy reconfortante. Hacía demasiado tiempo que no dormía abrazada a un hombre.

Por la mañana oigo ruidos extraños, no estoy en mi casa y no los reconozco. Huele a café y eso es para mí de los mejores aromas del mundo. Como una autómata me levantó siguiendo el rastro del olor. Es Simón que prepara el desayuno en su minicocina.

—Buenos días, dormilona —saluda sin dejar de hacer lo que está haciendo.

—Buenos días —contesto mirándolo embelesada.

—No te quería despertar hasta que estuviera todo listo —afirma señalando una bandeja donde veo la cafetera de las de toda la vida, de esas de hierro, un par de tazas, una jarrita con leche y dos vasos llenos hasta arriba de zumo de naranja recién exprimido. En ese momento saltan las tostadas del tostador y él hábilmente las coge al vuelo y las coloca en un plato—. Venga, señorita, que todo esto se enfría —me anima echándome de la cocina. Como he trastocado los planes de desayunar en la cama desayunaremos en el salón.

Todo me sabe buenísimo, no es nada del otro mundo, lo sé, pero así es. Tras el desayuno toca el turno de ducha, si la cocina de Simón es pequeña, el baño es minúsculo, aunque quisiéramos ducharnos juntos sería misión imposible, además cada uno tiene su intimidad y el momento de higiene personal es algo muy…, pues eso, personal. Mientras, oigo canturrear a Simón bajo el agua de la ducha, cosa que me hace reír. Decido hacer la cama, ¡qué menos!, todo ello bajo la atenta mirada de Monsi, se ve que para ella soy la atracción, y no sé muy bien si me mira vigilante o curiosa. Retiro el edredón, las sábanas y la almohada, y cuál es mi sorpresa que encuentro una notita doblada bajo ella. ¡Qué detallista es! NO QUIERO ALGUIEN QUE SUEÑE CON VOLAR… QUIERO ALGIEN QUE ME HAGA VOLAR SOÑANDO.

—¡Joder! —digo en cuanto la leo.

—¿Qué pasa? —pregunta un voz detrás de mí.

—Nada, nada —contesto un poco apurada.

Él se acerca a mí, me da la vuelta y me besa, y ya todo me da exactamente igual, el que me haya oído decir esa palabra malsonante o lo que sea que me pasara. El tiempo se detiene. Tras el largo beso que me deja con ganas de más, porque es la verdad, Simón me da un azote cariñoso en la nalga y me dice:

—¡Venga! ¡a la ducha! —ordena, y yo, como una niña buena, obedezco y me voy al baño atolondrada.

Mientras me ducho no sé muy bien qué plan tenemos, así que me amoldaré a lo que Simón me diga; no tengo ropa distinta a la que me puse ayer, así que lo suyo sería ir hasta mi casa a cambiarme. Salgo de la ducha y veo a Simón con ropa deportiva, ¡esto no lo esperaba en absoluto! Si piensa que vamos a salir a hacer deporte lo lleva claro, ¡ni de coña! Yo no corro a no ser que sea para entrar a un concierto de rock o para coger alguna prenda en rebajas que creo, que como yo,

otras muchas mujeres irán a por ello.

—Nos vamos a dar un paseo —confirma Simón al ver mi cara de sorpresa.

—Vale, pero necesito ir a casa a por ropa adecuada —apunto, igual así le hago cambiar de idea. No sé cuál era el plan más adecuado pero este puedo asegurar que no entraba en mis pensamientos.

—De acuerdo, en cuanto te vistas —dice mirando a la toalla que recubre mi cuerpo—,nos vamos.

Por un momento me he olvidado de que estaba desnuda, este hombre me trastoca. Podría haber ido a mi casa así, y no me hubiera dado cuenta.

Pues dicho y hecho, me visto y Simón me acerca a casa, me acompaña y, en cuanto me pongo mis mallas negras y mi polar, salimos. Hace frío, pero no un frío extremo. Llevamos a Monsi, y es que el animal necesita hacer sus necesidades y correr. Como yo no tengo perro estas cosas se me escapan. Volvemos a montar en el coche y vamos hasta una zona que han rehabilitado hace relativamente poco, es una zona ajardinada, de amplias avenidas, que discurre paralela al río, de un extremo a otro podrá haber tranquilamente cinco kilómetros. Pero aunque ni por asomo pensé que los haría, se me están haciendo hasta cortos. Vamos a buen ritmo, hablando, riendo y, de vez en cuando, nos paramos en unos miradores que hay cercanos a la orilla del río y donde, al igual que nosotros, hay alguna persona más, sobre todo algún pescador que busca suerte y que algún pez despistado pique su anzuelo. También nos besamos, como adolescentes diría yo. Creo que esto no lo hice —me refiero a mostrarme tan libremente y a quién lo quiera ver— ni cuando era una chiquilla de hormonas revolucionadas.

Con Monsi me lo paso genial, corretea entre nuestros pies en busca de atención, incluso le tiro piedras y la perrita me las trae. Me ha dicho Simón, que es mejor que le tire palos, que las piedras no son lo mejor porque se las puede tragar o romperse los dientes. Se ve que se preocupa por el animal, y me parece genial, si no es así como cuidas de tu mascota mejor no la tengas. Yo estoy muy concienciada con el tema, soy muy proadopción, y cuando se acercan fechas como las Navidades y veo el día después de Reyes a críos con perritos pequeños se me cae el alma, sé que en unos meses esos pobres

animales serán ignorados por sus pequeños dueños, ya no harán gracia y habrán crecido. ¡No lo aguanto! ¡No me entra en la cabeza! Mejor no tengas mascota si la vas a tratar así, y por favor no la compres, hay miles de perritos y gatos buscando un nuevo hogar. ¡Me pongo mala solo de pensarlo!

Tras el paseo, volvemos a coger el coche y nos dirigimos a la casa de Simón. Dice que me va a hacer una paella de chuparse los dedos, y la verdad es que tiene razón. Es increíble cómo en una cocina tan pequeña se puede desenvolver tan hábilmente. No mentía cuando decía que me iba a chupar los dedos, ¡está increíble! Yo soy de buen comer, lo reconozco, pero es que es verdad, ¡está deliciosa!

Después del atracón de arroz, dormitamos en el sofá cual osos *grizzly* en Yellowstone, y es que la tarde se ha puesto pesada, con esto me refiero a que está oscura, triste, llovizna y hace frío. Vamos que no apetece salir de casa para nada. Pero sé que a este fin de semana perfecto le queda poco tiempo.

Simón me da la mano, me hace levantar y, sin decir una palabra más, me lleva a su dormitorio. Sé lo que va a pasar, pero en realidad lo estoy deseando. Me desnuda de forma lenta, sin dejar de mirarme a los ojos o a mi cuerpo, eso me hace sentir especial. Igual es una bobada, pero la manera que tiene de recorrerme con sus ojos me hace sentir deseada y amada. Y yo me dejo. Simón es muy cuidadoso, nada acelerado, se toma su tiempo y eso a veces me desespera, pero la recompensa es muy buena. Me arranca gemidos enterrados dentro de mí y que pensaba que jamás saldrían, mis experiencias sexuales has sido de todo tipo, buenas, malas, regulares, supongo que como todo el mundo. Pero, de todas ellas, la mejor y con diferencia es la que estoy viviendo con Simón.

Capítulo 19

¿Qué te pasa en la cara?

SOLO CUANDO BUCEO EN TI SE ME MOJA EL ALMA. NADO A CORAZÓN ABIERTO. SIN PIEL. SIN MIEDO. SIN ANCLA.

El primer mensaje de la mañana en mi móvil es de Simón, reconozco que me parecía más romántico encontrármelo en la luna del coche, pero así también me alegra el día. Me he levantado con fuerzas renovadas después del fin de semana tan especial que he tenido, estoy radiante. Creo que esa es la palabra que mejor me define.

Voy al bar donde desayuno, los chicos me dicen piropos y yo me río como una imbécil negando que no sé a qué se debe mi estado de euforia y mi aspecto. ¡Lo sé de sobra! Pero no se lo voy a contar. Llego al taller, Manu está liado con los chicos así que, sin hacer ruido, me meto en mi pecera y me pongo a lo mío. Todo se me está dando mejor de lo que esperaba, y es que trabajar contento hace que todo fluya. He terminado con todo lo pendiente antes de lo previsto, así que me tomo la libertad de darme un paseíto por el taller, no conozco demasiado y voy descubriendo cosas poco a poco. Tenía yo la imagen de que un taller era un lugar sucio y oscuro, pero nada que ver, allí la limpieza es primordial, y Manu es muy insistente en ello. Hay suciedad típica de los coches, grasa, carburante, cosas así, pero el suelo se barre, se

friega, está todo en su lugar y su sitio. Eso sí, voy a insistir para que los chicos tengan otro mono, el que tienen es feísimo. Es de color rojo, creo que uno negro les quedaría mejor y, sobre todo, en ellos no se notarían tanto las manchas. Se lo propondré a Manu dentro de un tiempo, cuando tenga más confianza como para sugerirle ciertas cosas. Lo que sí que tienen es el típico calendario de la tía en bolas, se ve que eso es de serie, y en todos los talleres tienen uno. Este está algo escondido, no da muy buena imagen a los clientes, pero lo tienen, ¡hombres! Y también se oye música, tienen una emisora que solo pone rock, es la misma que tengo sintonizada en mi coche, eso me encanta, incluso mientras camino y observo a los chicos trabajar tarareo una de las canciones. Se me ha formado una idea en la cabeza, algo traído a España pero con una imagen americana, es como si fueran los chicos duros de la ciudad, trabajando con coches, manchados de grasa y escuchando música rock, seguro que es fácil de imaginar. Todo esto que me monto en la cabeza me hace reír.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunta Manu.

—Nada, ¿por? —contesto algo extrañada.

—No sé, te noto más contenta, más alegre, hasta creo que tienes otro color en la cara —confirma, y se va a aclarar algo a un mecánico.

Pienso, y le digo un poco más alto de lo normal para que me oiga:

—Me di un paseo el domingo, ¡me habré puesto morena!

Manu mueve la mano en señal de asentimiento y yo me voy a la oficina con cara de imbécil. Ya me lo han dicho en el bar esta mañana, y ahora Manu, ¡qué observadores! Igual es que voy desprendiendo chispas y purpurina según camino.

Cuando termino mi jornada llego a casa, estoy cansada pero contenta, el fin de semana apenas he descansado y eso se nota. Preparo la comida, y mientras estoy comiendo, Simón me llama.

—Buenas tardes, preciosa —saluda, y yo trago como puedo los espaguetis y contesto.

—Hola —mascullo con la boca un poco llena.

—¡Te pillo comiendo! —exclama riendo.

—Sí, pero ya está —contesto tragando como un pavo.

—¿Qué plan tenemos para esta tarde? —pregunta.

Yo no había pensado en ello, me adapto a lo que él quiera.

—Lo que quieras —confirmo, he apartado el plato de espaguetis,

me recuesto en el sofá, de repente ya no tengo hambre, es como si hablar con Simón fuera lo único necesario en mi vida.

—¿Me acompañas a dar un paseo a Monsi? Y después me gustaría llevarla a la peluquería; como ha llovido, después del paseo estará rebozada —explica.

¡Es tan amoroso cuando habla de su perrita!

—Vale —acepto. Al final me aficionaré a los paseos.

—Pues te recojo a las cuatro y media en tu casa —dice.

—Vale, estaré preparada.

—Nos vemos —se despide y cuelga.

Tengo tiempo de sobra para terminar de comer, aunque reconozco que el hambre se me ha quitado al hablar con Simón. Me dará tiempo para recoger y para echarme un ratito.

A las cuatro y media bajo a la calle, veo el coche de Simón aparcado en doble fila, voy para allá, me monto y él me da un beso en los labios. ¡Me gusta! Una revoltosa Monsi viene encima de mí para que le dé mimos, la acaricie y le diga cosas, y vaya si lo hago, pongo una voz diferente a la mía para dirigirme a ella y le digo todo lo que se me ocurre.

—Le gustas —afirma Simón mientras conduce.

—¿A Monsi? —pregunto mientras miro a la perrita que está sobre mi regazo.

—Sí, claro; bueno, a mí también —añade riendo.

—Bueno, no sé, ella también me gusta —confirmo acariciándole la cabeza, la perrita me mira con ojos de agradecimiento infinito. Los animales a veces son más nobles que los humanos.

—Y ¿yo? —pregunta siguiendo la broma que ya ha dejado de serlo.

—¡Claro!, si no, no estaría contigo —sentencio segura de mí misma. Y es verdad, no tienes por qué estar enamorada para acostarte con un hombre, obvio, pero, que te tiene que gustar un poco, en mi caso es siempre así. Y Simón me gusta, pero no solo por el sexo, es un chico extraordinario. Simón ríe—. ¿Por qué Monsi? —pregunto haciendo referencia al nombre del perro.

—Bueno —comienza a decir tras hacer una mueca con su cara—, Monsi fue un regalo que le hice a Carol, ella estaba encaprichada con este tipo de perros, yo prefería uno de la perrera, por eso de darles

una segunda oportunidad, ya sabes —explica.

Que me cuente esto me toca más el corazón, yo para esto de las mascotas soy muy exigente. No soporto ver a los pobres animales en las tiendas, metidos en urnas para que todo el mundo toque el cristal y los asuste.

—Ya, pero ella quería uno con pedigrí —apunto, molesta.

—No tiene pedigrí, pero sí es raza pura, no sé muy bien cómo va esto… —confiesa—. El caso es que le regalé a Monsi, pero cuando lo nuestro acabó, se ve que quería deshacerse de todo lo que tuviera que ver conmigo y me la devolvió sin miramientos.

—¡Qué poca vergüenza! —espeto enfadadísima.

—Sí, bueno, yo estoy encantado con ella. Me hace compañía y es muy buena, llevamos cinco años juntos y es la relación que más tiempo me ha durado —confirma bromeando de nuevo.

Yo río.

—Sí, se ve que con un poco de cariño le vale.

—Cariño, correr, mantenerla limpia, vacunas, ya sabes, cualquier cosa que haría un padre por su hija —aclara.

Cuando dice esto me pongo a reír como nunca, que se haya comparado con un padre y que su perrita sea su hija, me parece muy tierno.

—Ya, pero el nombre… —pregunto intrigada.

—Bueno, creo que era otra forma de reírse de mí —afirma algo dolido.

—¡¿Cómo?! —cuestiono atónita, no entiendo nada, pero creo que la respuesta no me va a gustar.

—Carol decidió que la perrita se llamara como yo, solo que cambiando las sílabas de sitio, de ahí Monsi, y con el tiempo he llegado a pensar que era otra forma de reírse de mí —confirma, y continúa—: Cuando me quedé con ella pensé en cambiarle el nombre, pero ya no atendía a otro que no fuera Monsi, así que no me quedó más remedio que mantenérselo, ahora ya no me importa.

—No sé qué decir —afirmo, alucinada. No conozco a la tal Carol pero ya me cae fatal, y me alegro de que Monsi viva con Simón, él la cuida como nadie—. Con los perros pasa un poco como con los niños cuando los padres se separan, son un estorbo, y se usan como arma arrojadiza —añado, es una cosa que tengo bastante clara.

—No lo sé, no tengo hijos, pero yo estoy encantado con ella. No me importa en absoluto tenerla, la quiero un montón y el cariño incondicional que te dan es increíble. Si fuera un chucho de la perrera también lo querría. El cariño que te demuestran los perros es enorme, independientemente de dónde vengan. Con un poco de caso que les demuestres, ellos te lo devuelven multiplicado por mil —afirma, y no puedo estar más de acuerdo.

Después de las confesiones llegamos hasta el mismo sitio del domingo, Monsi corre, juega, se restriega por el césped, se mete en pequeños charcos. Su bonito color blanco se va oscureciendo por momentos, con razón Simón quiere llevarla después a la peluquería, pero solo verla disfrutar así da alegría.

Tras el paseo dejamos a la perrita en la peluquería, se ve que se conoce de sobra el lugar porque no ha llorado ni se ha puesto rabiosa. Mientras la lavan y peinan vamos hasta el bar de al lado, nos tomamos un café y seguimos hablando. Me gusta estar con Simón.

Capítulo 20

Resto de la semana

Y LLEGAS TÚ, Y ENTIENDO POR QUÉ LA PRIMAVERA VIENE DESPUÉS DEL FRÍO, Y ME PARECE IMPOSIBLE QUE VUELVA EL INVIERNO. Comenzar así el día es maravilloso, hace que sepas que todo va a ir bien. Y así es, en el trabajo todo marcha sobre ruedas, y con Simón también. He de reconocer que empiezo a sentir vértigo por todo.

TIENES EL PODER DE LLENARME CADA VEZ QUE SONRÍES, Y ESO DICE MUCHO MÁS SOBRE TU RISA QUE SOBRE MI VACÍO. Otro día que sé que va a ser fabuloso, he quedado por la tarde con Simón, iremos a dar una vuelta a Monsi, y después ya veremos lo que nos depara la tarde. El tiempo sigue regular, así que al final, tras un corto paseo por mi barrio, subimos a mi casa, hemos bañado a la perrita en mi baño, y se ha portado genial; eso sí, cuando se ha sacudido para eliminar el exceso de agua nos ha puesto perdidos. En otro contexto seguramente me hubiera enfadado, pero nos ha entrado la risa floja a los dos y no podíamos parar de reír. Monsi nos miraba de forma alternativa sin saber muy bien a qué se debía nuestra risa contagiosa. Tras el desaguisado que ha preparado la pequeña Monsi, nos hemos duchado, esta vez juntos. Y he de reconocer que Simón es atento,

cariñoso, y fogoso también. Hemos hecho el amor durante toda la tarde en mi casa, y no he estado más tranquila, desinhibida y a gusto con nadie como con él en mi vida. Al final se ha quedado a cenar y a dormir. Él empieza su jornada más temprano que yo, y sé que tendrá que madrugar e ir hasta su casa a dejar a la perrita antes de ir a trabajar, pero creo que lo hace con agrado. Me gusta esta naturalidad y esta cotidianeidad, nunca he vivido con ningún hombre, quitando cuando he compartido piso, pero ha sido algo puntual. Me refiero a un hombre estando en pareja, no tengo ni idea de cómo será, pero reconozco que lo poco que he compartido de esa experiencia con Simón me ha parecido buena. Quizás solo vea lo bueno, no lo sé, pero creo esto me está empezando a agobiar un poco.

Cuando me despierto levanto la almohada rápidamente, no encuentro nada y me decepciono. Pero en cuanto entro en la cocina y veo que tengo todo preparado para desayunar y una notita doblada bajo la taza, sonrío. ¡Es tan detallista! ¡Tan cariñoso! Nunca antes se habían comportado así conmigo. Leo: ME DI CUENTA DE QUE VIVIR EN REALIDAD CONSISTE EN QUE ALGUIEN TE VIVA.

Leo una y otra vez la nota mientras remuevo el azúcar de mi café, estoy alucinada con la capacidad de Simón para sorprenderme cada día, son pequeños detalles románticos que me hacen el día más fácil. Estoy guardando todas las notitas en una cajita que tenía en casa, una de las tantas que tengo; mis amigas, si van a alguna parte, siempre me traen una, no sé muy bien por qué, con los años se ha convertido en una tradición. Las tengo de madera, de hojalata, alguna de un material tejido, y el caso es que a todas las estoy dando uso. La caja que he elegido para las notitas de Simón era la que menos me gustaba de todas, he de reconocerlo, era la más «romántica», por decirlo de alguna manera, y es esta precisamente la que le va mejor a lo que guardo en ella. Quizás sea coincidencia. Los mensajes que me ha mandado al móvil con una frase romántica los he copiado en una libretita pequeña, así tengo todo junto.

La verdad es que no hacía esto desde que estaba en el instituto. Recuerdo que cuando era adolescente llevaba siempre una libretita donde anotaba cosas que me parecían bonitas, frases, citas, alguna reflexión que copiaba para poder releerla, no sé… pero eso después dejé de hacerlo. No sé muy bien por qué, quizás maduré y pasaba de

todas esas cosas. Incluso me avergüenzo un poco de haber sido así.

El jueves no he recibido mensaje de Simón y me ha extrañado pero no le he reclamado nada. A media mañana, mientras estaba trabajando, ha venido un chico de una empresa de paquetería y me ha dado un pequeño paquete. Pensé que eran unos repuestos que Manu necesitaba con urgencia, pero no. Estaba dirigido a mí, muchos de los pedidos vienen a mi nombre como persona de contacto en el taller, no era de extrañar que fueran las piezas. He ido a la oficina, lo he abierto tras firmar el albarán correspondiente. Y he debido de poner una cara de alucinación total. Me he quedado parada y casi sin habla. Era un regalo de Simón, me ha regalado una bola de cristal de esas que por dentro parece que hay nieve, dentro de ella hay una pareja paseando con un perro. Sobra imaginarse a quiénes representan las figuritas. Muevo la bola y empieza a caer algo parecido a la nieve, y espero hasta que todos los puntitos brillantes vuelvan a posarse en la base de la bola. Estoy mirando fijamente al adorno y no sé ni cuánto tiempo permanezco así, hasta que el teléfono del taller suena sacándome de mi ensimismamiento.

Contesto como puedo, no sé ni quién era ni qué quería, no he dejado de mirar la bola, que he vuelto a mover para ver el mismo efecto de la nieve al caer. Es como algo hipnótico para mí. En la cajita veo una nota. PERDÓN POR APRENDER A QUERERTE EN TAN POCO TIEMPO, PERO ES QUE ENCAJASTE PERFECTAMENTE CON LO QUE NUNCA BUSQUÉ, PERO SIEMPRE NECESITÉ.

Leo la nota y no lo puedo evitar, cojo el móvil y llamo a Simón; no debo hacerlo, primero porque estoy en el trabajo, segundo porque él también tendrá jaleo en el suyo, pero soy así de impulsiva.

—Hola, preciosa —dice cuando descuelga.

—Gracias, gracias, gracias —susurro por temor a que me oigan, sería casi imposible, pero en cualquier momento podría entrar Manu o alguno de los chicos y sorprenderme con esta voz ñoña que se me ha puesto—, ¡me ha encantado! —añado sin dejarle hablar.

—Me alegro —contesta riendo—. Vicky, tengo mucho lío —me corta.

—Lo sé, lo sé, perdón. Luego hablamos —me apresuro a decir.

Él ríe y me cuelga, y yo, con la cara que se me pone últimamente cuando estoy con él, sigo con mi rutina.

Por la tarde he quedado con Simón, volvemos a hacer lo de siempre: paseo con Monsi y después tomamos algo. Puede ser monótono pero no me importa, además la perrita necesita correr y a mí no me viene mal caminar un rato, ¡esto es increíble! ¡Si soy antideporte! Pues me viene bien, ¡ahí lo dejo!

Simón me ha propuesto ir el fin de semana con él a visitar a sus padres al pueblo, me he negado. No por nada, bueno sí, creo que esto va demasiado deprisa, ya me estaba entrando el vértigo antes, y ahora ya sí que me está entrando el miedo de verdad. Creo que es demasiado pronto para todo esto. Simón lo ha entendido o por lo menos no me ha dicho nada al respecto, eso sí, el pobre se va con más pena que otra cosa, pero había quedado en ir a visitarlos y no puede posponerlo más. Yo lo entiendo, yo a mis padres los veo cuando me apetece, pero reconozco que si no viviéramos en la misma ciudad se me haría cuesta arriba. Por cierto, hace demasiado que no los visito, ¡ya tengo plan para el fin de semana!

Nos despedimos casi… casi… diría yo de forma desesperada. ¿Qué me está pasando? Tengo la necesidad de estar casi de continuo con Simón, hace demasiado que no me ocurría esto. Hacemos el amor de forma arrebatada, ¡qué gracia me hace Monsi!, cuando ve que nos ponemos muy acaramelados y que Simón empieza a besarme o a acariciarme, la perrita muy discretamente se va, se aparta y se tumba a descansar, es como si quisiera darnos nuestra intimidad. ¡Qué linda!, si fuera de otra manera y se quedara mirándonos seguramente me cortaría el rollo, y bastante.

Esta noche me quedo a dormir con Simón en su casa, es muy pequeña pero muy acogedora, la verdad, allí me siento muy bien, me reconforta, no sé ni cómo explicarlo. Quizás aunque viviera en otro sitio mucho peor estaría igual de a gusto por el solo hecho de estar a su lado. ¡Me asustan mis reflexiones! ¡Me asustan mis sentimientos! ¡Me asusta todo lo que estoy viviendo con él! No sé si estoy preparada para esto. Dicen —o por lo menos es una teoría de mis amigas— que el amor te llega de improviso, que nadie está preparado para él, que si tuviéramos que estar preparados nunca lo estaríamos en realidad; quizás sea este mi momento, pero es que no quiero. O sí quiero. No lo sé, estoy confundida, estoy genial con Simón, pero por otro lado me asusta el no saber, creo que todo esto se me ha escapado de las manos


mucho antes de lo que pensaba…

Capítulo 21

Fin de semana

Como me prometí, el fin de semana lo aprovecharé para estar con mis padres. Me despierto sola en la cama de Simón, él ha madrugado mucho, tenía todo el camino por delante y además quería pasar el mayor tiempo posible con sus padres, me ha dado un beso cuando se ha ido, incluso creo que ha dicho algo pero no sé si lo he soñado o era realidad. También Monsi se ha despedido de mí, Simón la ha regañado por chuparme, pero el gesto me ha parecido muy tierno. Dicen que los perros se parecen a sus amos, estoy convencida de ello. Monsi es muy cariñosa, como Simón.

Me desperezo y me levanto, yo también tengo cosas que hacer. Voy hasta la cocina y allí tengo mi desayuno preparado, ¡qué lindo es!, todo listo para que empiece la mañana con buen pie, pero estoy buscando algo y lo encuentro, la notita metida dentro del vaso donde me serviré la leche. YO NO ENTENDÍA ESO DE “CUANDO MÁS SE TIENE MÁS SE QUIERE”. PERO TE CONOCÍ. Nuevo subidón para empezar el día. Este chico me tiene prácticamente ganada, lo reconozco.

Me miro en el espejo mientras espero a que salga el agua caliente del grifo y me veo diferente. Igual Manu tiene razón y tengo la cara

distinta. O quizás sea un cumplido. No tengo ni idea. Recojo todo en casa de Simón, hago la cama, friego los cacharros del desayuno y voy hasta mi casa. Una vez allí, me ducho, me cambio de ropa, pongo una lavadora y me presento en casa de mis padres. Allí hablo con uno y con otro y ellos también me dicen que me ha cambiado la cara, ¡pues al final va a ser verdad! Paso con ellos toda la mañana, a la hora de comer se presenta mi hermana y también se queda a comer, su novio no ha venido por no sé qué razón, no presto mucha atención. A veces me pasa, cuando empieza a hablar de su vida tan plena y de todo lo maravilloso que les pasa desconecto. Simplemente, que sigan con su vida, yo con la mía. Incluso mi hermana dice que estoy diferente, y para que me lo diga ella que es anticumplidos y solo ve los defectos de los demás, sí que tengo que haber cambiado, sí.

Después de la sobremesa —que se alarga un poco más de lo normal—, me voy a casa con mi cargamento de *tuppers* bien llenitos. Mis amigas me están taladrando con mensajes y llamadas para que salga, no me puedo negar. Son demasiados días que no nos vemos, me apetece también quedar con ellas y charlar. No sé si les contaré lo de Simón, me muestro muy cauta con esto y no sé muy bien por qué, quizás porque esto es demasiado bonito para pasarme a mí, y si se lo digo se puede romper la magia y acabarse. Es como si quisiera guardar este secreto para mí sola, si le cuento a alguien lo que me pasa se puede desvirtuar este embrujo, y no me apetece, quiero que dure un poquito más, solo un poquito más.

Al final accedo, quedo con ellas, vamos a cenar al chino, ante eso no puedo negarme, ¡no señor! He hablado con Simón por la tarde antes de empezar a arreglarme. Se oía mucho jaleo, bullicio e incluso a Monsi ladrar en casa de sus padres, me ha contado que sus sobrinos estaban allí, y que cuando él va no le dejan ni a sol ni a sombra, y que no para de jugar con ellos, y que estaba agotado. Me ha dicho también que me echaba de menos y yo le he respondido que también, porque es la verdad. Muestro mis sentimientos sin problema cuando estoy con Simón, no es que antes no lo hiciera pero es diferente, siento todas y cada una de las palabras que le digo, incluso en voz muy baja creo que le he dicho que le quería, más para oírlo yo que para que lo oyera él. Quería comprobar cómo me sentía al decirlo, y no puedo decir que mal. Todavía no me atrevo a decírselo abiertamente, pero supongo

que será un proceso natural que seguirá su curso. No tengo ninguna prisa, además no me quiero precipitar. Me siento como en una cuerda floja, y aunque reconozco que me va la marcha esta vez es diferente, es un vértigo distinto.

En el restaurante chino, todas nos reímos muchísimo. No sé si será el ambiente o qué, pero no paramos de reír. Las chicas me han hecho saber que estoy más guapa, ellas lo achacan al nuevo trabajo, y yo de momento no he dicho nada. Me callaré. Que sigan pensando lo que quieran. Me piden que les hable de Manu como jefe, alguna de ellas lo conoce de cuando éramos adolescentes y lo recuerdan como yo lo recordaba: el chico desgarbado con granos en la cara y bastante feúcho. Pero no, las he hecho abrir los ojos, incluso les he enseñado una foto. Una que nos hicimos el primer día de trabajo y que ambos enviamos a nuestros respectivos padres, hemos recreado la foto que ambos recordábamos como si no hubiera pasado el tiempo. Era una foto antigua que nuestras madres nos han enseñado hasta la saciedad en la que estamos los dos enfurruñados espalda contra espalda, siempre nos han contado la misma anécdota de cuando se produjo ese momento. Se ve que los dos queríamos jugar con el mismo juguete, y como no nos poníamos de acuerdo nos lo quitaron, pillamos un enfado monumental y nos sentamos en el suelo uno contra la espalda del otro, con unos morros increíbles y con los brazos cruzados en señal de desacuerdo. Cuando le propuse a Manu hacernos una foto me recordó ese momento y le pedí que nos pusiéramos como entonces, tanto él como yo lo recordábamos de forma nítida. Cuando enviamos la foto a nuestra familia pusimos al pie de la foto: «Después de tantos años volvemos a encontrarnos y seguimos igual». No es para nada cierto, Manu está mucho mejor ahora que hace unos años, ¡doy fe!, y de momento no nos hemos enfadado. Nos pareció buena idea hacérnosla haciendo un guiño al pasado y enviársela a nuestros familiares. A ellos seguro que les ha hecho ilusión vernos así y se habrán reído bastante. Ni mis padres ni los suyos nos veían desde hacía tiempo, se han limitado a salir los cuatro por ahí dejando volar a sus hijos. La respuesta no se hizo esperar y todo fueron buenos deseos en nuestra aventura empresarial y elogios a cómo de guapos estábamos.

Mis amigas alucinan con el cambio como yo hice, pero ahí acaba la conversación, quieren que siga hablando pero no lo voy a hacer.

Ellas se piensan que es mi jefe el que me hace tilín, y yo les sigo la corriente, pero nada más lejos de la realidad.

Después de la cena nos vamos de copas, lo de siempre, nada nuevo. Bailamos, reímos, y aunque a mí ese tipo de música no me va nada reconozco que me muevo de buena gana. Estoy contenta y me apetece pasarlo bien con mis amigas. Llevamos una cuantas copas y ahí ya se me suelta la lengua. Las confieso que hay alguien y que es maravilloso, y las muy arpías empiezan a divagar con que si mi cutis está más terso, que si ya nos hemos acostado, que cuándo se lo presento… vamos, lo típico. No puedo evitar poner cara de imbécil cuando hablo de Simón, y eso unido a las copas pues… se acentúa.

Termino la noche no muy tarde, estoy cansada y no me apetece seguir bebiendo. Me despido de las chicas y voy a casa. Llego y lo primero que hago es ir corriendo al baño, y allí se desencadena todo, vomito y me retuerzo de dolor, no he bebido tanto como para vomitar, hubiera necesitado unas cuantas copas más para hacerlo, pero se ve que mi cuerpo no piensa lo mismo que yo. En cuanto termino de expulsar todo, me lavo la cara ,que ha perdido su color, me pongo el pijama y me meto en la cama.

Duermo relativamente mal, me duelen la tripa y los riñones y no me encuentro precisamente bien, creo que ya sé a qué se debe. Voy al baño y ¡bingo! Otra vez la maldita regla, otro mes que va a ser horroroso. Y dicen que ser mujer es fácil, ¡y un cuerno!, no solo por esto, ser mujer es dificilísimo.

Desayuno acurrucada en el sofá, me duele horrores, saqueo el botiquín, pero en cuanto tomo la pastilla correspondiente vuelvo a vomitar. ¡No puedo con el alma! Recurriré a mi último recurso y directa a la cama. Me lío el cigarro y le doy dos caladas, me meto a oscuras en la habitación para intentar descansar.

Parece que ha surtido efecto, amanezco a la una de la tarde, un poco mejor aunque mi cara da asco, no tengo color y las ojeras parece que crecen por momentos. Vamos, que abro la puerta y el que esté al otro lado sale corriendo. Voy derecha al sofá, mis tripas no dejan de sonar, normal, llevo sin meter algo sólido en mi cuerpo demasiado tiempo.

Voy hasta la cocina, como ayer repuse existencias con la comida de mi madre, elijo algo que pueda asentarme el cuerpo. Una sopita y

un poco de pollo en salsa, eso es lo que más me apetece, pero empezaré por la sopa, tranquilamente, y si veo que sigo con hambre le hincaré el diente al pollo, no vaya a ser que no me siente bien y vuelva a tener que salir corriendo al baño. Preparo todo en el salón y como allí, sigo con dolores, me retuerzo, y eso que soporto bien el dolor, pero a veces me dan unos pinchazos que me cortan hasta la respiración. La sopa parece que va asentándose en mi estómago, mientras como elijo algo para ver en la tele, no hay nada especialmente atractivo para mí así que pongo cualquier cosa y me quedo dormida, pero antes de hacerlo le doy vueltas a lo mío con Simón. Me está empezando a dar miedo todo lo que estoy sintiendo, es que a veces no me creo que un chico tan estupendo pueda estar a mi lado, es como si no me lo mereciera, no fuera digna de que me trataran como él lo hace. Las atenciones que me proporciona o el cariño que me muestra no son para mí, y lo que digo parece un espejismo, un sueño del que despertaré y me daré el batacazo de mi vida, y eso también me da miedo. Algo tengo que hacer, esto me produce ansiedad o no sé muy bien el qué, pero no me gusta estar así. Esa incertidumbre y esa desazón me consumen por dentro.

Cuando despierto, me muevo un poco pero un nuevo un pinchazo me alerta de que no ha pasado lo peor aún, permanezco en la misma posición para evitar el siguiente. No me acerco ni a por el mando de la tele, lo que pongan será lo que veré, y mira tú por dónde la típica peli de sobremesa, de esas *pastelonas* en las que los protagonistas y todo lo que ocurre es superromántico, ¡no puedo con ellas!, pero la veré. ¿Quién se cree todo esto? ¿Cómo puede ser todo tan evidente? Si es que no hace falta estrujarse mucho la cabeza para saber cuál va a ser el siguiente paso, casi podría describir las escenas sin saber nada del argumento, es todo demasiado fácil. No sé, quizás sea yo que, además de odiar este tipo de películas, ando con las hormonas desmelenadas; pero es que es patético.

Me he tragado toda la peli, con sus correspondientes anuncios, y todo por no moverme, la verdad; me he pegado una llorera como hacía tiempo, qué manera de llorar, todo me emocionaba y todo me parecía motivo de tristeza. ¡Malditas hormonas!

Capítulo 22

Reflexiones y decisiones

El resto del domingo proseguí casi en la misma posición, principalmente para evitar los dolores. A última hora de la tarde fue cuando empecé a ser persona, por decirlo de alguna manera. Miré mi móvil y tenía muchas llamadas de Simón, y mensajes, pero el primero que leí fue: TE AMO PARA AMARTE Y NO PARA SER AMADO, PUESTO QUE NADA ME PLACE TANTO COMO VERTE A TI FELIZ. Lo leo una y otra vez y me enfado, pero ¿por qué? Si es precioso, pero no sé qué me está pasando, ¿por qué esto me molesta, me enfada? Hasta el viernes todos estos mensajes me parecían maravillosos y me activaban para todo el día, pero ahora, de la noche a la mañana, me molesta horrores que me diga cosas bonitas, que me diga que me quiere y que le encanta verme feliz; definitivamente no me entiendo ni yo y definitivamente tengo que terminar con esto.

Casi a la hora de meterme en la cama hablamos, pero reconozco que estoy bastante borde; el dolor, la falta de sueño y mis sentimientos, que están revolucionados como mis hormonas, no me hacen ser la mejor conversadora. No discutimos, pero es él quien cuenta y yo me limito a escuchar, no tengo mucho que decir y es que no dejo de pensar en él, en mí, en nosotros, y el futuro lo veo incierto.

Estoy en un bucle. Me despido de Simón, diciéndole que estoy muy cansada, ha sido una excusa, aunque era verdad: no me apetecía demasiado hablar con él.

Llevo tiempo dándole vueltas a las cosas y no puede ser, yo estaba mucho mejor antes, estoy segura de ello, sin nada de complicaciones; mi vida era buena así, a mi aire, sin líos, sin problemas. Y sé que un hombre me los dará, o yo a él, pero ese no es el caso. No quiero sufrir, y por ello, esto tiene que terminar. Lo primero, y siendo egoísta, por mí, y lo segundo por Simón, él es un buen chico y no se lo merece. Estoy ofuscada con ello, y no dejo de rumiar, de hecho me meto en la cama y no paro de pensar y pensar, y de retorcerme de dolores. No parece que vaya a ser una buena noche. Me intento convencer a mí misma de que con Simón estoy bien, pero que hay algo que no me llega a llenar del todo, y no sé si lo encontraré. Además, hasta su llegada he mantenido una vida calmada en cuanto a amoríos se refiere y me sentía tranquila conmigo misma, ¿por qué ahora me quiero complicar la existencia?, no, no, debo recuperar mi estado anterior. Cuanto antes se termine con esto mucho mejor para los dos.

Me levanto el lunes como un zombi, mis ojeras me llegan a la barbilla y me encuentro fatal; la noche, como presagié, ha sido horrible, me tuve que levantar a tomar una infusión porque tenía el estómago fatal, creo que hoy no desayunaré. Me ducho, me visto y salgo de casa. Es demasiado temprano para ir al taller, me meto en el coche y prácticamente es él el que traza el camino. Voy hasta el bar donde trabaja Simón, por un momento he pensado que volvía a trabajar en el supermercado y seguía mi rutina diaria, pero no.

Entro y me siento donde siempre, cuando Simón se gira no puede ocultar su sorpresa.

—¡Buenos días, preciosa! —grita con una sonrisa irresistible en la cara, parece que está más moreno y todo. Para él ha sido una sorpresa que me presentara allí, pero se va a llevar otra que seguro que tampoco espera.

—Hola, buenos días —saludo seria.

—¿Qué te pasa?, tienes mala cara —pregunta preocupado.

—Me gustaría hablar contigo —contesto avergonzada pero firme en mi decisión.

—¡Vale! ¿Te pongo un cafetito en lo que se me desaloja esto un

poco? —dice diligente.

—No, mejor no, no tengo el estómago muy allá —comento.

—Como quieras —responde yéndose a cobrar a un grupo de personas.

Esto siempre me ha molestado bastante. En cuanto se van, sale de la barra, me agarra de la mano y me mete por una puerta donde un cartel indica que es el almacén. Yo no digo nada, me dejo caer sobre unas cajas de Coca-Cola, creo que necesito un apoyo para no caerme redonda; entre lo poco que como y los nervios que se me han metido dentro no sé si podré articular palabra.

—Simón, llevo todo el fin de semana pensando en lo nuestro y creo que deberíamos dejarlo aquí, ahora que todavía no es demasiado tarde —espeto de corrido, no sé de dónde he sacado las fuerzas para soltarlo así.

Él me mira incrédulo, se ve que no se esperaba esto, una mueca de dolor ha cruzado su cara pero ha sido un instante, después ha respirado profundo y ha empezado a hablar.

—Vicky, no entiendo lo que dices —contesta incrédulo y a la vez sereno. Niega con la cabeza, como si lo que acabara de escuchar no le quedara claro.

—Lo que acabo de decirte, que quiero terminar —insisto con un nudo en la garganta, y es que según lo digo se me rompe algo por dentro, creo que estoy a punto de llorar pero un latigazo en mis riñones me hace reaccionar. Casi me ha cortado la respiración.

—Contéstame una pregunta nada más —pide, y ahora la que pone cara de incredulidad soy yo—: ¿por qué no derribas las barreras de tu corazón y te dejas llevar? —inquiere serio, decepcionado o vete a saber qué pensará de mí. Ahora la que no entiende la pregunta soy yo. Muevo los hombros en señal de ignorancia sintiéndome la peor persona del mundo, la más insensible, dañina y mala del universo. Como Simón ve que no contesto, incide—. Ya te darás cuenta de que lo nuestro era bonito y estaba empezando a ser algo muy especial. —Me lo dice todo serio, pero noto cariño y ternura en sus palabras, nada de dolor o de rencor hacia mí, es extraño—. Yo lo sé, y tú también lo sabes, Vicky. —Hace una pequeña pausa para respirar y añade—: Más que saberlo lo sentimos —afirma mirándome profundamente a los ojos. Los suyos no mienten, y sé que lo que acaba de decirme es cierto,

y los míos creo que tampoco.

En cuanto pasan esos segundos se va de allí y me siento lo peor. La mujer más miserable, mezquina y rastrera del mundo. No se lo merece, él no. Pensé que su reacción iba a ser totalmente distinta, pero ha sido elegante hasta para eso, ¡increíble! Como puedo salgo del almacén y del bar, y ya no puedo más, ni siquiera he llegado al coche y estoy llorando como una peregrina. Ha sido durísimo. Mucho, porque si en realidad hubiera una razón de peso para dejarlo hubiera sido más fácil, pero es que ni siquiera eso.

Tras entrar en el coche y permanecer allí metida llorando como nunca pensé que lo haría —y eso que a lo largo de mi vida amorosa he llorado muchísimo—, arranco y voy hasta el taller. Me espera un día de trabajo y espero tener mucho para no pensar en la mayor locura que he hecho en mi vida, quizás no locura, pero una idiotez muy grande sí.

Entro en la pecera, enciendo el ordenador y me pongo con los albaranes, Manu debe de estar por ahí con los chicos, pero no lo veo. Al poco rato entra y se me queda mirando, incluso asustado, diría yo.

—Buenos días, Vicky, ¿qué te pasa? —dice alarmado.

—Buenos días, Manu. La verdad es que no me encuentro bien —contesto, y no miento. Mis dolores menstruales no son nada comparado a cómo me encuentro por dentro, sigo pensando que soy la persona más despiadada, ruin y perversa del mundo por cómo me he portado con Simón.

—Vete a casa —ordena, y no doy crédito. Si yo lo que quiero es ponerme a funcionar para olvidarme de todo, lo necesito.

—No, no, de verdad, que me tomo algo y pronto se me pasa —afirmo en tono suplicante, necesito estar distraída, si estoy en casa esto empeorará, lo sé. Me conozco muy bien a mí misma, además no quiero autocompasión por mi parte, ni siquiera me la merezco, tengo lo que quiero, así de fácil, si estoy jodida es única y exclusivamente por mi culpa.

—Vicky, de verdad, ¿no te has visto la cara? —insiste y en ese momento ya no puedo más, me toca salir corriendo, incluso empujo a Manu para hacerme un sitio e ir a vomitar, mi cuerpo no ha podido con la tensión y me está avisando.

Ya no puedo negarme a irme, en cuanto salgo Manu está

esperándome con los brazos cruzados y cara de circunstancias, ¡qué guapo! Con ese porte. Pero ni siquiera esa estampa me reconforta, me siento mal y lo único que me apetece es llorar.

—Ya me voy —admito agachando la cabeza. Lo he entendido de sobra. No soy eficiente, no doy buena impresión y no estoy pasando por mi mejor momento.

En el trayecto a casa lloro, casi no veo los semáforos, ni las señales. La radio no ayuda, todo son canciones románticas que me recuerdan a Simón, y hace que se acentúe más mi dolor. Decido poner un CD de música mía, y qué casualidad que es uno de baladas de *Scorpions*; de un manotazo apago la música. No puedo más. Sigo llorando como una imbécil, cualquiera que pare a mi lado en su coche verá a una chica con una cara patética, llorando como si no hubiera un mañana. Esa soy yo, la viva estampa del dolor y de la rabia por ser como soy.

Llego a casa, me desnudo y me meto en la cama. Me va a costar dormir lo sé, así que me tomo un tranquilizante y espero a que me haga efecto. Necesito olvidarme por un tiempo de mi asco de vida. Un asco de vida provocado por mí, porque he querido, pero sé que cuando esto pase volveré a recobrar la vida que tenía antes, en la que no tenía problemas, estaba tranquila y serena. ¿Me lo creo? ¿A quién quiero engañar?

Capítulo 23

Enfrentarse a la realidad

Me he pasado todo el lunes dormitando y un poco alelada, el somnífero que me tomé me hizo entrar en un estado de seminconsciencia casi continuo. No pensaba con claridad, estaba bastante adormilada; además, eso unido a que apenas había comido nada creo que ha hecho que su efecto se multiplicara. Considero que no me ha venido del todo mal, necesito descansar, mi cuerpo está agotado y en mi cabeza bullen miles de pensamientos con una única temática: Simón.

El martes es otro cantar, ya no tengo apenas dolores y, aunque estoy cansada, tengo que salir de casa, me vendrá bien. Hago mi rutina de siempre, me levanto y lo primero que hago es mirar mi teléfono. Nada, ni un mensaje, nada. ¿Qué esperaba? Que siguiera enviándome pequeñas pero muy acertadas muestras de amor, lógicamente no sería lo que iba a hacer, lo he sacado de mi vida de un plumazo, pero me quedaba la pequeña esperanza de que lo hiciera. Tendré que seguir mi vida anterior, ¿no era lo que yo quería?, pues ¡ánimo, Vicky! «Atente a las consecuencias de tus actos», me digo a mí misma, enfadada, y creo que hasta decepcionada conmigo misma. Tengo lo que quiero, así que no tengo ni por qué enfadarme ni estar

decepcionada, ha sido una decisión meditada. O puede que no lo suficiente, pensándolo bien; ahora me toca apechugar con mis actos.

Esa es la teoría, porque la realidad es otra bien distinta. El vértigo y el miedo que tenía no es nada comparado a cómo me siento en realidad ahora. Todo lo que antes sentía, aunque no era del todo agradable, era mucho mejor que mi estado actual. ¡Me tendré que aguantar!

Me he mirado en el espejo y tengo mejor cara, aunque dista bastante de la que tenía hasta hace un par de días. Llego al bar donde me tomo mi café mañanero y voy al taller.

—Buenos días, Vicky —dice Manu—. ¿Cómo te encuentras hoy? —pregunta dentro de la pecera.

—Buenos días, un poco mejor —aseguro, sentándome en mi silla, mientras dejo el bolso colgado del perchero.

—Si vuelves a encontrarte mal vete a casa —me aconseja amablemente.

—¡Estoy bien! —afirmo un poco más alto de la cuenta. Odio cuando me tratan como una niña, y él lo acaba de hacer. Sé que no debo contestar así, y menos a mi jefe, pero me ha salido de forma espontánea.

—Vale, vale —recula levantándose de su silla para archivar un presupuesto que acababa de salir por la impresora—. ¡Menudo carácter chica! —me reprocha, y con razón—. Estarás bien, pero el carácter se te ha avinagrado —añade intentando suavizar un poco el ambiente porque me ha sonreído al final.

No contesto, me pongo a lo mío.

La mañana es desastrosa, mi trabajo no requiere más que de un poco de habilidad y paciencia, pero hoy o la paciencia me ha abandonado o el personal no está por la labor de entenderme, no sé cuál será la opción correcta. Cuando hablo por teléfono o no me contestan o se salen por la tangente, o pasan de mí; los chicos del taller me piden piezas que no han llegado o que han pedido mal y no les sirven para sus necesidades, y claro no puedo evitar enfadarme. El caso es que estoy deseando que llegue la hora de irme para perder de vista a todos. ¡Estoy mejor sola!

Llego a casa, como algo que tengo preparado y me tiro en el sofá. Nada, no encuentro la posición adecuada y en la tele no hay nada que

me cuadre para ver. Tras intentar quedarme dormida sin lograrlo trasteo con el móvil, quizás Simón esté conectado y pueda hablar con él. ¿A qué juego? Si lo he dejado yo, ¿por qué controlo sus movimientos y estados? Ni idea. Lleva sin conectarse varias horas, ¿le habrá pasado algo? No quiero preocuparme, es un buen chico, y si ya me siento mal así, no me perdonaría por nada del mundo que le hubiera pasado algo por mi culpa. Sería un pesar que no podría soportar sobre mi conciencia.

Cansada de dar vueltas, decido salir a la calle, hace frío pero no me importa, me he cambiado de ropa y voy con ropa deportiva, mis pasos me llevan hasta el parque donde algún día he paseado con Simón y Monsi, al final me va a gustar pasear y todo. No, no es eso, es que ese paseo me recuerda a él y, por alguna razón, mientras camino rememoro conversaciones y situaciones vividas con él que siempre me hacen sonreír, pero también me producen una profunda tristeza y es que me siento además de sola, vacía, es una sensación de estar por dentro como hueca, no sé explicarlo.

¿He dicho que estar así es mi mejor estado?, empiezo a tener mis dudas. Era mi mejor estado cuando no conocía en profundidad a Simón, pero ahora la vida sin él a mi lado no ha recobrado su estado primitivo. Nada volverá a ser como antes. Empiezo a darme cuenta de ello.

Me llaman al teléfono, me asusto y doy un salto que indica mi estado de exaltación, entre nerviosa y esperanzada, pero no, es mi madre.

—Hola, mamá —contesto perdida en mis pensamientos.

—¿Dónde estás hija? —pregunta.

—De paseo —respondo molesta, y es que me saca de quicio todo.

—¿Túúú?, ¿de paseo? —pregunta incrédula, y ese tono que ha puesto me enfada, cosa que antes me hubiera hecho reír.

—Sí, ¡¿qué pasa?! —espeto arisca.

—Nada, nada —responde acobardada, y es que el tono que he utilizado ha sido cortante.

—¿Qué quieres? —cuestiono para acabar cuanto antes con la conversación.

—Me pasaré por tu casa en media hora —confirma—, te voy a llevar unas cuantas cosas.

No me da tiempo a replicar porque me ha colgado. Enfadada porque tengo una visita inesperada vuelvo sobre mis pasos y llego a casa. Tengo el tiempo justo para darme una ducha y cambiarme. Así lo hago, me ducho y me pongo el pijama, total, no voy a volver a salir hasta mañana que tenga que ir al trabajo.

—Hola, hija —saluda nada más entrar en mi casa.

Yo ni siquiera contesto, gruño.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto desde la cocina.

—Un café estaría bien, para templar el cuerpo, hace frío —confirma.

Preparo su café y el mío y voy hasta el salón con la bandeja.

—Aquí estoy —digo dejándome caer de forma pesada sobre el sofá.

—¿Qué haces con el pijama puesto?, son las seis de la tarde, Vicky —pregunta mi madre cuestionando mi atuendo.

—Me acabo de duchar, no voy a salir, no hay más que decir —replico en plan borde.

—Pues no me parece bien —espeta, y ahí ya me toca la moral, a poco que me diga salto, no estoy pasando por mi mejor momento y todo lo que hace parece que es para molestarme. No voy a tolerar esto.

—Estoy en mi casa, voy como me da la gana —refuto en tono altanero. Lo de que estoy en mi casa sobraba, lo sé, pero me ha salido así.

—¡Ay, hija!, ¡no sé qué te pasa! —se queja—. Estabas mucho mejor el otro día que fuiste en casa.

—Nada —salto rápidamente, no quiero que se meta en mi vida, pero mi madre no es tonta y supongo que tendrá su sexto sentido para estas cosas.

—Si tú lo dices… —acepta cogiendo su taza de café con leche humeante—, pero no se me escapa que te pasa algo —apostilla con tonito condescendiente.

En cuanto termina de decir eso exploto.

—¿Por qué me tiene que pasar algo? ¡Eh!, ¡eh! —la instigo para que me conteste, no son formas de hablar a mi madre pero estoy que echo humo, a poco que me piquen salto.

—No sé, Vicky —balbucea un poco afectada por mis palabras y

por el tono en el que las digo—, te veo rara, diferente, enfadada contigo misma y con todos, no sé decirte —explica frustrada.

Creo que mi madre ha dado en la diana, pero no lo voy a reconocer.

—¡Bueno, bien!, cosas tuyas —espeto con suficiencia. No lo voy a admitir, pero así es.

—Mejor me voy, hoy no se puede hablar contigo —confirma—. Ahí te he dejado algo de comida, y en esa bolsa un jerseicito muy mono que he comprado en las últimas rebajas y que te vendrá muy bien para ir a trabajar —explica.

—¿Para qué compras nada? —pregunto de forma belicosa.

—¡Ay, hija!, no sabe una cómo hacerlo contigo —se ofende, mientras se pone el abrigo y la bufanda—. Cuando estés más calmada hablamos, que no he venido hasta aquí para que me trates como a un perro —espeta dolida, y con razón. La he tratado fatal, tampoco ella se merece esto.

En cuanto se cierra la puerta me echo a llorar, soy lo peor, y mi madre tiene más razón que un santo, estoy enfadada conmigo, lo primero, y después con el resto de la humanidad porque las cosas no me salen como yo quiero. Cuando consigo tranquilizarme y dejar de llorar —porque parece que es lo único que sé hacer últimamente—, voy al baño, me lavo la cara para intentar minimizar las bolsas que me van a salir bajo los ojos y vuelvo al salón. Mientras sigo cavilando, cojo los *tuppers* que ha traído mi madre y guardo algunos en el frigo y otros en el congelador, no tendré que hacer comida en mucho tiempo. Después abro la bolsa donde está el jersey de punto fino color rojo, mi madre siempre ha sido de la opinión de que como soy morena los colores vivos me favorecen, no se equivoca, aunque mirándome la cara tan pálida que se me ha quedado creo que no me favorece ninguno. Tengo el mismo color por fuera que por dentro, es decir, gris, un gris apagado y triste que define a la perfección mi estado.

Podría haberle dicho a mi madre algo, haberle explicado un poco de mi azarosa vida sentimental, pero tampoco me apetecía dar muchos detalles. Esta vez me estoy comiendo yo sola todo, otras veces me apoyo en mis amigas, pero desde que empecé con Simón me he mostrado muy cauta con todo, quería proteger primero la relación que estábamos comenzando y ahora… no sé, quizás a él el primero,

porque conociendo a mis amigas se le tirarían a la yugular antes de saber las verdaderas razones de la ruptura, y después por protegerme a mí misma, también por el mismo motivo: me iban a poner verde y con toda la razón. ¿He cometido el mayor error de mi vida? Creo que en breve encontraré la respuesta y todo me dice que sí.

Capítulo 24

Semana infernal

El miércoles intento tener otra actitud en el trabajo, pero parece que todo se tuerce, no estoy en la misma sintonía ni con mis compañeros, ni con los repartidores, ni con Manu, ni con nadie; en fin, un desastre. Cuento cada minuto que me queda allí para irme a casa. Esto es horroroso. Lo intento pero nada, soy yo, estoy segura de ello, pero mis compañeros tampoco me ayudan, está claro que ellos no son conscientes de nada y que todo lo que pasa por mi cabeza a velocidad de la luz no lo procesan sus cerebros —a veces dudo de que el mío lo haga—, pero lo cierto es que no tenemos la misma conexión de otros días.

Las tardes las dedico a pasear, lo que nunca imaginé, el caso es que me sirve para tranquilizarme de alguna manera, estoy demasiado irascible, salto por cualquier cosa y tengo un humor de perros. Lo sé, no necesito que nadie me lo diga, y cuando me lo hacen saber me enfado más aún. Es la pescadilla que se muerde la cola. También lloro, he llorado muchísimo estos días, son lágrimas tristes, como casi todas, me siento deprimida por todo, y noto como por dentro, cada vez que recuerdo a Simón —y es prácticamente todo el tiempo— algo se desquebraja, al final terminaré rompiéndome por completo. Creo que

mi cerebro y mi corazón no se ponen de acuerdo, mi corazón no entiende el porqué de mi decisión, Simón ha sido el hombre más maravilloso que ha pasado por mi vida y, teniendo todo eso, me he empeñado en alejarlo. En mis anteriores relaciones estaba también decepcionada, pero había motivos reales, pero ahora la decepción es conmigo misma y creo que es peor. Echar la culpa a los demás es fácil, pero admitir la propia no tanto; en ese punto estoy.

Cada vez me enfado más conmigo misma. ¿Tan mala persona soy? Y Simón, ¿qué pensará de todo esto?, ¿qué pensará de mí? Todo lo que sea, seguro que es verdad. Después de dos años que lleva enamorado de mí, según él, y ahora esto, cuando mejor estábamos. Creo que no me perdonará en la vida, y quizás me lo merezca.

El jueves y el viernes pasan más despacio de lo que querría, el ambiente en el taller no diría que es hostil, porque es una palabra demasiado fuerte, pero sí tirante, mi relación con mis compañeros no es la mejor, y Manu está demostrando tener una paciencia infinita conmigo, lo reconozco, pero me molesta que me lo recuerden, me hace estar mucho más irritada.

Las chicas me llaman para salir el fin de semana, igual eso me vendría bien, no me aguanto ni yo. Quedo con ellas el sábado, cenamos en una pizzería, prefiero el chino, y como no me dan el gusto ya me enfado. Parezco una niña pequeña, pero no sé qué me pasa que todo me afecta demasiado. Después de cenar una pizza grasosa, poco sabrosa y que parecía de plástico según mi punto de vista, y todo lo contrario para mis amigas, nos vamos a un bar, pero estoy en plan muermo total, no me apetece estar allí, y eso que pensé que sería buena idea. Me siento en un taburete y observo cómo mis amigas bailan y se divierten. Entre canción y canción vienen a preguntarme qué me pasa, que «por qué estoy tan amargada», que «menuda cara que tienes» y ya ahí me tocan la moral, las contesto pero bien: que no me ocurre nada, que son ellas y que me dejen vivir. Las mando a la mierda, tal cual, y me voy a casa no sin antes recibir sus últimas pullitas. «Estabas mucho mejor antes que tenías alguien que te aguantara», «la falta de un meneo te vuelve insoportable», «seguro que Simón ha huido, con ese carácter que te gastas…». Todas estas frases dichas en medio de la calle a altas horas de la madrugada me habrían hecho reír siempre y cuando se dijeran desde el cariño, pero sé que

mis amigas las han dicho para hacerme reaccionar, me han hecho daño, pero creo que también es lo que me merezco. Últimamente no me porto nada bien con las personas que están a mi lado.

Decido volver a casa caminando mientras escucho música a través de los auriculares conectados a mi teléfono, hay un trecho largo pero no me importa, total, lo mismo me da llegar una hora antes que después. Estoy sola, eso es. Sola por elección propia, porque yo lo he querido así y porque me he convencido de que es mi mejor estado, yo sola sin nadie a mi lado. Pero resulta, como dice mi madre, que no me aguanto ni yo, estoy enfadada conmigo misma y lo pago con el resto. Eso no es justo. Lo sé, y es que la ruptura con Simón me ha descolocado por completo, pensé que el apartarlo de mi vida haría que todo fuera como antes, pero se ve que él ya había dejado huella dentro de mí. Una huella profunda que va a ser muy difícil de borrar. No lo he reconocido hasta ahora, pero creo que estoy más enamorada de Simón de lo que estaba dispuesta a admitir. Con él me reía, me sentía viva, querida y respetada. Y todos sus detalles eran maravillosos; yo, que he sido antirromanticismo siempre, quizás estaba empezando a ceder. No puedo dejar de pensar en sus mensajitos, en cuando me preparaba el desayuno, en los paseos con Monsi, y me pregunto: si estábamos bien juntos ¿por qué me he empeñado en fastidiarlo todo? No tengo ni idea, sé que soy complicada pero me he equivocado con el rumbo que he hecho tomar a mi vida. Definitivamente no estaba mejor antes de conocer a Simón. Estaba mejor con Simón.

Llego a casa cansadísima, la caminata ha sido larga, me quito las botas que, aunque no tienen mucho tacón, me han machacado los pies, compruebo mi móvil por última vez y no veo lo que quiero ver. Me meto en la cama. Necesito descansar de todo. Mi mente y mi cuerpo no dan para más. Tengo que encontrar una salida a todo este lío que tengo en mi vida. Ya he llegado a la conclusión de que con Simón era cuando era yo misma, pues algo tendré que hacer al respecto, ¿no? O quizás sea demasiado tarde, no lo sé. Lo tengo que meditar, pero tendrá que ser mañana. Hoy ya no puedo más.

El domingo por la mañana me encuentro algo más repuesta, he dormido relativamente bien y creo que ya tengo en mi mente mi segundo paso. Mientras limpio mi casa, plancho y preparo comidas para el resto de la semana pienso, cavilo y maquino. Urdo un plan

para cambiar de vida, lo necesito, necesito enderezar lo que yo misma he torcido. Quizás todos los que están a mi alrededor tengan razón, era mejor cuando estaba con Simón, mi carácter era otro, y en definitiva mi vida estaba más llena. Era más feliz.

Tengo que hacer algo, me lo debo, se lo debo a Simón. Él se ha mostrado siempre tal cual era, me ha hecho saber de sus sentimientos desde el principio. Se ha comportado como un señor y yo… yo he sido una miserable. No dejo de darle vueltas a mi comportamiento, nunca pensé en que haría lo que no quería que me hicieran a mí, pero se ve que, como dice el refrán, «consejos vendo que para mí no tengo». Doy mi opinión cuando me la piden y para mí no me aplico el cuento. En fin, esto no puede seguir así.

Ya tengo en mi mente trazado el plan. El lunes iré al bar donde Simón trabaja, le diré que me perdone, que me he precipitado, que lo echo de menos, que me he portado fatal y que lo nuestro, como él decía, era bonito y era especial. Que lo quiero y que sigamos como hasta ahora. Y sé que se va a arreglar, vamos a volver a estar como antes, y todo va a ser maravilloso y por fin voy a ser feliz. ¡Ya he derribado mis barreras! Como me pedía Simón, he reconocido mis errores y ¡quiero ser feliz! Y él es el hombre adecuado. No se hable más, todo debe tener solución y he dado con la fórmula.

Capítulo 25

Comienza el plan

Tal y como me propuse, me pongo a ello. Me he levantado con fuerzas renovadas y quiero hacer las cosas bien. Por eso comienzo enviándole a Simón un mensajito como los que él me mandaba; él tenía esos detalles conmigo y me llegaron a gustar mucho, de hecho todos los días miro mi móvil por si él ha decidido dejarme esas pequeñas pildoritas de amor. ¡Qué cursi! Jamás pensé que estas palabras pudieran salir de mi boca, pero como le pasó a él, soy así, y quien me quiera tendrá que aceptarlo. Quizás no sea tan dura como aparento, quizás sea muy dulce y estoy recubierta por una coraza que me hace parecer borde e insensible. No lo sé, eso lo tendrán que determinar los demás.

Busco por internet alguna frase o mensaje que pueda ser bonito y que defina un poco mi estado de ánimo, necesito en pocas palabras expresar mis sentimientos. Simón lo conseguía siempre, que lo consiga yo no lo veo tan claro. ¡Bendito internet! Aquí casi encuentras de todo. Elijo una frase y, con mano temblorosa, la escribo y doy a enviar. Se me han puesto los nervios en el estómago al mandar el mensaje. Estoy peor de lo que esperaba. ES AL SEPARARSE CUANDO SE SIENTE Y SE COMPRENDE LA FUERZA CON QUE SE AMA. La

primera en la yugular, pero tengo que intentarlo con todas mis fuerzas. Espero y nada, aún no lo ha leído. Estará liado y no tiene tiempo. Voy a prepararme… esto acaba de empezar.

Me ducho, me arreglo y hoy me veo mejor cara. He elegido unos pantalones negros ajustados que me quedan bastante bien y en la parte de arriba una camisa blanca semitransparente. Me he maquillado un poco y me he recogido mi pelo rizado en un semirrecogido que me favorece. Me perfumo y salgo de casa a comerme el mundo. Esa es la actitud. Estoy más nerviosa todavía que antes, he visto que Simón ha leído mi mensaje, no me ha contestado, pero sé que lo ha leído. Poco a poco, Vicky.

En mi coche chillo como una loca mientras canto, creo que es lo que necesito para aplacar mis nervios. Se me ha calado el coche dos veces en un semáforo y casi atropello a un viejita en un paso de cebra. Estoy distraída para hacer cualquier cosa que no sea pensar en Simón y en cómo quiero que se desarrolle todo. Me he centrado muchísimo en mi objetivo y es como si el resto de las cosas, del mundo, no existieran para mí. Aparco, bajo el volumen de la música, respiro profundamente un par de veces, me miro en el espejo retrovisor para dar un último retoque a mi pelo y salgo. Segura de mí misma, y decidida a enmendar mis errores. Entro en el bar y está de bote en bote. Con razón Simón apenas lo ha leído. Hoy tiene más trabajo del habitual. Me siento donde siempre y espero. No me ha visto, está a lo suyo y observarle trabajar y cómo se comporta con los clientes me gusta.

—Buenos días, ¿qué va a ser? —pregunta sin mirarme. No puede pararse a mirar a todo el mundo, hoy no. Está a tope.

—Hola, Simón —saludo y él alza la vista.

Me mira sorprendido pero no sonríe como otras veces.

—Hola, Vicky —contesta—, cafetito con leche, ¿verdad? —dice mientras ya dirige sus pasos a la cafetera.

Yo asiento con una sonrisa en la cara y lo observo. En cuanto me sirve el café miro a la taza, las últimas veces que he ido me dibujaba figuritas con la espuma del café, pero ahora no. Me ha decepcionado un poco, he de confesarlo, pero es normal. Además, lo reclaman una y otra vez.

—Gracias —respondo. Mientras vierto el azúcar en la taza,

remuevo y soplo el contenido de mi taza, lo observo. ¡Qué guapo está! Está más moreno aún, y eso que es un morenazo increíble, y esa barba... No sabía yo que me ponía tanto una barba. Será que llevo varios días sin que me den un meneo, como dicen mis amigas. Solo de pensar en ello me derrito. Cuando pasa cerca de donde yo estoy me atrevo a hablar—. Simón, me gustaría hablar contigo un momento —comento con una determinación que no refleja mi estado real. No sé de dónde he sacado las fuerzas.

Él me mira incrédulo mientras sigue metiendo las tazas en la cesta del lavavajillas.

—Ahora no puedo, Vicky, tengo mucho lío —afirma mirando el bar, que está lleno de gente.

—Ya lo veo —admito. No digo más.

Nadie me dijo que fuera fácil, pero parece que todo se conjura para que no hable con él. Esperaré un poco más, y si veo que es imposible lo intentaré en otro momento. Me entretengo con el móvil sin mirar nada en absoluto, pero tengo que estar distraída en algo. Cojo el periódico y le echo un vistazo. Pronto termino. De repente, como si fuera una avalancha, toda la gente desaparece, es como si se les hubiera hecho la hora de ir a trabajar y hubieran desaparecido. Solo quedo yo y unos parroquianos que se pasan la mañana leyendo la prensa deportiva en una mesa alejada.

—Dime, Vicky —comienza Simón secándose las manos en un paño.

Y ahí me bloqueo y no sé ni hablar, tengo un nudo en la garganta y no reacciono. Hasta que esos ojos marrones se encuentran con los míos y arranco sin poder parar.

—Yo… yo… lo siento mucho, Simón. Pensé que el alejarte de mí era lo mejor, y me he equivocado —confieso como si fuera una niña pequeña que acaba de cometer una travesura y la han pillado con las manos en la masa. Él me mira, asiente y no dice nada. Está esperando a que continúe. Pues ¡allá voy!—: Me he portado fatal contigo y no te lo merecías. Y bueno… pues… me gustaría que todo fuera como antes porque me he dado cuenta de que tenías razón y lo nuestro era especial… y bueno… Es que no sé qué más decirte… yo… yo … pues me he enamorado de ti… y eso no se puede cambiar… y si tú quisieras… pues volvemos y… —balbuceo, estoy a punto de llorar. Mi

nariz me pica y tengo un sabor amargo en la garganta.

—Vicky, ahora mismo no puedo —sentencia. No sé a qué se refiere, si a que está trabajando y no puede hablar conmigo tranquilamente o a que no quiere volver conmigo. Debo de poner una cara extrañísima porque rápidamente habla y me lo aclara—: Tú ya sabes cómo son mis sentimientos hacia ti, no pueden cambiar de la noche a la mañana… —asegura, yo asiento con una leve sonrisa—, pero toda la magia que había entre nosotros ha desaparecido. Tú te empeñaste en que así fuera, y por mucho que me duela no quiero, bueno más que no quiero, no puedo seguir viéndote. De momento no —explica.

Me derrumbo pero no lloro, voy a mantener mi compostura como pueda, él ha sido duro conmigo pero me lo merezco. En cuanto ha ido diciendo todas esas palabras he notado como si una garra despedazara mi interior, he sentido como cada una de esas palabras me iban abrasando, y el dolor ha sido inmenso.

—Entiendo —murmuro con un hilo de voz. Dejo las monedas sobre la barra y me voy.

En cuanto piso la calle rompo a llorar. No lo puedo evitar. ¿Qué esperaba? Que esto iba a ser como en esas películas que tanto odio, que todo se iba a arreglar, que el chico vuelve con la chica y que se besan y que van a ser felices y a comer perdices. ¡Y una mierda! Esto es la cruda realidad, Vicky, has cometido el mayor error de tu vida, y aunque has intentado solucionarlo no ha podido ser, ahora a tragar con las consecuencias. No todo es tan fácil como uno piensa. Mi plan no ha surtido efecto, pero quizás es que este no era el plan correcto. Lloro, lloro y lloro, metida en mi coche agachada sobre el volante doy rienda suelta a mi dolor, no me importa el maquillaje, el peinado ni nada más que Simón. Ya me ha pasado otras veces, cuando me enamoro me comporto así, yo paso a un segundo plano.

Cuando me recompongo un poco, miro al frente, veo a la gente pasear, o de camino al súper hasta el que hace poco tiempo era mi lugar de trabajo. Veo a una pareja que camina dada de la mano, me molesta que sean felices y no serlo yo. Pero eso me da una idea, debo seguir adelante y tiene que ser con Simón. Por un momento me he visto dada de la mano como esa pareja, me he proyectado en ellos de alguna manera, así que voy a seguir intentándolo, me estaré

arrastrando y humillando, que puede, pero cosas peores he hecho. Esto no es nada, pero Simón me importa, y mucho, y lo que teníamos también me importa. Y por ello voy a luchar. Hasta que pueda. Cuando me dé por enterada de que se acabó dejaré de pelear por este amor. De momento, el intentar reconquistarlo va a ser lo que me haga seguir para adelante. Ya tengo un objetivo marcado. Yo tampoco se lo puse fácil a él y fue por su insistencia que lo nuestro empezó, así que seré insistente. A obstinada y terca no me gana nadie.

Capítulo 26

Pobre ilusa

Llevo todo el día pensando en lo que he hecho. Y no me arrepiento, porque no me arrepiento, pero me repito una y otra vez que he sido una ilusa. Quizás me he dejado llevar por el amor que siento por Simón y por las ganas de volver con él y no he visto más allá. Pero no me importa. Como me he prometido, voy a intentarlo todo. Y por ello esta tarde me he venido a pasear por la ribera del río, donde otras veces he paseado con él y con Monsi. El paseíto no me viene mal, pero no hay rastro de ellos. Quizás hayan ido a otro sitio o hayan salido a otra hora. Me voy a casa algo decepcionada, pero tengo la ilusión de que mañana será otro día para volver a intentarlo.

Me levanto temprano, me siento un poco mejor que estos días atrás, mi carácter se va volviendo un poco menos arisco y no trato de forma tan borde a los que me rodean, lo noto hasta yo misma. Quizás mi madre tenía razón, y primero me tenía que reconciliar conmigo misma, y parece que sus palabras han surtido efecto.

Vuelvo a buscar en internet y encuentro otra frase para enviar a Simón: EL AMOR ASCENDÍA ENTRE NOSOTROS COMO LA LUNA ENTRE LAS DOS PALMERAS QUE NUNCA SE ABRAZARON. Estoy cogiéndole el tranquillo a esto de las frasecitas. Doy a enviar y espero.

Hoy lo ha leído antes que ayer, tendrá menos jaleo en el bar, pero no obtengo respuesta. Bueno, esto también me lo merezco, yo tampoco le respondía a él cuando me escribía o cuando me lo dejaba en el coche, así que… aunque no creo que Simón sea rencoroso, donde las dan las toman. Además, estará dolido conmigo, así que no me extraña que no conteste. Si lo entiendo casi todo, pero me molesta. No puedo evitarlo. Y lo que también sé es que seguiré intentándolo.

Todas las tardes salgo a pasear, la verdad es que me viene bien, y me hace sentir activa, viva, no sé muy bien cómo expresarlo. De momento no he visto a Simón, pero confío en que algún día lo haré.

El miércoles, otro mensajito para que vea que no me olvido de él y que lo que le decía era sincero e iba en serio. LOS CALENDARIOS A TU LADO ERAN TRESCIENTAS SESEnTA Y CINCO MANERAS DIFERENTES DE QUERERTE. Releo la frase y me arrepiento de no haber compartido más días con Simón. Estábamos genial juntos, ¿por qué me empeñé en que no era así? No sé, a veces no me entiendo ni yo. ¿Seré un bicho raro? Creo que todas las personas en algún momento de su vida hacen cosas que escapan al entendimiento, porque tan rara no soy, ¿verdad?

Hoy estoy un poco remolona, en el trabajo he tenido mucho lío, y estoy cansada pero aun así, decido ir al parque, doy mi paseo de más o menos cinco kilómetros y me siento como nueva. Cuando voy hasta donde tengo mi coche aparcado veo una silueta inconfundible, es Simón, lo sé porque lo sé y porque mi corazón ha dado un salto que pensé que se me salía del pecho y no para de latir fuerte y rápido. Puedo oírlo perfectamente. Me he quedado parada, no puedo ni mover un dedo. Observo cómo Simón tira una pelota a Monsi y ella, como una loca, juguetea, la coge, se le escapa y vuelta a empezar. Lo veo sereno, tranquilo; igual, como no sabe que lo estoy observando, pues está relajado. ¿Y si me acerco y lo saludo?, si me hago la encontradiza quizás esa sea la manera de entablar una conversación con él. Lo pienso, y creo que no iba a colar, se va a sentir agobiado, porque de hecho estoy aquí para verlo, no para controlarlo. Esperaré unos días, ya sé que sigue haciendo lo mismo. Cualquier día me lanzo. No lo hago ahora porque quiero hacer las cosas en condiciones, si me precipito quizás la fastidie más. Tranquilidad. Despacito y buen letra.

UN CORAZÓN ES UNA RIQUEZA QUE NO SE VENDE NI SE

COMPRA, PERO QUE SE REGALA. Esta es la frase del jueves, doy a enviar, la lee casi de inmediato. ¡Bien, Vicky! Por lo menos no te ha dicho que dejes de hacerlo, ¿no? Me siento perversa cuando hago estas travesuras, pero hay que luchar por lo que uno quiere, ¿no? Por la tarde vuelvo al paseo, y nada de nada. Hoy no he tenido suerte. ¡Mañana será otro día!

AMO COMO AMA EL AMOR. NO CONOZCO OTRA RAZÓN PARA AMAR QUE AMARTE. ¿QUÉ QUIERES QUE TE DIGA ADEMÁS DE QUE TE AMO, SI LO QUE QUIERO DECIRTE ES QUE TE AMO? Es la primera vez que le digo que lo quiero, bueno lo hice una vez en voz muy baja y por teléfono y creo que fue más para mí que para él, de hecho él no me oyó, estoy segura. Me he sentido bien. Me la juego una vez más, cada vez los mensajes son más directos y explícitos pero no veo otra manera. He barajado la posibilidad de volver al bar a hablar con él, o llamarle por teléfono, pero me dejó claro que de momento no podía volver conmigo; si bien es cierto que no ha cerrado las puertas a continuar estoy empezando a desesperarme un poco. El no obtener respuesta, ni buena ni mala, me descoloca, me hace no saber para dónde seguir.

Hoy es el último día de la semana, ha sido intensa y merezco mi descanso. La tarde la paso prácticamente entera en el parque de la ribera del río; hasta que se hace de noche por completo, paseo de un lado al otro. No soy miedosa pero ya empieza a anochecer y, aunque hay farolas cada pocos metros, no me siento segura. No he visto a Simón, me siento un poco mal. Pero no dejo de intentarlo. Llego a casa, me doy una ducha y caigo rendida en la cama.

Ya es sábado, sé que Simón los fines de semana no me escribía mensajes, pero yo voy a seguir con ellos, no sé hasta cuándo, creo que este fin de semana nada más. No me resigno a que lo nuestro acabe así, pero también entiendo que recibir mensajes a diario de alguien que no te apetece ver no es agradable, así que o bien reacciona hoy o bien lo hace mañana. Si no, aquí se acaba mi intento de reconquista, y es que ¡no soy romántica!, ¡demasiado estoy haciendo! Allá va, a la desesperada: SEREMOS. AUNQUE TODAVÍA NO ME BUSQUES Y AUNQUE TODAVÍA NO TE ESPERE. Creo que esta frase es bastante definitoria de lo que siento y también esperanzadora. No pierdo la ilusión de que esto vuelva a resurgir, aunque ahora lo veo

prácticamente imposible. Por mí que no he quede, lo he intentado. Mi penitencia es esta, estar enamorada de un hombre maravilloso sin ser correspondida. Lo tuve todo y lo dejé, ahora valoro cuánto me aportaba Simón de bueno en mi vida, como se suele decir: uno no valora las cosas hasta que las pierde; pues eso mismo, lo peor de todo es que ni siquiera lo perdí, directamente lo alejé de mi lado, que es mucho peor.

El sábado lo dedico a lo de siempre: limpieza, plancha y comida. No voy a salir, el último día con las chicas no me dejó muy buen sabor de boca, la verdad. Así que me quedaré en casa viendo alguna peli o leyendo, depende de cómo esté de ánimo.

El domingo me levanto demasiado pronto, así que voy a aprovechar, me pongo mi ropa deportiva y voy al lugar del que últimamente no salgo: la orilla del río. Se ve que los domingo la gente aprovecha para hacer deporte, está llenito: personas en bici, corriendo, familias de paseo, niños correteando y un montón de perros de todos los tamaños, razas y colores. Reconozco que me gusta más cuando no hay tantas personas a mi alrededor, pero puede que entre todas ellas esté la que quiero ver y por la que estoy aquí. Como es demasiado pronto no he escrito a Simón, cuando llegue a casa lo haré.

Llego a casa al mediodía, he paseado muchísimo con la esperanza de poder hablar con Simón, pero nada. Directa a la ducha. En cuanto estoy de nuevo lista decido escribir mi último mensaje, hasta aquí. No voy a molestar más. Una sabe cuándo se tiene que retirar.

QUIZÁS NOS ENCONTREMOS FRENTE A FRENTE ALGÚN DÍA, QUIZÁ NUESTROS DISFRACES NOS LOGREMOS QUITAR. Y AHORA ME PREGUNTO… CUANDO OCURRA, SI OCURRE, ¿SABRÉ YO dE SUSPIROS, SABRÁS TÚ SUSPIRAR? Esta frase reconozco que me ha tocado el corazón e incluso me ha hecho llorar. Es una despedida, lo sé, puede que esta puerta se tenga que cerrar aquí y que no pudo ser. Siempre guardaré un bonito recuerdo de Simón, es el mejor chico con el que he estado con diferencia, pero mis miedos nunca me dejaron verlo a tiempo. Lo he intentado, pero no ha sido suficiente. Puede que el destino me tenga otra cosa preparada, ¿quién sabe? No estoy contenta, porque no lo estoy, me hubiera gustado que las cosas hubieran transcurrido de otra manera, pero me siento bien conmigo misma, al menos un poco mejor de lo que he estado últimamente.

Quizás necesitaba enfadarme para reencontrarme y ver las cosas de otra manera, puede. Lo he intentado, no ha podido ser, pero no tengo el remordimiento de no haber hecho todo lo posible. Mis sentimientos no van a cambiar de la noche a la mañana, seguramente estaré enamorada de Simón durante mucho tiempo, me pasa siempre, pero llegará algún día en el que ya no duela, no me duela tanto como lo está haciendo ahora. Además, debo de ser idiota, me gusta sufrir, no sé, leo las tarjetitas que me envió Simón una y otra vez, y lloro. No me hace bien, lo sé, pero es algo que necesito, será autocompasión, puede ser. Pero en el fondo creo que me viene bien. Si cada lágrima que derramo me hace sentirme un poco menos mala persona, me quedan muchas por derramar.

Capítulo 27

Azotada por el látigo de la indiferencia

Comienza la semana: lunes, lo mismo de siempre. He de reconocer que he buscado en internet una frase para enviar a Simón, pero al final he decidido que no. No quiero resultar pesada, las ha leído todas y no ha hecho nada. No quiero agobiarlo, igual con esto consigo el efecto contrario, y al final aquí acaba todo. Fue claro conmigo y ya está. Tendré que aceptar la derrota, me va a costar, pero supongo que será como todo, a base de tiempo me iré recuperando. Eso sí, creo que esta vez me va a costar mucho más que en las anteriores, mis relaciones pasadas también me hicieron sufrir, como a todos, cuando se acabaron: la primera porque era la primera, todo era nuevo y muy intenso para bien o para mal, lo bueno de esa primera relación es que suele darse cuando uno es muy joven, y la capacidad de recuperación es infinitamente superior a la que tengo ahora. La segunda fue una traición, y con eso no puedo, me hizo abrir los ojos y espabilar, me dolió mucho, pero había una razón de por medio; y la tercera, al igual que con esta, fui yo la que decidió terminar, pero no me siento ni la mitad de mal ahora que antes. Y es que Simón realmente me importa, me he enamorado de él sin querer, me ha hecho ver que el ser romántico es algo bonito, y me ha hecho sentir la mujer más especial

del mundo cuando estaba a su lado. Eso creo que ya no lo conseguiré con ningún otro hombre, y eso será si es que tiene que ser, pero dentro de mucho, muchísimo tiempo.

Ahora sí que sí, me cierro en banda, no quiero tener a nadie a mi lado; bueno, quiero tener a Simón, pero como eso no puede ser, Vicky no está en el mundo. Quiero ser insignificante para todos.

En estos días me he sentido más sola que nunca, la indiferencia mostrada por Simón me ha dado con fuerza, tampoco los demás me ayudan, quiero decir: a mi madre la llamé el sábado pero se había ido con mi hermana de compras y el hecho de que no me avisaran me dolió, otras veces hemos hecho planes las tres juntas, pero sé que la última vez que estuve con ella me porté bastante mal. Con mis amigas me ha pasado un poco igual, ellas no saben por lo que estoy pasando, no se lo he contado, y por ello no dispongo de su apoyo, sé que si se lo dijera estarían en mi casa con comida china y dispuestas a prestarme su hombro para llorar.

Pero me estoy comportando diferente en esta relación, antes no me importaba airear mis más íntimos problemas, pero con Simón es algo distinto, quiero guardar todos y cada uno de los recuerdos que tengo con él para mí sola, no quiero que nadie se entere de nada. No sé por qué lo hago, pero estoy protegiendo lo poco que hemos tenido juntos. Quizás sea la manera de conservar en mi mente su recuerdo.

Voy a trabajar como todos los días, estoy más tranquila y los chicos del taller y Manu lo agradecen, eso se nota.

Llevo toda la semana con la misma rutina, me he aficionado a ir a caminar, ya no tengo la esperanza de llegar a nada con Simón, aunque un poco sí de encontrármelo paseando con su perrita, para qué mentir. Pero ni en estas ocasiones tengo suerte. Escucho música mientras camino, música cañera de la que a mí me gusta, me da vidilla, pero de vez en cuando sale alguna balada romántica o alguna canción demasiado romántica y rápido la paso, todo me recuerda a momentos vividos con Simón. Antes las escuchaba incesantemente, las repetía una y otra vez, pero ahora no, intento evitar regodearme en mi dolor. No me hace bien. Supongo que con el tiempo podré escucharlas sin que se me pongan los pelos de punta, o una lágrima amenace con caer de mis ojos. Pero eso será con el tiempo, de momento no soy capaz.

El viernes, Manu me pide que vaya por la tarde a trabajar, me

necesita, tiene mucho lío porque es el cierre del trimestre y no le da tiempo a terminar con todo. Sin problema, no tengo nada mejor que hacer. No tengo a nadie que me espere para salir, con mis amigas no me apetece mucho quedar y en casa no hago más que pensar y pensar, así que ¡qué mejor plan! Trabajo por la tarde. Además, el dinerito me vendrá genial.

La tarde ha sido productiva, he trabajado codo con codo con Manu, y he de decir que muy bien, me he sentido cómoda en todo momento. Le he consultado mis dudas y él, sin problema, me las ha resuelto aun sabiendo que tenía que entregar la documentación en plazo y estaba algo agobiado. Cuando terminamos todo veo a los chicos congregados en la entrada del taller. Como yo nunca estoy cuando cierran me extraña. Todo es nuevo para mí. Observo callada.

—Los viernes después de trabajar quedamos todos a tomar unas cañas —me explica Manu al ver mi cara.

—Ah, me parece genial —admito.

Y es verdad que lo pienso, en el trabajo hay que ser serio, pero después una cervecita con los amigos se agradece, porque si una cosa he observado en el taller es que son como una familia bien avenida, hay cordialidad, se ayudan unos a otros y se ve que se tienen cariño.

—Vente —sugiere Manu.

Yo niego con la cabeza.

—Mejor no —declino algo confundida—, es vuestro rato para desconectar, no quiero molestar —acierto a decir, solo con esas palabras casi me pongo a llorar. ¡Estoy fatal!

—No lo harás, ¡venga! —me anima Manu.

Miro a los chicos y ellos mueven la mano en señal de invitación. No me puedo negar. Les sonrío tímidamente.

—Una sola y me voy a casa —acepto.

Salimos y vamos hasta el bar donde tomo el café todas las mañanas. Somos cinco personas, me entero un poco de la vida de todos los mecánicos que trabajan conmigo, de Manu más o menos me la sé, por lo menos hasta los dieciséis años o así, pero del resto me estoy enterando en estos momentos. Federico es el mayor de todos, lleva desde que Manu abrió el taller, el taller en el que trabajaba anteriormente cerró y vino a parar aquí después de que lo rechazaran por su edad en muchos otros. Está felizmente casado con Isabel y tiene

dos hijos de más o menos nuestra edad. Es un hombre bajito y bonachón que me da mucha ternura, es más, él siempre que me pide algo lo hace como si fuera mi padre. Elías y Juan son padre e hijo, no lo sabía hasta hoy, Juan es el más pequeño, el más joven, el niño mimado para todos; nada más terminar sus estudios entró en el taller a hacer las prácticas como aprendiz y aquí sigue, sé que se apoya mucho en su padre, y es que Elías sabe un montón de coches, con oír el ruido sabe lo que le pasa o interpreta la descripción de los clientes como si fuera un médico, a fin de cuentas es un médico de coches. Y después Manu, Manu es mecánico también, aunque a veces ejerce más de relaciones públicas, administrativo o psicólogo que de mecánico.

Tras la primera ronda piden otra, yo he dicho que me tomaba una sola y me iba pero me han puesto otro botellín en la mano y no he podido escaquearme, no me siento incómoda para nada, pero da la sensación de que ellos se contienen en sus comentarios porque yo estoy delante, me siento como una intrusa, me da cierto pudor el arrebatarles su momento de relax después de toda la semana de trabajo.

Juan es el primero en irse, ha quedado con sus amigos y tiene que pasar por casa antes, con él se va Elías, su padre. Van y vienen juntos a trabajar, comparten coche y por ello nos abandonan los primeros. Federico recibe una llamada de Isabel, su mujer, había quedado con ella para ir al supermercado y se le había olvidado. El hombre, más apurado que otra cosa, se va prácticamente corriendo. Al final solo quedamos Manu y yo.

Capítulo 28

Puesta al día

—Bueno, se ve que nos han abandonado —dice Manu riendo.

—Sí, eso parece —contesto yo sin saber muy bien qué más decir.

—Normalmente esto no es así, tres o cuatro rondas caen fijo —explica moviendo los brazos.

—Me imagino, también hoy ha sido un día raro, otras veces yo no estoy —confieso queriendo justificar a todos de alguna manera.

No creo que se sintieran incómodos conmigo y que fuera la primera vez que comparten unas cervezas con una mujer, pero puedo entender que algo cortados sí que estaban, es normal.

—No molestas, Vicky, ¿por qué lo piensas? —pregunta extrañado—. Eres una compañera más —añade. Me encojo de hombros y no digo más—. Llevas poco tiempo con nosotros pero todos te han aceptado muy bien —explica. Que me aclare esto que yo ya sé, me da satisfacción; el sentirme que encajo en algún sitio, que son mis compañeros y que me aprecian a pesar de que esta semana he sido lo peor, me agrada—. ¿Tienes planes para hoy? —pregunta cambiando radicalmente de tema.

Me extraña esa pregunta, no sé con qué intención lo ha hecho Manu, pero no quiero líos.

—No —respondo rápidamente—. Últimamente no salgo mucho —confieso.

—Yo tampoco —confirma él—. Me encuentro tan feliz en casa… Te parecerá raro, pero es como si mi tiempo de salir con los colegas, de ir a los mismos sitios, hacer lo mismo siempre hubiera pasado, estoy un poco cansado —explica algo reticente a mostrar sus inquietudes.

El oír decir esto a otra persona distinta de mí misma me hace sentir que no soy tan rara como a veces pienso que soy. Esa reflexión de Manu me ha hecho sonreír.

—Te pasa lo mismo que a mí —admito sonriendo. Y es que estamos en el mismo punto.

—¿Qué has hecho todos estos años en los que te perdí la pista? —me pregunta Manu, curioso.

—Pues no sé, supongo que como tú, de todo un poco. Mi vida no es nada extraordinaria, es una vida normal y corriente —afirmo sin saber muy bien qué es lo que quiere saber en realidad.

—Ya, bueno, yo sabía de ti por mis padres, pero cosa de poco —confirma.

—¡Claro! Como yo de ti, algún comentario que hacían en casa, pero poco más —corroboro yo.

—Fuimos muy amigos —asegura Manu con nostalgia.

—Sí, es verdad —contesto, y por un momento me doy cuenta de que me llevaba genial con él, teníamos conexión, la misma o parecida a la que tenemos trabajando juntos.—. Conectábamos —añado.

—¡Exacto! —confirma de forma alegre, como que mi palabra ha dado en el clavo—. Con la que no podía era con tu hermana, ¡lo siento! —sentencia. Que lo diga así de esa forma tan espontánea me hace reír—. Era repelente, sabía de todo, todo era malo, «no hagas eso que no sé qué», «eso no está bien»… —enumera poniendo una voz que no es para nada la de mi hermana, pero reconozco que la imita muy bien.

Esto también me hace reír y relajarme un poco, en los últimos días no lo he hecho demasiado.

—Ya sabes —respondo, no quiero poner verde a mi hermana, pero tiene toda la razón del mundo. En ese aspecto no ha cambiado apenas, creo que sigue siendo igual desde que la conozco—, no todos somos

iguales —digo encogiéndome de hombros. Ella es así como yo soy de otra manera, en la diversidad está el gusto, si fuéramos todos iguales esto sería un auténtico rollo.

—Afortunadamente, Vicky —asiente resoplando. Se ve que se ha acordado de algo que le ha hecho expulsar el aire por la boca. No quiero saber de qué habrá sido, mejor así.

—Supongo que todos somos como somos por alguna razón —afirmo un poco más filosófica de lo que hubiera querido.

—Ya, Vicky, pero con ella no encajaba —reitera—. Cuando estaba buscando administrativo y lo comenté en casa de mis padres, me dijeron que igual os interesaba a alguna de vosotras, no sabía muy bien a quién de las dos se referían, cuando dijeron «es Vicky», suspiré aliviado —confirma.

—Jajaja, gracias —digo.

—Me gusta cómo trabajas —afirma más serio.

—Intento hacerlo lo mejor posible, aunque he de reconocer que los primeros días fueron un caos —confieso de forma sincera.

—Normal, hasta que le has pillado el truco. Poco a poco, no te preocupes. Ya has aprendido más en este mes que el chico anterior —añade intentando dar a entender que yo soy mejor que el chico al que sustituyo. No me gusta que hablen mal de otras personas, yo no sé las circunstancias del otro chico, pero no me gusta, no quiero que me comparen, ni que me halaguen o me critiquen poniéndole de ejemplo, yo soy yo y él es él. He fruncido el ceño cuando ha hecho esa apreciación, creo que se ha dado cuenta, así que habla de nuevo—. Por lo demás, ¿qué tal el resto de tu vida?

—Pues bueno, ahí voy, tirando —contesto sin querer entrar mucho en detalle.

—Ya —dice él pensativo—, tienes a un tío por ahí que te está haciendo pasarlo mal ¿eh? —inquiere con voz cómplice a la vez que me da un codazo como si fuéramos colegas de toda la vida. Se podría decir que sí, lo conozco desde siempre, aunque nuestra relación haya sido intermitente.

—Bueno —comienzo tragando con dificultad—, más o menos, pero la culpa ha sido mía —comento.

—Bueno, no seas tan dura contigo misma, ya verás como pronto se arregla —me anima, como si fuera tan fácil.

—No lo tengo claro, pero bueno —afirmo prácticamente resignada —. Y ¿tú?

—Bueno, pues también tengo por ahí algo —contesta de forma enigmática.

—Pero…

—Pero no sé por dónde tirar —admite mirándome a los ojos, veo algo de desesperación, me mira pidiendo ayuda y no sé si soy la más indicada para dar consejos viendo mi caótica vida sentimental, mejor creo que me callaré.

—Vaya, pues no sé qué decirte —confieso, y es cierto. Con los pocos datos que me da no puedo ayudarle, tampoco sé si quiero saber más. ¡Bastante tengo con lo mío!

—Ella se está divorciando, tiene una situación complicada, la verdad, creo que hasta que no termine de organizar su vida no tendré posibilidades reales —explica—. Tiene una niña de dos años preciosa —prosigue mirando a un punto fijo, veo en su cara admiración, cariño y mucha ternura cuando habla de ellas.

—Bueno, hombre —le digo—, como tú me has dicho, pronto se arreglará.

—No lo sé, creo que después de su divorcio no va a tener ganas de acercarse a un hombre en lo que le queda de vida —apostilla riendo.

—Para eso estás tú ahí, para hacerle cambiar de opinión, ¿no? —responde levantándome de la banqueta, el tiempo de confidencias ha terminado. Me gusta hablar con Manu, siempre nos hemos llevado bien, pero ahora él es mi jefe y creo que saber demasiado tampoco es bueno.

Llego a casa mejor de lo que esperaba, la verdad es que hablar con diferentes personas, todas ellas muy distintas a mí, me ha hecho bien. Las cervezas también ayudan, desde luego, te hacen soltarte y desinhibirte de alguna manera. La confesión de Manu me ha tocado un poco la fibra; al igual que yo él también lo está pasando mal, y eso que había pensado que tanto preguntar por mi vida era porque quería o tenía otras intenciones. Eso me ha parecido en el primer momento, después me he dado cuenta de que las cosas entre nosotros no habían cambiado tanto, nos llevamos igual de bien que cuando éramos adolescentes. Quizás en otra época de mi vida, si me hubiera vuelto a encontrar con Manu, hubiera podido sentir cosas diferentes, él es muy

atractivo, es simpático y nos llevamos bien, incluso hubiera sido más fácil, nos conocemos prácticamente desde que tenemos uso de razón, eso hubiera facilitado todo el proceso, pero ahora, bajo las circunstancias particulares que nos rodean a él y a mí, creo que no sería el momento y saldría fatal. Yo estoy enamorada de Simón, no tengo ojos más que para él. Por mucho que lo intentara sería prácticamente imposible. Además, Manu es mi jefe, es una cosa que tengo clara desde siempre, es una condición que termina con todas las supuestas posibilidades que pudieran surgir. Es algo que tengo grabado a fuego en mi cabeza. Y por último, Manu tiene su propia historia con esa chica. No sería factible. El caso es que parece que los dos nos hemos dado cuenta de que nos gusta hablar, conectamos, tenemos ese *feeling* especial que tienen los amigos de toda la vida. Si se encontrara con mi hermana sería otra cosa, seguramente lo sacara de sus casillas mucho más que antes: si antes la consideraba repelente, ahora directamente la repudiaría.

Capítulo 29

Encontronazo

Me he pasado todo el sábado limpiando como una loca después de venir del paseo. Creo que voy a seguir saliendo a caminar. Me gusta respirar aire puro, oír a los pajaritos y sentir la brisa en mi cara. Prefiero hacerlo pronto para no encontrarme con mucha gente, no voy rápido pero tampoco lenta, llevo un ritmo moderado y si tengo que esquivar a mucha gente el ritmo se corta y se me hace más pesado.

He hecho mi casa, me he echado la siesta, coladas y plancha, y necesito ir a comprar. Odio ir los sábados por la tarde pero necesito alguna cosa sin falta y no puedo esperar hasta el lunes, así que arrastrándome voy hasta mi baño, una ducha rápida, me cambio de ropa y a comprar. Suelo ir al supermercado en el cual estuve trabajando dos años de mi vida, así me reencuentro con mis antiguos compañeros y voy más rápido porque sé dónde están las cosas, me conozco esos pasillos mejor que mi propia casa. Voy a toda pastilla, es casi la hora de cerrar y recuerdo cómo me molestaba tener que pasar por caja todos los productos que había en el carro repleto hasta arriba. Parece una carrera más que una compra tranquila, giro en el pasillo de las latillas y me paso al de los cafés con tan mala suerte que choco con otro carro. El golpe ha sido fuerte, el ruido provocado por el impacto

de los carros ha hecho parecer que eran dos coches los que tenían un accidente. Alzo la cabeza, mostrando la cara de enfado más dura que puedo llegar a poner, para ver con quién me he chocado y demostrarle que no me ha gustado nada la interrupción, y esta se convierte en la de la sorpresa más absoluta cuando veo a Simón enfrente de mí.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí, sí —contesto un poco aturdida por el rebote del carro contra mi abdomen y por encontrármelo allí. Creo que noto mucho calor, me habré puesto colorada fijo.

—Vicky, perdona, es que voy un poco rápido —se excusa.

—No, perdóname tú a mí, voy corriendo —añado.

—¿Cómo te va? —pregunta, y ahí me ha ganado otra vez.

Después de cómo me porté con él tiene la delicadeza de interesarse por mi vida. Le podría decir tantas cosas… pero solo puedo articular palabras sencillas.

—Regular —confirmo, me he dado cuenta de que no estoy bien, pero claro, no se lo voy a decir aquí en medio de un pasillo de un supermercado—, voy tirando.

—Bueno —dice él—, como todos —añade.

¿Qué ha querido decir? ¿Él también lo está pasando mal?, por la cara que ha puesto parece que sí, aunque yo no entiendo nada. Si los dos tenemos en nuestra mano el arreglarlo, ¿por qué nos empecinamos en que no sea así? Siento una rabia infinita dentro de mí, no lo sé expresar en voz alta, si lo supiera hacer lo gritaría a los cuatro vientos.

—Cuídate —me apresuro a decir queriendo terminar con todo esto.

Se me ha acumulado tal cantidad de sentimientos dentro de mí que no sé ni cómo gestionarlos. Ilusión en cuanto le he visto, un hormigueo indescriptible en mi estómago, rabia por haberme comportado tan mal con él y decepción por no sabérselo decir.

—Tú también —dice quitándose de mi camino como yo he hecho con él no hace tanto tiempo.

Al igual que la otra vez, ha sido elegante hasta para eso. ¡No se lo merecía! Y ¿yo?, ¿me merezco un chico tan bueno en mi vida? ¡No tengo respuestas! Esto me frustra.

En cuanto sé que se ha ido del pasillo de los cafés me agarro al carro con fuerza y empiezo a respirar profundamente. Lo necesito, y es

que ha sido muy fuerte lo que he sentido, ha sido un golpe físico pero también un golpe sentimental. He sentido la electricidad recorrer mi cuerpo de cabeza a pies y de pies a cabeza. No esperaba para nada encontrarme con Simón en el supermercado, pero al verle se me han despejado mis dudas, él es hombre de mi vida, lo sé. Quizás no lo tenga nunca más, pero por muchos años que viva será él. No voy a cambiar de opinión nunca. Es una cosa que tengo clara.

Ya no doy pie con bola, creo que no compraré nada más porque no puedo pensar, seguro que se me olvida algo pero me da exactamente igual. Voy hasta la caja y vuelvo a ver a Simón que sale por la puerta, ralentizo mis pasos, quiero observarlo en la distancia. ¡Qué guapo! ¡Qué moreno! ¡Esa barba me vuelve loca! Alza la vista y me saluda con la cara porque tiene las manos ocupadas por las bolsas. Yo sonrío, levanto la mano y le digo adiós, como una niña pequeña.

Llego hasta la caja, deposito mis productos sobre la cinta y mi excompañera me hace olvidar por momentos lo vivido con Simón. Me comenta alguna cosilla y me hace reír. En cuanto meto todo en las bolsas, pago y me voy a casa. Reconozco que mi coche lo hace por mí, voy como atolondrada. Subo, guardo todo en los armarios y me tiro en el sofá, necesito repetir en mi cabeza una y otra vez la escena. Como cuando era niña y veía las películas grabadas y había escenas que nos encantaban a mi hermana y a mí, rebobinábamos y repetíamos una y otra vez la misma escena hasta que nos hartábamos. Pues eso haré, diseccionar todas las palabras, los diálogos…, todo es todo. Intentaré sacar información o ver más allá, aunque tengo poco de donde rascar. El rato que esté pensando en ello me hará creer que todavía el milagro es posible.

El domingo sigo en una nube, pero me gusta, es un estado de ensoñación continuo, y la única figura que veo es la de Simón. Decido salir a caminar, camino y pienso, pienso en él, rememoro todo lo ocurrido en el día de ayer y me retrotraigo a tiempos anteriores, a mis charlas con él en el bar, a los dibujitos en el café, a lo paseos, a las noches de pasión. Quiero recordar todos y cada uno de los segundos vividos con él. Seguramente no me convenga el hacerlo y me estará provocando más dolor del estrictamente necesario, pero me da igual. El rato que permanezco con mis pensamientos no le doy vueltas a lo imbécil que he sido, a cómo de mal he hecho las cosas. ¡Basta de

martirizarme!, me voy a centrar en lo bueno que viví con él, mientras no se me olviden esos recuerdos los utilizaré tantas veces como sea necesario. Quizás me sirvan de bálsamo o quizás no, pero de momento alivian mi soledad.

Capítulo 30

La magia resurge

Hoy he soñado con Simón, no sé, ha sido algo raro. Puede que sea porque en mi cabeza no se ha cerrado esa etapa, aunque estoy casi convencida de que lo nuestro no tiene solución, quizás mi subconsciente no piense lo mismo. Veía a Simón en una casa que no era ni la mía ni la suya, estábamos juntos y Monsi también. Era como si todo tuviera tonos blancos, era algo etéreo. Pocos muebles, pero todos blancos y todo muy ordenado. Él me daba la mano y yo me sentía segura a su lado. No me acuerdo muy bien hacia dónde caminábamos, pero lo hacíamos descalzos y con nuestros dedos enlazados. No sé, todo muy raro, no soy yo mucho de indagar sobre los sueños, pero me ha entrado la curiosidad, se mezclan varias cosas, y consultando en internet he llegado a alguna conclusión. Soñar con un ex no es malo, puede que esa puerta todavía no esté cerrada; soñar con una habitación ordenada y blanca significa que necesito tiempo para reflexionar y que puede que me haya estado aislando del resto del mundo; lo de caminar descalzo significa que hay ciertas cosas que me impiden seguir hacia adelante. Lo he consultado en varias páginas porque, al igual que el horóscopo para mí es cosa poco fiable, estas cosas del esoterismo, los sueños y los astros no me dan mucha

confianza, la verdad. Puede que esté sugestionada y solo quiera ver lo que me conviene, que puede ser, pero puede que mi cabeza vaya más allá que yo, y me quiera decir algo.

Tengo que ir a trabajar, no me puedo entretener más en esto, me voy a la ducha pitando, no tengo tiempo que perder, si quiero ir a tomar un café al bar de siempre debo darme prisa. Mientras me seco un poco el pelo, mi móvil suena, un mensaje. Será mi madre para peguntarme si voy a comer con ella o algo así. Distraída mientras canturreo una canción que oigo en la radio cojo el teléfono y leo: EL MUNDO ESTÁ LLENO DE MIRADAS QUE LO DICEN TODO Y NO HACEN NADA. Alucino con lo que leo, obviamente sé quién me escribe esto, chillo, me tiro en la cama y pataleo. Simón sintió lo mismo que yo, estoy segura. La magia resurge. ¡Yupiii! Ya me lo dijo cuando lo dejé, que ambos sentíamos cosas muy especiales, y no se equivocaba. Esta vez me voy a agarrar a lo que me ofrece y le voy a contestar. PENSANDO EN MI FELICIDAD ME ACORDÉ DE TI. Ahí queda eso. Voy a tirar con bala, me la juego. Quiero a Simón, lo quiero en mi vida, y mientras me dé estas muestras de que hay esperanza voy a ir a por todas. A la mierda eso de que estaba mejor antes, sola y sin nadie a mi lado. Nada de eso. Estaba mejor con él, con él me sentía la mujer más especial del mundo. A la mierda eso de que no soy romántica, lo soy, me gusta que me mande mensajes, que me haga un corazón con la espuma del café, que me regale flores, que me lleve a bailar. Por fin lo reconozco, soy mejor persona cuando Simón está a mi lado, no me gustaba el deporte y ahora también reconozco que me viene bien, que con Monsi me lo paso genial y que mi vida era mejor a su lado. Todo esto y muchas más cosas, ¿tanto he cambiado?, y ¿cuándo he cambiado? O quizás fuera que siempre he sido así, pero las capas y capas que tenía encima no me dejaban apreciar mi esencia. Ni yo misma lo sabía, y los que me rodean tampoco. Quizás no me he llegado realmente a conocer hasta ahora. Puede que todo esto me haya hecho más auténtica, es posible.

El mensaje me ha insuflado una energía y una vitalidad increíble. Estoy como una moto, acelerada es poco. Tomo mi café como todos los días y no puedo evitar sonreír al pensar en Simón y en los muchos cafés que me he tomado con él en los últimos dos años. ¿Desde cuándo está enamorado de mí? No tengo ni idea, aunque él me

confesó que desde que me conocía prácticamente. Yo creo que no hubiera aguantado tanto tiempo sin decirle nada. La verdad es que yo tampoco le he dado pie a nada hasta hace poco: iba al bar, tomaba mi café, comentábamos algo y poco más. La verdad es que ha tenido mucha paciencia. Él ha ido muy despacio en todo lo que nos concierne, y al final obtuvo su recompensa. Espero poder volver a darnos una oportunidad, que él me la dé, por lo menos intentarlo, aunque me dijo que me había encargado de destruir la magia que nos rodeaba, eso me dolió mucho pero tenía toda la razón del mundo.

Llego enchufada a trabajar, me pongo con lo mío y sin mayor problema solvento la mañana. Manu me ha preguntado por mi fin de semana, sé por dónde iba, me preguntaba por mi situación personal, pero no quiero dar muchas explicaciones, le he contestado con un escueto «bien», aunque la sonrisa que he puesto ha sido más aclaratoria que mis palabras. Él ha levantado el pulgar, a buen entendedor pocas palabras bastan.

Llego a casa y lo mismo de todos los días: como, recojo, un ratito en el sofá y salgo a pasear. Voy donde siempre, no espero encontrarme con Simón, aunque reconozco que me gustaría, de hecho empecé a caminar con esa intención, pero ahora ya no podría vivir sin mi caminata diaria. Hoy he decidido asomarme a una de las pasarelas de madera que están en ciertos puntos a lo largo del río, son más o menos grandes y están voladas sobre él. Muchas veces están ocupadas por pescadores que colocan allí sus sillas plegables a la espera de que en su caña pique algún pez. Hoy estoy sola, la verdad es que las vistas son espectaculares, me agacho y me coloco en cuclillas, podría sentarme pero la madera está mojada y me calaría, así que en esa posición tan poco sofisticada pero cómoda para mí observo el brillo en el agua, el discurrir tranquilo de la misma, la lisura de la superficie rota por algún pececillo travieso que salta haciendo hondas concéntricas que se desintegran en pocos segundos. Un espectáculo. Siento una paz infinita. Permanezco en esta posición observando el agua mucho tiempo, tiene un poder hipnótico para mí, es como observar el fuego en una chimenea. Algo parecido. Es curioso cómo dos elementos contrarios como son el agua y el fuego producen el mismo efecto en mí, quizás sea eso que dicen que los opuestos se atraen. Seguro que es verdad, yo soy totalmente diferente a Simón, y

me siento muy atraída por él.

Noto unos golpecitos en mi nalga, no puedo moverme demasiado, no vaya a ser que en un movimiento rápido caiga al agua. Quizás sean cosas mías, pero no, los insistentes toquecitos vuelven. Me giro inmediatamente y veo a Monsi moviendo su hocico a mi lado. La alegría que me ha dado ha sido muy grande, me alegro de que se acuerde de mí.

—Hola, pequeña —saludo con una voz que no es la que suelo utilizar—,¿qué tal estás? Pero si estás preciosa —prosigo, como si la perrita pudiera contestarme.

Sé que me entiende aunque no pueda hablar. Cambio mi posición mientras la acaricio, la beso aunque huele fatal porque está mojada, y continúo diciéndole bobadas mientras ella se retuerce y me busca para que siga acariciándola. Por un momento me he olvidado de todo, solo éramos Monsi y yo, pero en cuanto ha oído un silbido me ha dejado y se ha ido hasta donde estaba su dueño. Alzo la vista y me incorporo. Allí está Simón; como siempre, mi corazón late desbocado, creo que hasta mi camiseta se mueve del ímpetu que está mostrando mi órgano interno.

—Hola, Vicky —dice.

—Hola, Simón —contesto devolviéndole la misma sonrisa que él me ha mostrado.

—Se acuerda de ti —asegura refiriéndose a la perrita, que va de un lado a otro.

—Sí, eso parece —confirmo tímida.

—Ya te dije que le gustabas —añade riendo.

—Sí, a mí también, los dos —apostillo. Ese comentario sobraba, pero no voy a desaprovechar la oportunidad.

—Ya —dice él, ahora es Simón el que se ha quedado algo cortado —. Tengo el coche aparcado al lado del tuyo —afirma para cambiar de conversación.

Igual mi frase tan directa le ha incomodado un poco, a veces soy un poco brusca, lo reconozco.

—Ah, vale, pues si quieres vamos juntos para allá —contesto sin saber si es la mejor opción en estos momentos, por mi parte por supuesto que sí, por la suya lo desconozco.

—De acuerdo —acepta.

Y como tantas otras veces comenzamos un camino de retorno como no hace demasiado tiempo, como si no hubiera pasado nada.

Reconozco que el camino de vuelta se me ha hecho cortísimo, podría haber caminado otros treinta kilómetros tranquilamente, hablar con Simón siempre es fácil y me hace sentir muy cómoda. En cuanto hemos llegado a nuestro destino, nos hemos despedido con dos besos que me han hecho excitarme, no lo he podido evitar. El simple tacto de sus manos en mi hombro, su aroma, el roce de su barba en mi cara, todo me ha hecho subir una corriente eléctrica que me ha reactivado. También me he despedido de Monsi, y con una sonrisa imbécil en mi cara y un «nos vemos» me he montado en mi coche como si estuviera drogada. No sé ni cómo he llegado a casa, pero ahora mismo acabo de salir de la ducha, estoy en mi cama y creo que dormiré muy bien. Ya tengo quien ocupe mis sueños.

Capítulo 31

Iniciativa

Hoy he decidido tomar la iniciativa, es decir, me he adelantado a Simón y he sido yo la que le he escrito el mensaje primero. No sé si tenía intención de seguir con este juego que se ve que nos gusta a los dos pero… estoy lanzada a conseguirlo de nuevo.

ME ABRAZABAN TUS OJOS, ME QUEMABA TU ALIENTO, Y APAGÓ LAS PALABRAS EL RUMOR DE LOS BESOS…

Me he vuelto muy osada en mi objetivo de conquistar de nuevo a Simón, y parafraseando no sé muy bien a quién, en el amor y en la guerra todo vale, así que ¡a por ello, Vicky! Mis mensajes cada vez son más directos, y románticos, por qué no decirlo. Espero que no se asuste ante tanta sinceridad y claridad por mi parte.

La contestación no se hace esperar y a los pocos minutos mi móvil suena, ahí está la respuesta, se me instalan unos nervios en el estómago cada vez que voy a leer algo relacionado con Simón y mis manos tiemblan como si tuviera muchos años encima. Trago saliva y abro el mensaje, contengo la respiración y leo: ÁMAME SIN PREGUNTAS QUE YO TE AMARÉ SIN RESPUESTAS. *Touché*. No tengo más qué decir. Me voy a trabajar.

Entro en el taller sonriente, e incluso canturreo una canción

pegadiza que iba escuchando en la radio. ¿Desde cuándo canto yo canciones que salen en la radio? No lo sé, pero estoy contenta. No tengo nada con Simón todavía, pero el volver a mantener este contacto, aunque solo sea vía móvil, me motiva y me ilusiona. Igual de aquí no pasa y no llega a más, pero creo que él también está dispuesto a intentarlo. ¡Eso espero! Y esta vez no seré yo la que la fastidie. Creo que he aprendido la lección.

Tendré que esperar a mañana para un nuevo mensajito, podría llamarle pero creo que si fuerzo las cosas al final todo se precipita y no sale como uno quiere. Voy a seguir manteniendo esta magia que creo que está empezando a resurgir de nuevo entre nosotros.

De camino a casa, mi madre me llama, al final cambio mi plan y voy hasta su casa a comer. No me he portado muy bien con ella, pero como dicen que las madres aguantan casi todo, ahí está ella, dando su brazo a torcer e invitándome a comer. ¡Te quiero, mami! Aunque no te lo diga nunca.

Después de ponerme hasta arriba de comer su arroz con pollo me pide que la acompañe a mirar unos zapatos. No era ese el plan que tenía en mi cabeza, preferiría ir a caminar por el parque, pero no puedo negarme, después de todo caminaré aunque sea de otra forma.

La tarde pasa de forma divertida, pero no dejo de pensar en Simón, igual está en el parque esperándome y no aparezco, bueno tampoco hemos quedado en nada más, así que puede que sí o puede que no. Mi madre me pregunta por Manu, por el taller, por el trabajo, y yo le cuento. Se ve que sus intenciones son otras, ella pretende que tengamos algo, no puede disimularlo, y aunque trata de vestirlo con otras palabras está actuando como una casamentera poco convincente. Todo me hace reír, si ella supiera que no tiene nada que hacer, por mucho que lo intente… Manu es mi jefe, es mi amigo, porque después de las confesiones del viernes vamos a retomar esa amistad que se cortó hace años, y de ahí no pasa. Yo ahora estoy centrada, qué digo centrada, enamorada de Simón. Y si todo va como debería creo que conseguiré que lo nuestro vuelva a ser como era. Tengo que trazar un plan. Tengo que hacer algo que lo devuelva a mí, algo que haga saltar esas chispas entre nosotros, devolverle eso que me dijo que yo había destruido, se lo merece, me lo merezco, nos lo merecemos.

Después de acompañar a mi madre tengo algo en mente, pero

necesito ayuda externa. Tenemos un grupo de WhatsApp en el que las amigas escribimos sobre todo para quedar, así es más rápido aunque no necesariamente más fácil. Las he convocado a todas en mi casa a las ocho y media, en mi cabeza se está urdiendo un plan y necesito su opinión. Puntuales como clavos llegan todas a mi casa, ya he comprado la pizza y he preparado las bebidas para no perder tiempo. Llevo días sin hablar con ellas y creo que se merecen una explicación, así que se la doy. Solo hablo yo, no las dejo contestar ni replicar hasta que no termino con mi exposición. Ellas alucinan, como para no, no sabían nada de la historia con Simón, sabían lo básico pero los detalles más románticos, que lo había dejado yo y todos los demás puntos relevantes de nuestra historia eran ignorados por ellas. En cuanto suelto todo me siento aliviada y lanzo la última pregunta al aire. ¿Qué tengo que hacer para reconquistarle? Empiezan las divagaciones, lo que para unas es una idea descabellada para otras es lo mejor, hablan unas encima de otras, no me entero de nada, esto es un guirigay que no me pone nada en claro. Quizás no haya sido buena idea contárselo, me estoy poniendo nerviosa, así que levanto la voz, ellas se callan y me observan.

—¡Chicas! Así no me ayudáis —grito seria—, necesito una solución eficiente, quiero a Simón y quiero hacer algo que disipe todas sus dudas. Es el mejor tío que he encontrado jamás, y quiero que vuelva a mi lado. ¡Os necesito! —las aliento como si fuera un mitin político.

Algunas de ellas ponen una cara de alucinación increíble, y es que claro, les acabo de decir que estoy total y absolutamente enamorada de Simón, y eso no es muy común por mi parte, no que me enamore sino que lo diga así, tan abiertamente, pero no me importa. Además, parece que el decirlo bastante alto y de forma seria ha sido un golpe de autoridad por mi parte y ha surtido efecto, las chicas se miran y empiezan a hablar respetando su turno de palabra, aunque a veces la cosa se acelera y volvemos al principio.

En cuanto se van de mi casa estoy agotada, tengo miles de ideas, mucha información pero nada claro. La decisión es mía, como me han dicho ellas, ahora soy yo la que debe elegir de entre todas la mejor opción. Eso está claro, lo cierto es que sí que me han servido de ayuda y varias cosas me han quedado claras. La primera de ellas es que voy a

preparar algo superromántico, se lo debo a Simón, si él lo es conmigo yo también lo seré con él, es algo que debe ser recíproco. La otra cosa que he sacado en conclusión es que tiene que ser algo diferente, no lo típico, recordando todos los detalles de Simón —pues él me llevo a bailar y a cenar a un lugar poco frecuente, los mensajitos, no sé, cosas poco usuales, los bombones eran más típicos…— reconozco que todo lo que ha hecho me ha gustado, la bolita de nieve fue un detalle perfecto, no sé, todos han sido especiales, pero creo que más que el detalle físico ha sido el momento elegido, él sabe hacer que un momento normal se convierta en algo especial. Y lo tercero es que me tengo que decidir ya, tengo una larga noche de meditación, quiero hacerlo bien.

Capítulo 32

Maquinando

TE ELEGÍ A TI…PORQUE ERES LA PERSONA QUE ME HACE FELIZ. Hoy se ha adelantado él, este tira y afloja que tenemos me da vidilla, para qué negarlo. Yo también le he correspondido, aunque estoy centrada en encontrar la sorpresa perfecta.

NO TE BUSQUÉ PORQUE ME FALTARA ALGO. TE ENCONTRÉ PARA COMPARTIR TODO LO QUE ME SOBRABA. Esto cada vez se pone más interesante. Ya no me da miedo expresar mis sentimientos, me estoy mostrando tal cual, y como me dijo en su día Simón, quien me quiera tendrá que ser así.

Mis amigas todos los días escriben en el grupo para preguntarme por mis planes inmediatos, aún no he decidido nada y ellas me alientan para que lo organice todo en condiciones, y que si tienen que echarme lo harán encantadas de la vida, ¡que les gusta a estas un sarao! Reconozco que me he vuelto loca mirando en internet ideas románticas para una cita, y me he desesperado, casi todo eran páginas web o blogs destinados a mujeres, y claro, no es lo mismo que la sorpresa la dé el hombre a la mujer que al revés, y además hay más tipos de amor, ¿no?, ¿por qué no puede preparar una cena romántica un chico a otro chico o una cita especial entre dos chicas? Bueno, no

sé, el caso es que lo que he visto no me ha aclarado las cosas demasiado. Una idea que sí que me convencía sería llevarle a ver algún partido o algo así, aunque no me entusiasme el fútbol podría hacer una excepción, pero resulta que no sé de qué equipo es ni nada por el estilo, y preguntárselo así, sin ton ni son, como que iba a cantar demasiado.

Yendo a trabajar se me ha ocurrido una idea, es algo típico, pero por algún sitio tengo que empezar. Voy a hacer una reserva para ir a cenar a uno de los restaurantes más caros de la ciudad, tiene alguna estrella Michelin y algún que otro premio internacional. Creo que para empezar estaría muy bien, a medida que vaya concretando cosas iré preparando las siguientes, quiero que todo salga perfecto. Me he dado cuenta de que en los blogs que he consultado hacen hincapié en que las citas no tienen por qué suponer un gasto excesivo por parte del organizador para que salga bien, eso está claro, pero también ayuda, no será lo mismo cenar en un chino que un lujoso restaurante, aunque yo muera por la comida china y nunca me canse de ella. Esta vez tengo que esmerarme.

En un ratito que tengo libre en el taller decido llamar al restaurante, imposible reservar mesa para el fin de semana, está hasta la bandera, ni rogándole a la señorita, ni diciéndole que éramos solo dos, que nos metiera en cualquier parte que nos apañábamos, nada de nada. ¡Qué mala suerte! No tienen mesa libre para un fin de semana en meses; se me ha ocurrido otra cosa, le he preguntado que si entre semana quedaba algún hueco, me ha dicho que la próxima semana dispone de una mesa el martes. No era lo que tenía en mente, pero bueno, un martes es un día como otro cualquiera para ir a cenar. He estado informándome en internet para ver la carta y el tipo de platos que servían, me voy a dejar una pasta pero creo que merecerá la pena. Una vez que tengo confirmada la reserva ya estoy más tranquila, ya tengo el punto de partida, a partir de aquí debo seguir con mi plan, les pongo a las chicas el primer paso que he dado y sus ánimos y sugerencias para el siguiente no se hacen esperar. Tendré que leerlo después, ahora tengo cosas pendientes en el trabajo. Me siento contenta y muy animada. Estoy poniendo todo mi empeño para que esto salga bien, y si al final, después de todo, no obtengo el final que quiero por lo menos habré cenado en un lugar prestigiosísimo con la

mejor compañía. ¡Ya tengo algo que contar a mis nietos! Bueno, mejor no, si de aquí no sale nada bueno, abandono, sí que sí, soltera para toda la vida, ni hijos ni nietos. Me compraré media docena de gatos para que me hagan compañía, mejor los adoptaré y les daré todos los mimos que algún hombre no supo valorar, ¡qué dramática me he puesto!

Por la tarde doy mi paseíto centrada en el siguiente paso a dar, me he decidido a reservar la suite de un hotel también carísimo para ir allí después de cenar. Al final creo que estoy haciendo lo típico, no sé, pero es que en estas cosas del romanticismo no tengo yo mucha experiencia, la verdad, de hecho creo que esto lo haré esta vez nada más; si sale bien, pues ¡genial!, y si no ¡se acabó! Es que no soy muy imaginativa, y como tampoco sé por dónde tirar pues reconozco que me está costando y al final he recurrido a lo fácil, por decirlo de alguna manera, a las típicas cosas que hacen en las películas que tan poco me gustan.

Tengo que mirar en mi armario para ver si tengo algo de ropa lo suficientemente elegante y adecuada para la cita y, si no es así, tendré que comprar algo para verme mona. De zapatos estoy servida y lo de la peluquería lo he valorado, pero al final no voy a ir, nunca me gusta cómo me dejan y tengo que volver a casa a lavarme el pelo de nuevo porque me veo rarísima. ¿Encontraré alguna vez a una peluquera o peluquero que me sepa cortar el pelo como a mí me gusta? De momento no he tenido esa suerte. Tan difícil no es ¿no?, se supone que ellos ven la cara de la cliente y acorde a sus facciones y tipo de pelo hacen un corte u otro. Pues en mi caso nunca ha sido así: o me dejan estupenda de la muerte porque me cortan el pelo y me lo alisan y estoy monísima, pero ¡ay, cuando aquello vuelve a su estado natural!, o bien soy un champiñón, o prima hermana de los Jackson Five, vamos que no. O no me entienden lo que les pido y que corten un dedo supone cinco de su mano, ¡con lo que me cuesta a mí ver mi pelo con una largura más o menos aceptable! ¡No es justo!

En el paseo no he tenido suerte, no he visto a Simón, pero si todo va bien en breve podremos comenzar a caminar de nuevo juntos, y lo digo en el sentido literal y en el figurado.

He ido poniendo al día a mis amigas, parece que mis ideas les gustan y que todo les parece bien, ¡lo que he conseguido! Ponerlas a

todas de acuerdo, ¡esto es increíble! También les he comentado que necesitaré ayuda para lo de la ropa y me han sugerido que mejor que comprarme un vestido mono lo que debo comprarme es ropa interior sexy; eso, según ellas es primordial, es más importante lo de debajo de la ropa que la ropa en sí, si ellas lo dicen… De hecho ya hemos concertado una cita, me van a acompañar a comprar lencería la semana que viene. Una ayuda no me vendrá mal. Lo reconozco, el haberlas recuperado me hace ilusión. Ellas son estupendas. Llevamos siendo amigas un montón de años, y hemos tenido nuestros más y nuestros menos, como es lógico, pero no puedo quejarme de cómo se están comportando ahora conmigo, tengo su ayuda incondicional para esto. En realidad todas nos la prestamos cuando estamos un poco de bajón, y ahora me ha tocado a mí ser la destinataria de los mimos. Prefiero estar al otro lado y ser la que apoye a otra porque eso significa que yo estoy relativamente bien, pero bueno, comprobar que están ahí y que te quieren no le viene mal a nadie.

Todos estos preparativos me están agotando, lo reconozco, pero me está gustando hacerlo, estoy poniendo todo mi cariño en ello. No me cuesta en absoluto. Estoy feliz. Esto está suponiendo un aliciente extra en mi vida, me va la marcha, así que un poco más no me importa. Eso es lo que necesito, no parar, estar activa y seguir para adelante.

Capítulo 33

Tomando la delantera

¡Por fin es viernes!, necesito el fin de semana para descansar, quedan cuatro días para mi cita secreta con Simón y cada vez me estoy poniendo más nerviosa. Me levanto de la cama y voy a la ducha, pero en cuanto me meto oigo el móvil. La ducha es rapidísima, la más corta de mi vida, y todo porque tengo curiosidad por saber qué pone en el mensaje.

¿Y SI LO INTENTAMOS? Salto, boto y reboto. Directo al corazón, al alma y a todo mi cuerpo, menuda pregunta, ¡pues claro que lo vamos a intentar!, esta es la peor frase que me ha mandado con diferencia, pero la más esperanzadora sin duda alguna. Contesto. ¡HAGÁMOSLO! Creo que mi respuesta le dará la misma energía que a mí, parece que los dos estamos dispuestos a intentarlo. No sé cuál será su siguiente paso, pero mi plan está más que pensado si en estos cuatro días no tengo noticias de Simón, el martes sí o sí se va a llevar la sorpresa de su vida o, por lo menos, eso espero. Cruzaremos los dedos para que así sea.

El día en el trabajo ha ido bien, los chicos me han animado a que me presente por la tarde en el bar para tomar unas cervezas como la semana pasada, no les he dicho ni que sí ni que no, quizás después de

caminar un rato me acerque, aunque no lo tengo decidido. Ahondar un poco en la vida de mis compañeros más allá del trabajo no está mal, en definitiva conocer gente diferente, que poco o nada tienen que ver conmigo más allá de que trabajamos en el mismo lugar, no me viene mal. Además, me siento mimada por ellos, soy la única mujer allí, y puede que suene un poco raro, pero me tienen en palmitas. Con Federico, el mecánico más mayor me llevo muy bien, él me trata como si fuera su hija; Con Elías no me llevo mal, aunque el hombre es más callado; con su hijo Juan me entendí desde el primer día, es un chico joven, y muy abierto, se contiene porque tiene a su padre a su lado constantemente y no le viene mal, a veces es un poco alocado, pero es lo que toca, con la edad que tiene seguramente yo era más loca que él. Y con Manu, no tengo nada que decir, nos llevamos genial, somos amigos, aunque sea mi jefe nos entendemos fenomenal.

Hoy el parque estaba más vacío de lo habitual, todavía hace frío y la amenaza de lluvia continua ha debido de desanimar a los habituales. A mí no me importa, me he puesto un chubasquero y he estado tan bien, además el notar pequeñas gotas de agua en la cara me hace sentir viva. Después del paseo he decidido que no voy a ir a la cita con mis compañeros de trabajo, les dejo su espacio, la otra vez me sentí un poco intrusa, no me trataron mal, pero era como si yo fuera el elemento discordante en aquella reunión. Repetiré alguna vez pero no de forma habitual. Aparco cerca de casa y voy caminando hasta mi portal. Oigo un pitido, pero no me doy por aludida, insisten pero sigo a lo mío. Hasta que oigo mi nombre alto y claro.

—¡Vicky! ¡Vicky! —Es Simón el que grita. Y el corazón se me para. En cuanto me giro sonrío como una boba.

—¡Hola! —saludo moviendo la mano.

—¡Ven! —me indica—. Estoy mal aparcado.

Sigo el camino hasta donde está Simón con su coche y me meto en él.

—Hola —digo otra vez.

—Hola, te estaba esperando —confirma, e intento recordar si habíamos quedado, pero estoy segura de que no teníamos una cita.

—¿Habíamos quedado? —pregunto confundida, no se me habría olvidado por nada del mundo, pero como estoy últimamente con mil cosas en la cabeza quizás…

—No, nada de eso —afirma sonriéndome mientras nos movemos con el coche sin saber a dónde vamos—. Te invito a cenar —salta entusiasmado.

—Vale, pero debo ir a casa a cambiarme —sugiero, no es plan de ir con ropa deportiva a ningún lado.

—No hace falta —responde—, estás perfecta —añade.

Estos pequeños detalles me encantan, estoy hecha un asco pero para él soy perfecta, ¡qué más puedo pedir!

—¿Dónde vamos? —me atrevo a preguntar, porque veo que sale de la ciudad y que por donde me lleva no me suena que haya ningún restaurante.

—A un sitio muy especial, no te impacientes.

Ya no vuelvo a abrir la boca, me gustan estos silencios con él, no me resultan incómodos para nada, compartir el silencio con alguien creo que es de las cosas más románticas que se pueden hacer. La música suena dentro del coche, no sé lo que es pero reconozco que me gusta, música tranquila. Típico de Simón, en otro momento de mi vida me repugnaría y hubiera cambiado la emisora o la canción en menos de diez segundos, pero ya no me importa. Respeto que sea así, porque en realidad me gusta que lo sea; ¿que le gusta ese tipo de música?, adelante; ¿que es romántico al cien por cien?, adelante. Él me dijo en su día que, a pesar de sus malas experiencias, el amor era algo maravilloso, y tenía razón, aunque todavía no hayamos dado con él, lo es, aunque quizás ya nos hayamos encontrado y seamos el uno para el otro.

Estos silencios dan para mucho, y esta última reflexión me ha gustado, nunca sé hacia dónde me van a llevar mis pensamientos, pero reconozco que me gusta lo que piensa mi cabeza, y creo que se parece bastante a lo que dicta mi corazón. Quizás ya se haya reconciliado mi cabeza con mi corazón y ambos piensen lo mismo. Al igual que yo con Simón. Quizás ahora estemos en el mismo punto.

Ya ha anochecido por completo y no tengo ni idea de dónde estamos, nos hemos desviado de la carretera, estamos en un camino de tierra que sube y sube, rodeados de pinos y tierras de cultivo, me parece, está muy oscuro y apenas logro ver lo que tengo por delante. En un descampado, Simón para el coche y me mantengo alerta.

—Ya hemos llegado —dice, se baja y va hasta mi puerta, me abre

la misma y me tiende la mano para que baje.

—¿Aquííí? —pregunto sorprendida.

—Sí, hoy hay lluvia de estrellas —confirma, y creo que voy captando la idea—. Al fondo está la ciudad, ¿la ves?, las vistas son magníficas —explica, dirijo la mirada hacia donde él indica y veo que está en lo cierto, es maravilloso—. ¿Se te ocurre un lugar mejor para cenar que con las estrellas pasando por encima de ti? —pregunta y no contesto inmediatamente. Simplemente mágico. La verdad es que todo tiene su explicación y ahora lo entiendo.

—No, la verdad —musito cortada.

Simón abre el maletero de su coche, saca una manta que extiende sobre el suelo y una cesta de mimbre, ¡qué bonito!, parece la típica escena de película americana. Pero reconozco que me gusta.

—Antes de cenar vemos las estrellas, ¿te parece? —me sugiere sentándose a un lado de la manta.

Yo hago lo mismo y contesto.

—Me parece una muy buena idea —acepto encantada.

Al principio no veo más que el cielo oscuro y alguna estrella titilando, pero nada más, pero en poco tiempo empiezan a verse estrellas fugaces, primero una…

—Pide un deseo —me anima.

Y lo hago en silencio. Vuelve a aparecer otra estrella y le hago la misma sugerencia.

—Pide un deseo —repito igual que él hace tan solo unos segundos.

—¡Hecho! —confirma.

—¿Será el mismo? —me atrevo a preguntar.

—Seguro —afirma mientras entrelaza sus dedos con los míos.

Es todo tan bonito que me parece irreal, no puedo estar viviendo esto.

Estamos sentados uno al lado del otro, él se ha colocado tras de mí, me pasa sus brazos por encima de mis hombros y nuestras cabezas se tocan. Me he recostado en él y estoy en la gloria, nuestras manos están entrelazadas y siento que esto es lo que quiero en mi vida. Permanecemos un rato así, viendo las estrellas encima de nosotros, Simón me ha explicado que estas estrellas se llaman virgínidas, que es a finales de marzo y principios de abril cuando se suelen ver y que es

un indicativo de que la primavera llega. La lluvia de estrellas dura cerca de quince minutos, el tiempo suficiente para convencerme —si es que hacía falta— de que Simón es mi estrella.

No sabía yo esta faceta de Simón, me ha dicho que le gusta mucho la astronomía y que tiene un telescopio y le gusta mirar el cielo en noches despejadas, pero claro, hay muchas cosas que no sé de él, tampoco me atrevo a preguntarle lo de su equipo de fútbol favorito, supongo que con el tiempo, y si todo sigue como hasta ahora, me iré enterando de estos y otros detalles. En cuanto termina el espectáculo que acabamos de disfrutar nos separamos, Simón abre la cesta y veo que está forrada de una tela de cuadritos amarillos y blancos, los cubiertos y los platos están sujetos en la parte de la tapa con unas presillas y en la cavidad de la cesta veo varios envoltorios de papel de aluminio y unas cuantas latas de cerveza.

Simón me tiende uno de los envoltorios, es cuadrado, así que supongo que es un sándwich.

—Toma, Vicky —me ofrece, yo acerco mi mano y lo abro con cuidado.

—Gracias —contesto.

—Los he hecho yo —confirma—. Llevan de todo un poco: lechuga, tomate, huevo duro, pepinillo y el toque mágico —explica sonriendo.

—¿El toque mágico? —pregunto intrigada antes de hincarle el diente.

—Sí, sí —dice él,—, prueba y me dices si te gusta —pide expectante.

No me lo pienso y muerdo. Está buenísimo, es jugoso y el toque mágico podría ser la salsa, no es mahonesa, parece salsa rosa, pero no estoy segura.

—¡Está buenísimo! —confirmo con la boca llena.

—¡Gracias!, ¿sabes cuál es el toque mágico? —pregunta.

—No, pero me parece que está delicioso, no me lo digas, es mejor así —le sugiero.

Seguimos comiendo mientras observamos la ciudad a nuestros pies, pequeñas luces se ven como si se tratara de luciérnagas, el lugar es espectacular. ¡Esto sí que es romántico!

Mientras comemos y observamos la ciudad hablamos, pero poco, son más los silencios que las palabras, y es que creo que tenemos

tantas cosas que decirnos que ninguno de los dos se lanza o no sabe ni por dónde empezar. Me gustaría decirle tantas cosas, pedirle perdón, contarle mis planes para la semana que viene con él, no sé qué decirle, y a él parece que le ocurre lo mismo. Noto una gota de lluvia en mi cara, no digo nada, serán cosas mías, sigo comiendo; pero no, no son cosas mías, en realidad se está poniendo a llover. Simón da un salto, se pone en pie y grita:

—¡Vamos, Vicky!, ¡que nos mojamos!

Yo me echo a reír y me levanto también, Simón recoge como puede todo en la cesta y yo enrollo la manta de mala manera, me estoy mojando mucho. Corriendo nos metemos en el coche, yo con la manta encima de mí y Simón con la cesta a medio cerrar. La situación es cómica y no paramos de reír. Como puedo tiro la manta en el asiento trasero y Simón abre la cesta para indicarme que coja mi sándwich y mi lata de cerveza. Él hace lo mismo y deja la cesta al lado de la manta.

—Seguiremos cenando aquí —comenta algo chafado—. No es lo que tenía pensado, pero…

—Es el mejor sitio —convengo para animarlo, y es que lo pienso de verdad, por un momento me doy cuenta de que no necesariamente tiene que ser un sitio caro para ser romántico.

Abro mi cerveza para dar un trago con tan mala suerte que se me cae todo por encima, se ve que con el traslado precipitado se ha agitado y me he puesto hecha un cuadro, pero aunque en una cita romántica esto me enfadaría y mucho, ahora me río, contagiando mi alegría a Simón, que ríe conmigo.

—Eres de lo que no hay, Vicky —dice Simón.

No contesto, no puedo, me ha dado esta risa que no puedes parar y cuando creo que se acaba me da otro ataque y no paro. Se me están saltando hasta las lágrimas. Simón cambia de posición para mirarme frente a frente, riendo como lo estoy haciendo yo, aunque su risa es más comedida, creo que se ríe porque yo me río. Muevo los hombros y las manos para intentar explicarme pero no hablo, no puedo.

—Otra en tu lugar se habría enfadado —explica y tiene razón, pero así soy.

Cuando por fin puedo hablar lo hago.

—Simón, gracias por esta cena tan romántica —afirmo seria y

honesta como nunca antes.

—De nada, ¿te ha gustado? —pregunta.

—Sí, todo: la lluvia de estrellas, el sándwich, la otra lluvia, todo es todo —le confieso—. Aunque estoy un poco chafada porque has tomado tú la delantera —añado descubriendo el pastel. Ya no me importa.

—¿A qué te refieres? —quiere saber.

—Pues yo había preparado una cita romántica también, sería el próximo martes, pero creo que poco o nada tiene que ver con esta —explico moviendo las manos.

—¿Tú has hecho eso? —me pregunta sorprendido

—Sí —afirmo y sonrío.

—Si tú no eres romántica —comenta con retintín.

—¿Romántica yo? —inquiero marcando mucho las sílabas—. ¡Puede!

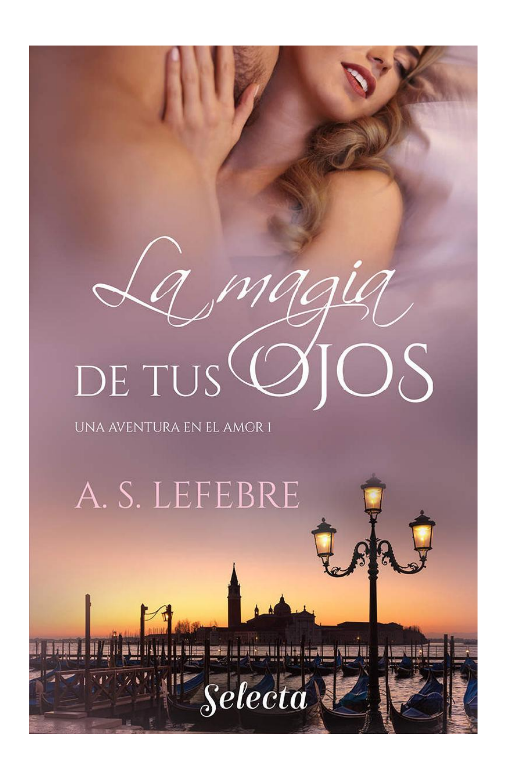
Si te ha gustado

¿Romántica yo?

te recomendamos comenzar a leer

La magia de tus ojos

de *A. S. Lefebre*



Prólogo

Brighton, Inglaterra, invierno de1833

La lluvia azotaba con fuerza los grandes ventanales de residencia, mientras el estruendo de los relámpagos hacía eco y vibraba por las paredes de aquella habitación. El centellear de un nuevo rayo llegó a la espera del rugido del trueno.

Daphne sintió una mano cubrir su boca y, luego, ser arrastrada a una de las habitaciones secretas de la mansión; aquel lugar estaba oscuro y el sonido de la lluvia y de los truenos se escuchaba muy lejos.

Aquello era terrorífico para una niña de apenas diez años; aun así, lady Florence arriesgó todo para ocultar a su hija, cuando su hogar fue invadido por extraños.

—Quédate aquí, pequeña —le ordenó.

La niña abrió mucho sus ojos. Estaba muy asustada por haber sido llevada a un lugar como ese y no tenía ni idea de qué estaba sucediendo; sin embargo, asintió y confió en su madre.

—Pase lo que pase, no hables ni grites —le advirtió.

—¿Por qué estamos aquí, mami? —preguntó Daphne temerosa.

—Unos hombres malos han entrado a la casa, así que debemos escondernos hasta que se vayan, o nos harán daño.

Un trueno retumbó en la habitación oscura. La niña se estremeció y abrazó con fuerza a su madre.

—Mami, tengo mucho miedo —balbuceó.

—Shhh, mi niña, mamá está aquí y te va proteger —aseguró para tranquilizarla.

El sonido de unos pasos que se acercaban despacio las alertó. Ambas dieron un respingo cuando la puerta de la habitación donde habían estado tan solo unos minutos retumbó y fue abierta a la fuerza.

—Aquí tampoco hay nadie —escucharon al otro lado de la pared.

Uno de los intrusos entró y dio un recorrido por la biblioteca, escudriñando algún indicio de donde pudieran estar. Aquel era el último lugar donde buscaban; ya lo había hecho en todas las habitaciones, sin tener éxito en encontrarlas.

—¿Alguno de los de servicio ha dicho algo? —preguntó con hostilidad otro de los hombres.

—No, señor, ninguno de ellos sabe el paradero de la señora o de la niña.

El hombre masculló una maldición.

—¡No se las pudo haber tragado la tierra! Deben estar escondidas en alguna parte de esta maldita casa. ¡Buscarlas bien! —ordenó.

—Señor, puede que se hayan ido a algún lugar antes de que llegáramos.

—Eso es imposible —rugió—. El hombre que las estaba vigilando me informó que hoy no han salido, por lo que tienen que estar en alguna parte.

—Todavía no comprendo para qué las necesita. Su hermano ha desaparecido y va a ser cuestión de tiempo para que lo den como muerto. Y el ducado, junto a todo lo demás, le pertenecerá.

—Aún no entiendes. Las necesito muertas; al menos, a la niña, debido a que la herencia que dejó mi madre le pertenece a esa mocosa. Solo si ella muere será mía. El ducado solo me deja la mansión en Londres, unas cuantas tierras y una mísera herencia, ya que la fortuna de mi hermano también le pertenece a la niña. Y ya te lo dije: mi hermano aparecerá. Siempre lo hace.

Florence sintió un fuerte dolor en el estómago, al igual que en su corazón, y náuseas. Se llevó una mano a su boca para ahogar un grito y se apoyó en la pared para evitar caerse, cuando escuchó las intenciones que tenían con su hija.

Sabía que su cuñado deseaba la fortuna que la difunta duquesa le había dejado a su Daphne; de lo que no estaba enterada era de que la única heredera de todo era la niña. Su esposo no le había dicho nada al respecto y, debido a eso, su vida corría peligro.

Aguardó unos minutos en la habitación secreta. Por suerte, la casa contaba con algunos pasillos secretos; los cuales solo los conocían su esposo —el duque—, Anabel —su nana— y ella. Nadie más en la mansión sabía de la existencia de ellos. La finca de Brighton había sido construida meses antes de que se hubieran casado y, debido a que al duque le gustaban aquellos laberintos —como ella los llamaba—, había mandado a hacerlos.

Lady Florence observó el pasillo. Había una forma de salir de la casa sin que las encontraran o se dieran cuenta; solo debía idear un plan para hacerlo sin ser vistas, por lo que empezó a pensar de qué manera podría hacerlo.

Escuchó pasos acercarse y observó a Anabel, quien llegaba junto a

ella.

—Mi niña, debemos sacarte de aquí.

—¿Los has escuchado? —indagó desconcertada.

—Sí, Flor, por eso tienen que irse; en cualquier momento las pueden encontrar. Hay un carruaje esperándolas, pero necesitamos distraerlos para que puedan huir, así que yo me encargo...

—Nana, debes cuidar a Daphne. Yo me encargaré de distraerlo y, luego..., nos reunimos.

—No, mi niña. Ambas cuidaremos de Daphne. Peter va salir en el carruaje para que lo sigan y crean que has huido ahí. Cuando ellos salgan tras él, vamos a salir.

—No sé si será buena idea. Se pueden dar cuenta y...

—Lo será, mi niña —la interrumpió—. Necesitamos que ambas se vayan de aquí, así que esa es la mejor forma de hacerlo.

—Todo el dinero está en la caja fuerte que está ahí, nana. —Señaló la biblioteca—. No podremos ir muy lejos sin eso.

—Florence, no te preocupes por eso. Recuerda que también hay un poco en la caja que hay en la habitación, al igual que las joyas. Iré a buscarlo —le aseguró—. Todos están dispuestos a cuidar de vosotras y ayudarlas, así que vamos a salir de aquí. Ve caminando a la salida que da con la puerta de la cocina y espérame ahí. Apenas tenga el dinero, me reúno con ambas.

Lady Florence asintió y apoyó a Daphne más cerca de ella. La sintió temblar y se acuclilló frente a su hija para mirarla a los ojos.

—Daphne, mi niña hermosa. Prométeme que, si pasa algo, si debemos separarnos, vas a mantenerte viva, vas a luchar por vivir. —Besó su frente—. Y también prométeme que no le dirás a nadie quiénes eran tus padres ni a qué familia perteneces. —Daphne asintió—. Prométemelo, Daphne.

—Te lo prometo, mami.

Lady Florence la abrazó con fuerza, tenía el agrio presentimiento de que sería la última vez que iba a ver a su pequeña hija. Le dolía el alma y el corazón.

La soltó y llevó las manos a su cuello, de donde sacó una cadena con un pequeño relicario, y se lo colocó a Daphne. La niña lo observó con los ojos muy abiertos cuando lo tomó entre sus manitas.

—Esto es tuyo, mi niña. Le perteneció a tu abuela y ella me pidió

que lo guardara hasta que tuvieras edad para usarlo, y este es el momento para que lo uses. Dentro hay una miniatura donde estás junto a nosotros. Esta es la única prueba de que eres la hija del duque de Ilford. Cuídalo bien y nunca se lo des ni se lo enseñes a nadie.

—Mami, ¿vas a abandonarme?

Lady Florence abrazó nuevamente a su hija, con fuerza, y sintió ardor en los ojos debido a las lágrimas que insistían en salir.

—No, mi amor, no te abandonaré. Estaré junto a ti por siempre. —La besó en las mejillas y la frente.

La duquesa tomó a su hija de la mano y caminaron hacia la cocina por uno de los pasillos. Ahí esperó a Anabel cerca de la salida. La vio llegar con una bolsa y, junto con la ayuda de alguno de los de servicio, se dirigieron hacia el carruaje que estaba preparado para ellas; mientras, los hombres que estaban invadiendo su casa iban detrás del coche que servía de anzuelo.

Lograron entrar en el carruaje y huir sin ser descubiertas, hasta que iban bajando el camino rocoso, donde se enteraron de que las iban persiguiendo. El cochero azuzó las riendas para alejarse de los hombres, pero aquello fue imposible. En cuestión de segundos fueron alcanzados, debido a que ellos iban a caballo y eran mucho más rápidos.

De pronto uno de los perseguidores los repasó y se metió frente al carruaje, así que el cochero tuvo que detenerlo abruptamente. El vehículo se echó para atrás con brusquedad, y una de las ruedas resbaló; cuando se dieron cuenta, iban cayendo en el precipicio.

Lady Florence intentó abrir la puerta hasta que lo logró; luego, miró Anabel y subió, como pudo, a Daphne en su regazo. Sabía que solo había una manera de salvarla para que su tío no le hiciera daño. La abrazó con fuerza y la besó en forma de una despedida silenciosa.

Anabel cogió a Daphne en brazos, dio un vistazo y, apenas tuvo la oportunidad, se lanzó —junto a la niña— del carruaje, que seguía cayendo. Rodaron sintiendo que aquello no se iba a detener, hasta que un árbol las paró con un golpe seco.

Observó a Daphne, que había envuelto en sus brazos, y se asustó al ver que tenía sangre en la cabeza. Comprobó su respiración y sintió un alivio al descubrir que estaba con vida. Intentó ponerse de pie y sufrió dolor en todo su cuerpo. Anabel estaba muy vieja para esas

cosas, y más para un revolcón como ese.

Observó el precipicio y notó que el carruaje aún caía. Lamentó mucho lo que había sucedido, pero debían proteger a Daphne. Hubiese dado su vida con tal de salvar la de su niña, pero de alguna manera sabía que eso había sido lo mejor.

Permaneció oculta entre los arbustos y, algunas horas más tarde, cuando se cercioró de que no la seguían y de que por fin podía moverse, subió al sendero y se internó en el bosque junto a este.

Caminó por el lugar y localizó una cabaña que, por su aspecto, intuyó que estaba abandonada. Entró en ella y la observó. Al menos, había dejado de llover y ahí podrían resguardarse del frío de la noche; solo esperaba que no las encontraran y poder poner a salvo a Daphne.

***

A la mañana siguiente, Anabel se dirigió al pueblo, en donde alquiló un carruaje para que las trasladara al puerto más próximo, y ahí abordó el primer barco que la llevaría lejos.

Viajó hasta Southampton y ahí se dirigió hacia Winchester, en donde podía encontrar a quien cuidara de la niña.

Llegó a Winsterd House y sintió un alivio cuando lady Alexandra la recibió y le aseguró que protegería a Daphne como si fuera su propia hija.

¿Pueden dos personas tan opuestas como Simón, un romántico de los de antes, y Vicky, una escéptica del amor, mantener una relación si ella siempre tiene dudas?



Vicky no es plenamente feliz, pero está satisfecha con su vida de soltera y empleada en un supermercado. El amor no es para ella, siempre ha sabido que le traería más problemas que alegrías. Cuando Simón, el atractivo camarero donde va a almorzar a diario y que le hace soportable su jornada con su amabilidad y su coqueteo, se le declara, le llegan las dudas. Pero Simón la conquista con cada pequeño detalle y decide darle una oportunidad.

Poco después, a ella le surge una ocasión profesional y decide tomarla y dejar atrás a Simón, convencida de que su feliz noviazgo no puede ser eterno. La distancia, en cambio, le hará entender que el amor está por encima de todo, pero ¿cómo convencer a un romántico empedernido como él de que le ama, cuando lleva meses diciéndole que no cree en Cupido?

Vicky va a aprender que el amor hay que cuidarlo para no perderlo y,



si no, tendrá que esforzarse para recuperarlo y, para ello, trazar un buen plan…

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.

Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que lee compulsivamente.

De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.



Edición en formato digital: abril de 2021

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN: 978-84-18295-84-3

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

Índice

¿Romántica yo?

Capítulo 1. Un día como otro cualquiera
Capítulo 2. San Valentín, cupido y el amor
Capítulo 3. Bombones
Capítulo 4. Atracón de chocolate
Capítulo 5. Vuelta a la vida real
Capítulo 6. Semana de mañana
Capítulo 7. El que se pica ajos come
Capítulo 8. Se avecinan cambios
Capítulo 9. ¿Necesito ese cambio?
Capítulo 10. Nueva aventura
Capítulo 11. Taller Manuel Tena 10:00h
Capítulo 12. Primera semana caótica
Capítulo 13. Otra semana más
Capítulo 14. Poco ha durado la ilusión
Capítulo 15. Semana fructífera
Capítulo 16. Cita
Capítulo 17. Aquí comienza todo
Capítulo 18. Fin de semana perfecto
Capítulo 19. ¿Qué te pasa en la cara?
Capítulo 20. Resto de la semana
Capítulo 21. Fin de semana
Capítulo 22. Reflexiones y decisiones
Capítulo 23. Enfrentarse a la realidad
Capítulo 24. Semana infernal
Capítulo 25. Comienza el plan
Capítulo 26. Pobre ilusa
Capítulo 27. Azotada por el látigo de la indiferencia
Capítulo 28. Puesta al día
Capítulo 29. Encontronazo
Capítulo 30. La magia resurge
Capítulo 31. Iniciativa
Capítulo 32. Maquinando
Capítulo 33. Tomando la delantera

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre Vega Fountain
Créditos